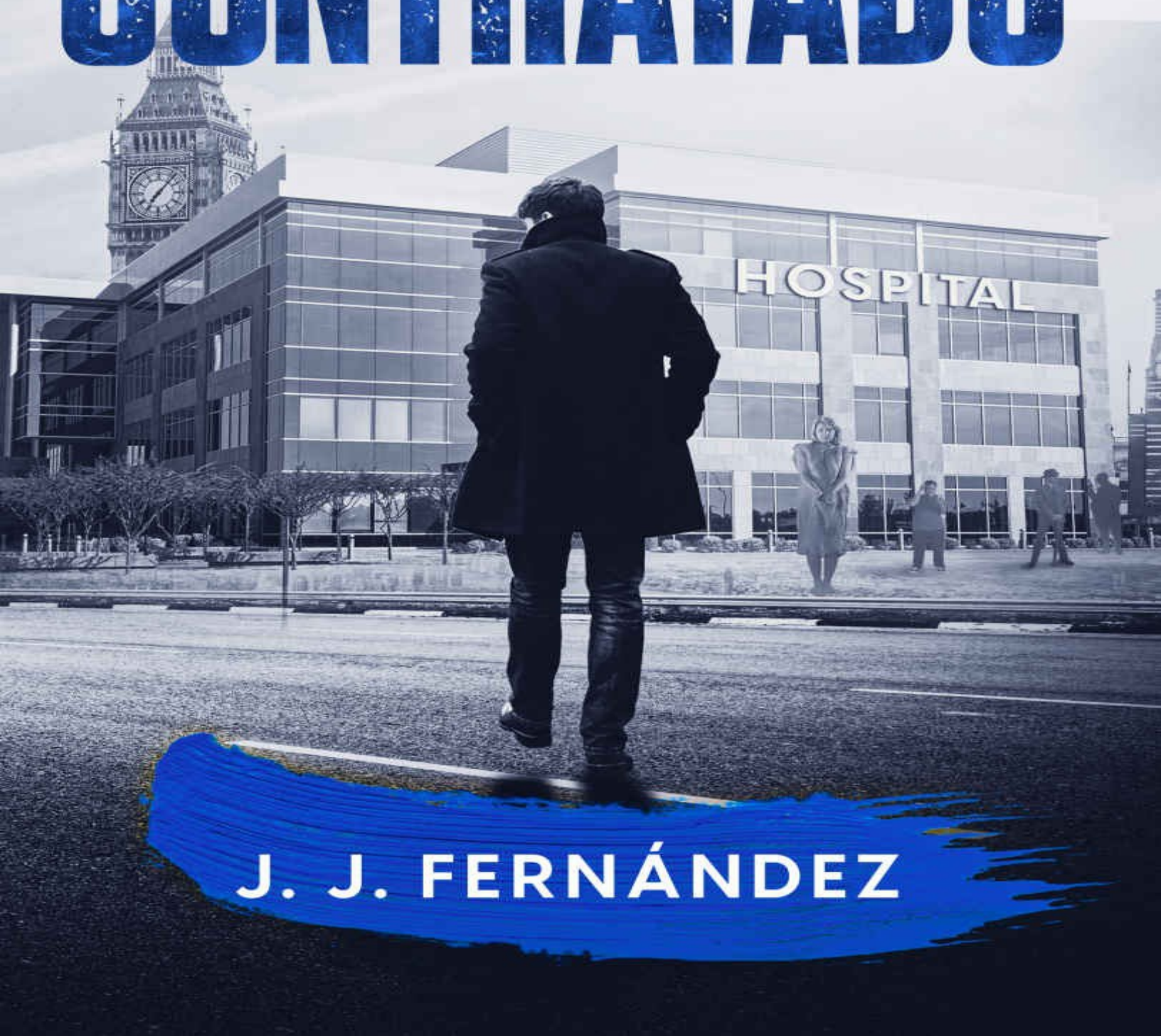


SERIE CRÍMENES IMPERCEPTIBLES

UN

CRIMEN

CONTRATADO



J. J. FERNÁNDEZ

UN CRIMEN CONTRATADO

J. J. FERNÁNDEZ



Un crimen contratado

Copyright © 2023 by J. J. Fernández

ASIN: B0CDXZX32

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Querido lector](#)

[¿Te ha gustado Un crimen contratado?](#)

[SUSCRÍBETE A MI LISTA](#)

[Acerca del Autor](#)

[OBRAS DE J. J. FERNÁNDEZ](#)

EN UN PASILLO de hospital iluminado por la luz fluorescente, un celador fornido empujaba una camilla con el cuerpo de Jerónimo.

A su lado, un doctor, esbelto como una espiga de trigo, lo seguía con paso ligero. Su mirada intensa y sus manos crispadas denotaban una preocupación que no podía disimular. Ambos se detuvieron frente a un doctor de mayor edad.

—¿Paciente? —preguntó en inglés con voz ronca.

El doctor esbelto inclinó la cabeza y consultó su tableta antes de responder:

—Se llama Jerónimo, de nacionalidad española y residente en Londres —respondió fingiendo un tono neutro.

Las arrugas alrededor de los ojos del doctor de mayor edad se acentuaron.

—¿Cuál es su estado?

—Accidente de tráfico. Lo hemos sedado con midazolam y fentanilo y se encuentra estable. No presenta lesiones visibles externas, pero creemos que ha sufrido un traumatismo craneoencefálico y he solicitado una tomografía computarizada de urgencia.

—¿Han hecho alguna radiografía o resonancia?

El doctor esbelto le pasó el informe.

—Se realizó una radiografía inicial sin encontrar fracturas evidentes. Sin embargo, por sus síntomas, consideré necesario solicitar un TAC de urgencia. Podría tener edema cerebral o, en el peor caso, hemorragia intracraneal.

—¿Qué dicen los parámetros vitales? —preguntó el doctor mayor inmerso en la pantalla de la tableta.

—El paciente llegó con un nivel de respuesta en la escala de Glasgow de 8, por lo que lo hemos intubado de forma preventiva. Aunque sus signos vitales son estables por ahora, hay riesgo de aumento de la presión intracraneal. La oxigenación y la presión arterial se han mantenido dentro de parámetros aceptables, pero estamos listos para cualquier eventualidad.

El doctor mayor levantó despacio la vista de la tableta hacia Jerónimo. Un silencio sepulcral llenó el espacio entre ellos, interrumpido solo por el zumbido de las luces y el distante murmullo de otros pacientes. Luego miró a su colega y le devolvió la tableta con el informe mientras se hacía a un lado para dejar paso.

—Si hay hemorragia, necesitaré cirugía.

El doctor esbelto asintió con la mandíbula tensa.

—Así lo haré.

El celador fornido empujó la camilla con mirada alerta, alejándose por el pasillo y mezclándose en el bullicio hasta hacerse invisible.

Una semana antes

BAJO EL CIELO melancólico de Londres, Jerónimo descendió las escaleras de su apartamento cargando cajas de mudanza. Aún le quedaban muchas por bajar y miró su reloj, preocupado. Erik, su pareja, aún no había dado señales de vida.

Dejaban el pequeño apartamento en St Katharine Docks para mudarse a su nueva casa inglesa que habían comprado fuera de Londres, en la comarca de Essex. Jerónimo echaría de menos su vida en ese complejo de apartamentos justo detrás del icónico puente Tower Bridge, a la orilla del río Támesis, lleno de yates, restaurantes y ambiente pintoresco. Se secó el sudor de la frente con la camiseta y recordó la primera vez que conoció a Erik una noche en el vibrante barrio del Soho en Londres, en un bar gay de moda.

Erik, un periodista danés nómada, y Jerónimo, un español que había vivido muchos años en Copenhague y que ahora residía en Londres como traductor, sintieron una conexión instantánea desde el primer momento. Lo que iba a ser un encuentro casual de una noche, se convirtió en un intercambio de teléfonos y en visitas cada vez más frecuentes de Erik a Londres. Con el tiempo, Erik alquiló un apartamento en St Katharine Docks y Jerónimo no tardó en mudarse con él. Las escapadas románticas, las noches juntos, las discusiones apasionadas sobre literatura y política; todo parecía un sueño. Un sueño que Jerónimo temía que se desvaneciera.

Aunque había compartido fragmentos de su pasado, siempre se había guardado los detalles más oscuros para sí mismo. No es que no quisiera a Erik; de hecho, lo amaba profundamente. Sin embargo, albergaba un temor intenso a dañar a quienes quería.

Ese temor nació veinte años atrás cuando huyó de su Valencia natal con las manos manchadas de sangre. Fue entonces cuando se refugió en Copenhague, escapando de sus demonios. Pero con Erik y después de muchos años en Londres, Jerónimo se había permitido soñar con un futuro. Decidieron comprar una casa en la comarca de Essex, buscando un nuevo comienzo lejos del bullicio de la ciudad.

De repente, el teléfono vibró, sacándolo de sus pensamientos.

—*Hvor er du henne?* —preguntó a Erik en danés, queriendo saber dónde estaba.

A veces, Jerónimo se sentía más danés que español; otras veces, más inglés que danés, pero siempre, en el fondo, palpitaba el orgullo de ser español. Ese baile lingüístico se reflejaba en su facilidad para deslizarse entre los tres idiomas.

—Salgo pronto —respondió Erik, también en danés, con un tono que revelaba cierta culpabilidad.

—¿Cómo que sales pronto? —preguntó Jerónimo, irritado—. Ya deberías estar aquí. No puedo con todas estas cajas. Y por si fuera poco, esos nubarrones amenazan lluvia —añadió, frunciendo el ceño hacia el cielo.

—Lo siento mucho. Estoy terminando el artículo y he tenido que corroborar cierta información; se me echó el tiempo encima. Llegaré lo antes que pueda, te lo prometo.

Jerónimo bufó.

—Pues nada, no te preocupes. Ya le diré yo al tiempo que no llueva para que no se mojen las cajas.

—¿Y no les puedes poner un plástico encima? Mira en el armario del recibidor. Tiene que haber unas lonas.

—Erik, me estoy poniendo de mala leche. La cuestión no es que le ponga unas lonas a las cajas. La cuestión es que ya tenías que estar aquí con la maldita furgoneta y ni siquiera has salido de nuestra casa en Essex. Con el tráfico del fin de semana te llevará más de una hora en llegar.

—Jero, no te enfades. De verdad que lo siento. He tenido un aviso de última hora y es una situación un poco urgente.

—¿Urgente? —interrumpió Jerónimo—. ¿Cuántas veces has repetido esa palabra en las últimas semanas?

—No te puedo contar más. Tienes que ser paciente. El artículo se publicará en los próximos días.

—Nunca me cuentas nada y siempre tengo que ser paciente. Es muy frustrante. ¿Lo sabías?

—Es mejor así.

—Muchas gracias. Sé que lo haces pensando en mí y te lo agradezco profundamente. Ahora la situación es que faltan más de la mitad de las cajas por bajar y tú todavía no estás aquí. Se va a poner a llover y en unas horas ya no habrá luz natural.

—Jero, tienes toda la razón en enfadarte.

—No me seas condescendiente.

—No es eso lo que pretendo...

Jerónimo colgó el teléfono y soltó un largo suspiro.

Al intentar subir un par de cajas de vuelta a casa, tuvo la mala suerte de hacerse daño en la espalda.

—¡Mierda!

Dejó las cajas a un lado y subió las escaleras encorvado, recordando al jorobado de Notre Dame. Entró en la cocina, se tragó un par de ibuprofenos y se tumbó en el sofá con los pies colgados en un extremo. Cuando terminasen la mudanza a Essex, lo primero que compraría sería un sofá más grande. El estrés, que se había transformado en irritación, ahora dio paso a cansancio.

Minutos más tarde, Erik lo llamó de nuevo.

—Antes de que digas nada —lo interrumpió Jerónimo—, perdona que estuviese un poco borde antes. Lo siento.

—Entiendo perfectamente tu frustración con la situación y prometo compensarte. ¿Te has tomado una pausa?

—Me he tomado un par de ibuprofenos. Cargué demasiado peso y me he hecho daño en la espalda. Ahora estoy tumbado en el sofá de dos plazas que me gusta tan poco, con las piernas colgando. Estoy muy cansado.

—Y estresarte no te ayuda, lo sabes. Uno de los periódicos más importantes de Inglaterra ha dado luz verde y pronto me confirmarán el día en que se publicará el artículo. Solo puedo decirte que va a hacer mucho daño a mucha gente. Te pido que seas paciente. Tengo todo bajo control. Con lo que cobre, nos damos un paseo por IKEA.

—¿IKEA? Quiero algo con más caché.

Ambos rieron.

—¿Por qué no te echas una siesta y descansas? Salgo ya. Cuando llegue bajaré yo las cajas pesadas. Soy más fuerte que tú.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. Tú eres más cabezón.

—Eso tampoco es verdad.

—Tenía un profesor en la universidad que decía que revelar la verdad de una historia para sacarla a la luz era tarea de titanes, y solo los cabezones firmaban la victoria.

Jerónimo se despidió de Erik y dejó caer el brazo con el móvil en la mano. El alivio del ibuprofeno lo envolvió y sus ojos se cerraron con pesadez, entregándose al abrazo del sueño. Sin embargo, ese breve descanso fue interrumpido por el sonido insistente del móvil una hora más tarde. La luz de la pantalla proyectaba sombras danzantes en el pequeño comedor. Al ver «policía», su corazón se detuvo. Lo que le dijeron cambió su vida para siempre.

—*Hello?* —contestó Jerónimo con voz aún ronca por el sueño, y una sensación de inquietud creciendo en su pecho.

Al otro lado de la línea, la voz firme y serena de un policía confirmaba su identidad.

—¿Conoce a Erik Vinterberg?

—Es mi pareja. ¿Qué ha pasado?

Un inquietante silencio al otro lado de la línea intensificó la angustia de Jerónimo.

—Lamentamos informarle que su pareja ha tenido un accidente de tráfico, y ha sido trasladado al Hospital St Mary en Londres. ¿Sabe cómo llegar?

Un sudor frío le recorrió la espalda y su corazón comenzó a latir con fuerza. Las palabras *accidente*, *hospital* y el nombre de Erik se entrelazaron en su mente, generando un torbellino de emociones. Apretó con fuerza el móvil, intentando procesar la información, y preguntó con voz entrecortada:

—¿Qué... qué le ha pasado exactamente?

—No tengo todos los detalles, pero los doctores están haciendo lo posible para mantenerlo con vida.

—¿Con vida? —Su voz se elevó con tal fuerza que pareció tocar el techo.

—Será mejor que se dé prisa.

Jerónimo colgó con manos temblorosas. Su cuerpo se paralizó durante unos segundos. El ensordecedor silencio que lo envolvió solo era interrumpido por el acelerado latir de su corazón. Se esforzó por levantarse, pero sus piernas no respondían. Después de tomar un par de respiraciones profundas, se incorporó. No había tiempo que perder; necesitaba estar junto a Erik.

Salió por la puerta como alma que lleva el diablo.

EL DOCTOR JAKOB SCHMITT fácilmente podría haber sido confundido con un modelo de pasarela en lugar de un médico. Media casi metro noventa, y tenía unos ojos azules hielo que parecían tallados en mármol. Su pelo rubio, cortado con precisión, estaba siempre impecablemente peinado. Sin embargo, detrás de esa fachada de perfecta apariencia, se ocultaba una mirada sombría en sus ojos y una culpa persistente que le acompañaba.

Levantó la vista hacia un cielo oscuro mientras giraba suavemente la alianza de oro alrededor de su dedo anular.

Se acabará todo pronto, pensó. Esta será la última vez.

Cuando terminara su último encargo, volvería a su Austria natal, esta vez de la mano de su esposa ya recuperada de la operación.

Bajó la cabeza, resignado, y caminó en dirección a una vieja furgoneta. Era una antigua Mercedes-Benz Sprinter, de esos modelos más grandes que a menudo se usaban para repartos comerciales o incluso como minibuses. Su color exterior era un blanco desgastado por los años y la falta de mantenimiento, y desde fuera parecía una furgoneta de alguna compañía de construcción, con la única diferencia de que en el techo había varias antenas discretas y unos paneles solares.

Dio un par de golpes secos con un ritmo específico y la puerta interior se abrió, dejando escapar un olor a comida del McDonald's que le golpeó la cara.

—Doctor Jakob Schmitt —lo llamó una voz grave desde dentro—, llegas tarde. Pasa. Eres tan inoportuno como un grano en el culo.

El doctor apretó la mandíbula y optó por no responder. Se repitió a sí mismo que este sería su último trabajo. Volvió a jugar con la alianza y entró.

Tras una mesa plegable se encontraba sentado un hombre corpulento que devoraba una hamburguesa doble con una mano, mientras con la otra rebañaba el ketchup con las patatas fritas. Era una figura imponente, de espesa barba negra que enmarcaba su rostro y ojos pequeños y oscuros. Vestía una camiseta, también negra, hecha para un hombre aún más enorme que él, como si intentara esconder su volumen, pero que solo servía para hacerlo parecer más gordo.

Detrás de él, tres pantallas de ordenador creaban una más grande, similar a la de un cine, con un salvapantallas en fondo negro y fotos de mujeres sacadas de alguna revista porno de los ochenta que flotaban sin rumbo fijo.

El doctor Schmitt entró con cuidado de no pisar los cables que yacían en el suelo como serpientes en un nido.

Una variedad de aparatos y equipos técnicos, desde drones a teléfonos móviles de diferentes generaciones, se encontraban dispersos por todo el lugar. Los paneles de la furgoneta estaban cubiertos con mapas de la ciudad de Londres, listados de direcciones IP y recortes de noticias. Además, para mantener su identidad en secreto y evitar ser rastreado, el enorme *hacker* había instalado un inhibidor de señal y una red VPN personalizada, que ocultaban su ubicación y actividades en línea.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el doctor Schmitt.

—Me puedes llamar Jamal Al-karim —respondió absorbiendo su refresco por la pajita produciendo un sonido irritante—. ¿Eres alemán?

—No.

—Lo digo por el acento —dijo eructando.

El doctor dio un paso hacia atrás.

—Soy de Viena, austriaco —aclaró.

—Para mí es lo mismo.

El doctor no respondió al comentario. Giró la cabeza a un lado y respiró profundamente.

—Me avisaron de que tenías los documentos preparados.

Jamal señaló con la barbilla a la mesa mientras terminaba su hamburguesa.

El doctor Schmitt recogió los papeles.

—He dejado muy claro que este será mi último trabajo. Mi esposa no puede seguir esperando.

—Y si lo haces bien, tendrás tu recompensa. Así que no la cagues como la última vez.

—No la cagué la última vez.

Jamal, el *hacker*, se encogió de hombros.

—Eso es lo que me dijeron.

—¿Quién te lo dijo?

—Ya sabes cómo funciona esto. Yo solo recibo órdenes y tú las recibes de mí. Tú no me conoces a mí, yo no conozco quién me manda el material. Así todos estamos más seguros.

—Eso ya me lo explicó el último *hacker* con el que hablé.

Jamal dejó de masticar.

—Oye —le dijo—, el jefe quiere los papeles firmados para esta noche.

—Haré lo que pueda.

—¿Cuando vuelvas, me traes algunas cervezas? Tengo que terminar un encargo de última hora y no puedo salir de aquí. Unas cuantas cervezas me relajarían.

El doctor miró con desdén las pantallas llenas de mujeres en posturas obscenas.

—No soy tu criado. Si necesitas relajarte, hazte una paja.

Jamal se limpió la barba antes de responder.

—¿Como lo haces tú?

El doctor Schmitt captó la insinuación y su rostro cambió de color.

—No metas a mi esposa en esto —dijo con una voz tan helada que podía cortar el hielo en la Antártida—. Jamás, ¿me oyes? Jamás menciones a mi esposa con tu boca sucia.

El *hacker* se tocó la nariz y aspiró fuerte como si estuviera preparándose para empezar una pelea callejera.

—Trae los putos papeles firmados esta noche —repitió y siguió comiendo la hamburguesa, ignorando la presencia del doctor.

—¿Has modificado el informe en el sistema? Si no, no puedo proceder.

El *hacker* bufó, esta vez con teatralidad.

—He ajustado el informe con los datos que me diste. ¿Cuánto tiempo puedes mantener la mercancía en modo de pausa?

—La expresión correcta es coma inducido —le corrigió el doctor.

Jamal, el *hacker*, se rio con sorna.

—Mira, doctor —dijo, señalando al hospital a través de la ventana de la furgoneta con una sonrisa maquiavélica—, te voy a enseñar las expresiones correctas. Ese edificio que ves ahí, es «una tienda». Tú te encargas de mantener la mercancía en modo de pausa para así llevarla «al taller» y entregar los recambios a nuevos clientes. Yo me encargo de bucear en el sistema. Cuando vendamos los recambios, volvemos a la «tienda» y nos vamos de compras otra vez. Y esto que ves aquí —dijo señalando al interior de la furgoneta— es la fortaleza.

El doctor Schmitt miró con una expresión de asco.

—Yo lo llamaría una cueva.

Con los documentos en mano, salió de la furgoneta, con ganas de escapar corriendo de vuelta a su Viena natal. Alzó la vista al Hospital St Mary, sabiendo que su esposa Elisa Vogel estaba luchando por su vida en una de esas habitaciones esperando un trasplante de riñón. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para salvarla, aunque eso significara mancharse las manos de sangre por última vez.

Dio un beso a su alianza y murmuró algo en alemán.

La última, se dijo.

LA CIUDAD VIBRABA de vida mientras Jerónimo, a bordo de un taxi, se dirigía al Hospital St Mary.

—Dese prisa, por favor —insistió al taxista, pero en esas horas de la tarde, el tráfico era denso.

El asiento se sentía incómodo y pegajoso. Los minutos se alargaban como si fueran horas. A través de la ventana, la imagen de Londres se distorsionaba con cada gota de una lluvia temprana, y el monótono ritmo del limpiaparabrisas marcaba un compás lento y tortuoso.

Finalmente, el taxista aparcó en Praed Street. Habían llegado a su destino.

El hospital, situado al este de Londres, se encontraba a poca distancia a pie de la estación de Paddington. El majestuoso edificio era un reflejo imponente de la arquitectura del periodo victoriano con una fachada de ladrillos rojos con acentos blancos, hileras de arcos y ventanas de guillotina dispuestas simétricamente.

Al poner un pie fuera del taxi, el caos del hospital lo envolvió, amplificando la confusión y el tumulto que sentía en su interior.

Atravesó el bullicio, tratando de encontrar el mostrador de recepción, hasta que llegó a una superficie semicircular de granito oscuro pulido con una pantalla digital encima que parpadeaba con información.

Una joven madre con el cabello despeinado, haciendo cola, sostenía en brazos a su hijo, que vestía un pijama amarillo. El pequeño, tocándose un chichón en la frente, lloraba aferrado a un oso de peluche, buscando consuelo.

Antes de que Jerónimo pudiera hablar, una anciana sentada en una silla levantó un bastón.

—Detrás de ella voy yo —dijo con voz desafiante.

—Mi pareja ha tenido un accidente de tráfico y necesito saber cómo está —explicó Jerónimo con urgencia.

La anciana lo miró, notando su desesperación, arrugó la nariz y asintió con la cabeza sin decir palabra.

Jerónimo volvió su atención hacia el mostrador, pero una enfermera con un moño negro y labios pintados de un tono rosa, demasiado claro para su piel morena, levantó la mano pidiéndole que esperara. Estaba ocupada atendiendo a la madre con el niño.

—Han traído a mi pareja a urgencias tras un accidente de tráfico —insistió Jerónimo—. Necesito saber dónde está.

—Ya le he dicho que espere un momento —dijo la enfermera con voz suave pero firme.

—No me lo ha dicho —replicó Jerónimo—. Me ha levantado la mano para que me callara. Necesito saber dónde está Erik, por favor.

La madre se retiró un poco, permitiendo que Jerónimo se acercara más al mostrador.

—Estoy sola en este turno —dijo ella—. Dígame el nombre completo otra vez y veo qué tengo en el sistema.

—Gracias.

Jerónimo le dio los datos mientras la enfermera tecleaba en el ordenador.

—El doctor Bennett está a cargo de su caso. Ahora mismo está viendo a otro paciente, aunque lo avisaré de que su amigo ha llegado.

—No soy un amigo, soy su pareja. Pero, ¿sabe cómo está, Erik?

—El doctor hablará con usted en cuanto pueda. Siéntese y espere por favor —dijo la enfermera señalando un asiento.

—¿Su pareja Erik es nombre de hombre o de mujer? —preguntó la anciana con el bastón.

Jerónimo, agotado y estresado, la fulminó con la mirada, haciendo que ella tomara cierta distancia de su asiento.

A unos metros, el niño seguía llorando y su madre continuaba contándole una historia que no tenía fin.

Cuando Jerónimo levantó la vista del suelo, tenía enfrente a una pareja de policías. Una mujer de ojos claros y cabello corto oscuro vaciló un instante antes de hablar, como buscando las palabras adecuadas.

—Soy la oficial Amy Browning y este es el oficial Peter Collins —dijo, señalando a su compañero. Peter tenía una barba rubia y mofletes sonrosados—. ¿Ha hablado ya con el doctor?

Jerónimo se puso de pie mientras sus ojos saltaban de un rostro al otro.

—Lo estoy esperando.

—¿Le gustaría hablar en algún lugar más tranquilo? —le preguntó la oficial.

—No me puedo ir...

—No se preocupe —dijo haciendo una señal a la enfermera de turno—. Ella informará al doctor que está con nosotros.

Guiado por los policías, Jerónimo recorrió un corto pasillo en silencio. No fue una gran distancia, apenas unos pasos, aunque a él se le hizo eterna. Entraron en un cuarto que más bien parecía un vestuario donde los pacientes se cambiaban antes de las radiografías.

—¿Desea sentarse? —ofreció la oficial Amy.

Al lado de Jerónimo había un banco pegado a la pared.

—No, prefiero quedarme de pie.

—Como desee —empezó la oficial, con un tono tranquilo que solo aumentó el nerviosismo de Jerónimo—. Lamentamos profundamente la situación. Queremos proporcionarle toda la información y apoyo que necesite. ¿Puede confirmar su relación con Erik Vinterberg?

Jerónimo tomó aire.

—Erik es mi pareja.

—Gracias —asintió ella—. Su pareja ha tenido un grave accidente de tráfico.

—¿Cómo de grave?

—Se salió de la autopista M-25 y la furgoneta que conducía chocó contra las barreras de contención.

El mundo se congeló para Jerónimo en el instante en que la noticia llegó a sus oídos. Sintió un peso en el pecho y optó por sentarse en el banco.

—¿Dice que se salió de la autopista? ¿Así de simple?

—Nuestros compañeros —intervino el oficial Peter Collins—, están reconstruyendo el accidente y consultando las cámaras de tráfico para confirmar los detalles. Según las marcas de derrape y el daño en el vehículo, todo apunta a un exceso de velocidad o una distracción. Las pruebas toxicológicas dieron negativo.

—Erik siempre ha sido un buen conductor —murmuró Jerónimo intentando darle sentido a la situación.

—Podría haberse distraído o haber estado somnoliento al volante —sugirió el oficial Peter—, lo que es tan peligroso como conducir bajo los efectos del alcohol o las drogas.

Jerónimo reflexionó durante unos segundos. Aquello no tenía sentido.

—¿Por qué el Hospital St Mary? ¿No hay hospitales más cercanos?

—¿Más cercanos a dónde? —inquirió la oficial Amy.

—Erik venía de Essex con dirección a nuestro apartamento en St Katharine Docks, al este de Londres. ¿Por qué trasladarlo aquí, al Hospital St Mary?

El oficial Peter revisó su bloc de notas.

—El accidente ocurrió en la autopista M-25, cerca de la salida M-40. El personal sanitario de emergencia llamó al hospital más cercano, que es este.

—Pero estamos al oeste de Londres. Erik venía de Essex, al noreste.

Los dos policías intercambiaron miradas. La oficial Amy respondió:

—Es posible que su pareja hubiera tomado un desvío o decidido hacer una parada en algún lugar. ¿No le mencionó nada?

Jerónimo negó lentamente, con la mirada perdida en el suelo, recordando la conversación que tuvo con Erik.

—Me llamó antes de salir. Dijo que se retrasaba por un imprevisto en su trabajo. No mencionó ningún desvío.

—¿En qué trabaja su pareja?

—Es periodista de investigación. Prepara un artículo de algo que... no sé qué es. Nunca me cuenta nada. No hasta que sale publicado.

La oficial Amy inclinó la cabeza buscándolo con la mirada.

—Lo más importante ahora es que su pareja se recupere. Luego podrán hablar y aclarar todo.

Jerónimo le devolvió la mirada, aunque un nudo de preocupación y confusión permaneció en su pecho.

—¿Y ahora qué?

La oficial Amy se acercó más.

—¿Tiene familia aquí en Londres?

—No.

—¿Y su pareja?

—Tampoco. Yo soy de España y Erik de Dinamarca.

—¿Algún amigo? —intervino el oficial Peter—. Alguien que le pueda acompañar. En estos momentos es mejor no estar solo.

Tras un silencio, la oficial Amy añadió:

—¿Hay algo más que quiera saber?

Jerónimo tardó unos segundos en reaccionar.

—No... No lo sé.

—Está bien. Quédese aquí. El doctor Bennett le informará sobre el estado de su pareja.

Jerónimo asintió en silencio, despidiéndose de los policías con un gesto de gratitud. Se quedó solo en el banco, esperando al doctor Bennett. Erik había tenido un accidente grave, en una carretera donde no debería haber estado. Se preguntó qué impulsó a Erik a cambiar de ruta y, si lo hizo, por qué no le dijo nada.

Una enfermera descorrió las cortinas.

—El doctor desea hablar con usted —informó.

Jerónimo, aún aturdido, alzó la vista hacia ella.

Se acercó un hombre con una presencia serena, un poco más joven que él. Llevaba una bata blanca imponente que contrastaba con su pelo oscuro y desordenado.

—Soy el doctor Samuel Bennett —se presentó con un suave acento escocés, extendiendo su mano hacia Jerónimo—. Entiendo que es un momento difícil.

El doctor se sentó al lado de Jerónimo, luego tomó una tableta electrónica y mostró un informe.

Jerónimo apenas pudo distinguir el nombre Erik Vinterberg y algunos detalles técnicos.

—Hemos realizado varias pruebas —explicó el doctor Bennett—. Físicamente, Erik está estable. No presenta fracturas ni heridas externas graves. Sin embargo, los resultados de la tomografía computarizada no son alentadores. Su pareja ha sufrido un traumatismo craneoencefálico severo. Hemos decidido inducirle un coma para dar a su cerebro la mejor oportunidad de recuperarse.

Jerónimo sintió como si el suelo se desvaneciera bajo él.

—¿Despertará? —Su voz tembló al hacer la pregunta.

El doctor dejó la tableta a un lado.

—Es complicado proporcionar una cifra exacta en estos momentos, pero el panorama es incierto. Se podría decir que está al 50 %. Y si logra despertar, todavía no sabemos en qué estado se encontrará.

Jerónimo se pasó las manos por la cara.

—No puedo creerlo.

El doctor Bennett observó el estado emocional de Jerónimo.

—Le diré algo —confesó—. Yo también tengo pareja en Londres. Él es de Varsovia. Yo soy de Edimburgo. Nos mudamos hace poco y es la única familia que tengo aquí. Entiendo, en cierta medida, su angustia.

Un silencio se apoderó del espacio entre ellos.

—Gracias —susurró Jerónimo.

—Vamos a mantener la esperanza. ¿Hay algo más que quiera saber?

Jerónimo negó suavemente.

El doctor se levantó, dispuesto a salir.

Jerónimo lo detuvo con una última pregunta:

—¿Cómo se llama su pareja?

El doctor sonrió con un matiz de orgullo.

—Laszlo.

Jerónimo bajó la mirada, intentando contener las lágrimas que amenazaban con brotar.

JERÓNIMO ESTABA SENTADO en una silla rígida e incómoda junto a una cama de hospital. En esa cama, yacía Erik, inerte. De complexión vikinga, era un poco más alto que él. Sus enormes pies talla cuarenta y seis sobresalían en el borde.

El sonido mecánico de su respiración, asistida por una máquina, evocaba el murmullo de un océano distante. Un sonido que lo envolvía, arrastrándolo hacia sus profundidades y sumiéndolo en un abismo de emociones.

Se pasó las manos por la cara, buscando refugio en la oscuridad de su propio ser.

Poco a poco, la postura erguida que había mantenido empezó a ceder bajo el peso de la preocupación y la confusión, encorvando sus hombros mientras contemplaba a su pareja envuelta en una maraña de cables y tubos.

Erik estaba enganchado a una máquina que lo mantenía con vida, mientras que Jerónimo estaba enganchado a Erik, quien era su razón de vivir.

La confusión inicial dio paso al miedo, y el miedo se transformó en impotencia y desesperación. Tuvo el impulso de levantarse, de gritar y buscar respuestas, aunque la realidad era que estas no existían.

Erik le había dicho que se le había echado el tiempo encima terminando un artículo. Pero la policía confirmó que el accidente ocurrió lejos de la ruta directa al apartamento en St Katharine Docks. Un desvío que añadía media hora al trayecto de vuelta. Hubo algo que no le contó. Y seguramente no tendría la mayor importancia. Erik no era un mentiroso. Jerónimo lo sabía bien. Prefería omitir detalles antes que falsear la verdad. Pero había una cosa cierta: Jerónimo le había metido prisa a Erik. Mucha prisa. Si hubiera sido más paciente, quizás, solo quizás, Erik no estaría en esa cama de hospital luchando por su vida.

Alguien tocó a la puerta. Parecía más un roce que un golpe seco. Su amigo Christian asomó la cabeza, se acercó hasta Jerónimo y le dio un fuerte abrazo. El olor a perfume aristócrata y el tacto suave de un traje hecho a medida envolvieron a Jerónimo.

No hubo palabras.

No hacía falta.

El silencio reinó en la habitación durante unos minutos, solo interrumpido por el pitido constante de la máquina y los sonidos distantes de pasos y voces, que ocasionalmente llegaban desde el pasillo.

Jerónimo quiso explotar, gritar, dejar salir toda esa angustia acumulada, pero no pudo.

No es que no se sintiera seguro con su amigo al lado. Simplemente, se sentía como una

botella de Coca Cola y que, de tanto agitarla, era imposible abrir. Un tapón que no podía destapar. Así se sentía en esos momentos.

—*Min kære Jero...* Mi querido Jero... —susurró Christian—. Acabo de hablar con uno de los doctores y me ha informado de todo. Hay que esperar. Ser positivo.

Jerónimo tragó saliva antes de responder.

—Todo esto... todo... es mi culpa.

Christian observó a Jerónimo con preocupación evidente en sus ojos azules mientras apartaba un mechón que caía rebelde sobre la frente de su amigo. Se conocieron diez años atrás, en la misa danesa de los domingos en Londres. Era un encuentro más social que religioso para los expatriados de Dinamarca.

Christian, nacido en Copenhague, pero criado en Inglaterra desde su adolescencia, fusionaba su genética vikinga con la elegancia de un caballero londinense. Tras una carrera como tripulante de cabina para la compañía aérea British Airways y en vuelos privados, donde desarrolló el arte de la discreción y el silencio, se jubiló a una edad temprana. A los cincuenta y cinco años, se compró una casa en la campiña inglesa cerca de Oxford, alternando la tranquilidad del campo con visitas a la capital.

—¿Por qué dices que todo es culpa tuya? —preguntó Christian.

—Me enfadé con él porque llegaba tarde a la mudanza. Y mira dónde está ahora. Todo esto es culpa mía. —Las palabras de Jerónimo estaban teñidas de remordimiento.

—Ya está —dijo Christian, intentando consolar a su amigo—. Nadie tiene la culpa. Cuéntamelo todo desde el principio. —Se quitó su chaqueta, comprada en Savile Row, y tomó asiento en una pequeña silla metálica.

Respirando hondo, Jerónimo se sentó al lado de su amigo y le contó que Erik se había pasado el día en su nueva casa en Essex trabajando en un artículo que estaba a punto de publicar, y en su vuelta a Londres, se salió de la autopista chocándose contra las barreras de contención. Pese a que solo presentaba magulladuras, su mente estaba atrapada en un coma inducido.

—Chris —dijo Jerónimo sin despegar la vista de Erik—, no lo entiendo. De verdad que no lo entiendo. Tú lo conoces bien. No cruzaría una calle con el semáforo en rojo, aunque le fuera la vida en ello. No entiendo cómo iba a una velocidad tan alta.

Christian buscó una postura más cómoda mientras escuchaba las palabras de Jerónimo.

—¿Por qué trajeron a Erik al Hospital St Mary? Hay hospitales mucho más cerca de St Katharine Docks.

—La policía me explicó que este hospital es el más cercano al lugar del accidente.

Christian levantó una ceja.

—Estamos en el oeste de Londres.

—El accidente ocurrió en la autopista M-25, cerca de la salida M-40. Lo revisé en el mapa de Google y este es uno de los hospitales más cercanos.

Christian cruzó los brazos.

—¿Estás seguro de que pasó el día entero en Essex?

Jerónimo asintió.

—Me llamó desde la nueva casa cuando iba de camino.

—¿Entonces?

—No lo sé —respondió Jerónimo, confundido—. Cambió de ruta, pero no me dijo nada.

Christian posó su mano sobre la pierna de Jerónimo y se quedaron en silencio, contemplando la cama de hospital donde Erik yacía como un bello durmiente.

—Eso es lo de menos. Ahora tenemos que esperar y ser positivos. Y tú tienes que descansar —dijo acariciándole la mejilla—. ¿Te acompaño a casa?

—¿A qué casa? —replicó Jerónimo.

—Deberías volver a St Katharine Docks. Ya has hablado con el doctor y te avisarán de cualquier cambio. No hay más que puedas hacer aquí y necesitas descansar unas horas.

—Vuelve tú a tu casa. Yo quiero quedarme.

Christian observó la habitación.

—¿Dónde? No puedes dormir en una silla.

—Quiero quedarme con Erik.

—¿No te voy a convencer? —El silencio de Jerónimo era respuesta más que suficiente. Christian se levantó—. ¿Dime qué quieres que haga?

—Quiero que vuelvas tú a casa —insistió Jerónimo—. Yo me quedaré un poco más y luego ya veré.

Christian suspiró, conocedor de la tozudez de su amigo.

—Está bien. No insistiré, pero llámame si necesitas algo.

Jerónimo asintió despacio.

Su amigo le dio un abrazo de despedida.

Era extraño cómo funcionaba el cerebro. Entre tanto tumulto emocional, Jerónimo tuvo la imagen de su padre más viva que nunca.

—Jovencito —dijo Christian—, mírame y dime que me llamarás.

A Jerónimo se le escapó una sonrisa agria al escuchar la palabra jovencito.

—Lo haré, pero ya no soy un niño.

—Desde que te conocí, para mí siempre serás un jovencito impulsivo.

—Tenía ya treinta años cuando nos conocimos.

Christian abrió la boca para añadir algo, pero tardó unos segundos en pronunciar sus palabras.

—Tú cuídate, que yo estoy aquí.

EL SUAVE RESPLANDOR de las farolas de la calle se colaba a través de las ventanas de la habitación del hospital, proyectando un tono ámbar que contrastaba con la blancura aséptica del lugar.

Jerónimo se reclinó en una silla que parecía diseñada para cualquier propósito, menos la comodidad. Sus pies descansaban sobre la cama, donde Erik yacía inconsciente, enredado entre tubos y cables. Había pasado un rato desde que Christian se había marchado. El cansancio tiraba de los párpados de Jerónimo, pero cada vez que los cerraba, los ecos de las risas y caricias de Erik le asaltaban, manteniéndole en vilo.

De repente, ese silencio fue roto por el ruido sordo de unos golpes en la puerta. Un hombre de figura esbelta, como una espiga de trigo, vestido con una bata blanca inmaculada, se adentró en la habitación. Miró con brevedad a Erik antes de dirigirse a él.

—¿Usted es Jerónimo? —preguntó con un ligero acento germano. Educado, pero distante.

—¿Y usted es...?

—Soy el doctor Jakob Schmitt—respondió extendiendo la mano—; ¿podría hablar con usted un momento?

Jerónimo asintió, esperanzado.

—Por supuesto.

Juntos caminaron por el pasillo mientras el doctor sostenía con firmeza una tableta electrónica y unos papeles. Tras un breve recorrido, llegaron a una pequeña sala.

—Por favor, tome asiento —dijo el doctor Schmitt señalando una silla.

Jerónimo obedeció, sintiendo el frío metal a través de su ropa. Frente a él, el doctor Schmitt lo observaba con labios estirados que imitaban una sonrisa.

—Lamento la hora —comenzó el doctor—, aunque el hospital no descansa y yo tengo turno de noche.

—¿De qué se trata exactamente?

—Usted es... su pareja, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Tienen familia aquí en Londres?

—No, Erik tiene una hermana en Dinamarca, pero no tienen contacto. Aquí en Londres estoy yo solo —contestó Jerónimo sin entender la finalidad de la pregunta—. ¿Qué ocurre?

El doctor paró de rellenar datos en la tableta y levantó una mirada neutra.

—Es meramente protocolario —dijo dejando la tableta a un lado y juntó las manos—. ¿Ya le

han informado de las opciones?

—¿Qué opciones?

—Parece que no le han dicho nada aún, ¿verdad?

—No le sigo.

El doctor respiró hondo antes de hablar.

—Verá, su pareja ha sufrido un traumatismo craneoencefálico, una lesión cerebral causada por el impacto del accidente. La gravedad de esta lesión se mide a menudo por la Escala de Coma de Glasgow. En el caso de su pareja, la puntuación indica que la lesión es grave. Esto significa que su cerebro está sufriendo un nivel significativo de estrés, manifestado en hinchazón, hematomas o una combinación de ambos. El traumatismo grave puede conllevar diversas complicaciones, como acumulación de sangre o líquido cefalorraquídeo en el cerebro. Dependiendo de la evolución en las próximas horas o días, podríamos considerar diferentes tratamientos, incluyendo cirugía para aliviar la presión en el cerebro o medicamentos específicos. —El doctor Schmitt deslizó unos documentos hacia Jerónimo—. Me gustaría que firmara estos papeles dando su consentimiento para la donación de órganos. Es mero protocolo y evitaría demoras en el proceso.

Jerónimo miró aquellos papeles con cierta distancia.

—¿Qué proceso?

—Es solo protocolo —repitió el doctor, ofreciéndole un bolígrafo—. Esto lo agilizaría todo. Debemos considerar todas las opciones.

Jerónimo sintió cómo el mundo se desmoronaba. Las palabras del doctor resonaban en su mente, pero lo único que podía visualizar era los momentos que había compartido con Erik.

Todo fluyó frente a sus ojos como un torrente imparable de recuerdos. La primera mirada, la primera conversación, el primer beso y la primera noche juntos. Paseos por los rincones de Londres y almuerzos con vistas al río Támesis. El primer malentendido, la primera pelea y la primera disculpa. Luego llegaron los planes de vivir juntos y formalizar su relación. Los recuerdos estaban tan vivos que casi podía tocarlos y olerlos. Se rascó la barba. Firmar esos documentos era como despedirse de su vida.

—Perdone —interrumpió el doctor, sacándolo de su ensimismamiento—, necesitamos su consentimiento para la donación de órganos. Como le he dicho, es solo un protocolo en caso de...

—No —respondió Jerónimo. Su voz sonó más fuerte de lo que había anticipado—. No firmaré nada.

El doctor Schmitt apretó la mandíbula durante unos segundos. Cuando habló, cada palabra llevaba un peso:

—Su pareja está en coma y posiblemente permanecerá así mientras tenga asistencia vital.

—Despertará en algún momento.

—Los resultados de la tomografía no son muy optimistas.

Jerónimo cruzó los brazos.

—No voy a firmar nada.

—Debería considerarlo.

Jerónimo se levantó y sintió un ligero mareo por su cansancio.

—No tengo nada que considerar.

El doctor respiró hondo.

—Como desee —dijo, estirando los labios, pero no llegó a formar una sonrisa—. Es su

decisión.

EL DOCTOR JAKOB SCHMITT se detuvo frente a la furgoneta, mal aparcada. Extendió la mano para quitar una multa del parabrisas y la tiró al suelo. Se alisó el pelo y golpeó la puerta en un patrón rítmico, como si teclease una contraseña.

La puerta se abrió lentamente. Detrás, Jamal, el *hacker*, lo recibió en calzoncillos.

—Me has despertado —dijo malhumorado.

El doctor Schmitt entró y una mezcla de aire estancado combinado con el olor a comida rápida lo golpeó de inmediato. Instintivamente, puso sus dedos sobre las fosas nasales para bloquear el hedor. Luego, dejó unos documentos sobre la mesa plegable.

—Toma —indicó.

—¿Y las cervezas? —preguntó el *hacker*, rascándose el abdomen por encima del borde del calzoncillo.

El doctor Schmitt puso los ojos en blanco y dejó seis cervezas junto a los documentos.

—He venido para decirte que la pareja no ha firmado la autorización —explicó el doctor.

—¿Por qué no?

—Sospecha de algo. Ese hombre no es como los demás.

El *hacker* sonrió con malicia.

—Ese hombre y su pareja es justo lo que buscamos. —Se sentó delante del ordenador y tecleó algo. Una serie de imágenes y texto aparecieron en la pantalla—. Jerónimo, español, traductor *free lance*. Vive en St Katharine Docks. Sin familia en Londres. Parece otro candidato perfecto. ¿Cuál es el problema?

—Ya te lo he dicho. Ese español sospecha algo. Debemos tener cuidado.

Jamal, el *hacker*, soltó una risa.

—Vaya... ya nos ha pasado antes.

—Lo sé, pero esta vez siento que es diferente.

—¿Por qué?

—Hay algo en la mirada de ese hombre que no me gusta.

Jamal alzó una ceja.

—No te tiene que gustar.

—Me refiero en su forma de mirar.

—¿Desde cuándo te preocupan las miradas?

—Ese hombre está desesperado. Y cuando alguien está desesperado, es capaz de cualquier cosa. El paciente es lo único que tiene aquí en Londres.

—Ese paciente es ahora mercancía nuestra. ¿No es eso lo que queremos? Que no tenga conexiones. Eso juega a nuestro favor. Hasta un elefante blanco pasaría desapercibido en esta urbe.

—No es eso. Conozco esa mirada. Va a por todas y le importan poco las consecuencias. No le tiene miedo a la muerte. Y si no le tienes miedo a la muerte, no te importa perderlo todo, porque realmente no tienes nada que perder. Eso lo hace peligroso.

Jamal lo miró con sus pequeños ojos oscuros y sonrisa burlona.

—¿Te estás poniendo filosófico? —Acto seguido, se abrió una lata, dio un largo trago y se limpió la espuma de la cerveza con la mano—. Déjalo en mis manos. Limítate a seguir el protocolo.

El doctor Schmitt se reclinó hacia el *hacker* e hizo un esfuerzo para mantener la calma y la respiración.

—Este es mi último trabajo, Jamal. Después de esto, estoy fuera. ¿Entendido?

El *hacker* asintió lentamente. Dio su segundo trago de cerveza, que terminó en un eructo.

—Pues terminemos cuanto antes. Empezamos mañana.

—Mañana es domingo.

—Mejor. Menos personal en el hospital para no levantar sospechas.

El doctor Schmitt parecía preocupado.

—Es arriesgado. Si algo sale mal, saltarán las alarmas.

La sonrisa maquiavélica reapareció en el rostro de Jamal y su barba se expandió.

—Encárgate de que no salten. Ahora vete. Tengo cosas que hacer.

ERAN las dos y media de la madrugada.

Jerónimo intentó reclinarse en la silla buscando una postura más cómoda, pero tras un breve esfuerzo desistió y se puso de pie. Arrastrando los pies, se dirigió hacia el gran ventanal que ofrecía una vista a la calle adyacente a la estación de Paddington.

Abajo, jóvenes deambulaban como zombis mientras otros esperaban el autobús nocturno. Un par de mendigos dormían en unos sacos de dormir improvisados, ajenos al ruido de los coches y de la gente que pasaba.

Respiró hondo y al exhalar sintió una opresión en el pecho.

La luz de la noche bañaba el rostro sereno de Erik, quien yacía con un tubo conectado en la nariz. Solo el monótono pitido de la máquina, que lo mantenía con vida, rompía el silencio de la habitación.

Pasó sus dedos por la fría frente de su pareja y un torbellino de ansiedad lo envolvió. Alzó la vista y se fijó en un vaso de agua sobre la mesita de noche. Se preguntó cómo esperaban que Erik se levantara para beberlo, o cuánto tiempo había estado allí ese vaso.

Junto al vaso, había una pequeña bolsa de papel marrón con los objetos personales que la policía guardó después del accidente.

Aunque pesaba poco en su mano, la bolsa parecía pesar toneladas en su corazón.

Se sentó en la silla, encendió la lámpara de la mesita y comenzó a explorar el contenido. Sacó el móvil y un reloj digital que contabilizaba los pasos. El contador marcaba cero, como una cruel burla a la realidad que estaba viviendo. En el fondo, encontró las llaves del apartamento en St Katharine Docks y recordó el día que Erik le entregó una copia de las llaves, simbolizando su compromiso mutuo. Lo primero que hizo Jerónimo fue mostrárselas a su amigo Christian, emocionado como un niño con un nuevo juguete. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Sacó el otro llavero, el de su nueva casa, y su sonrisa se desvaneció.

Revisó la billetera de Erik. Aunque ya sabía lo que iba a encontrar, no pudo evitar sentir un nudo en el estómago al ver las tarjetas de crédito, las de varios supermercados y una de la cafetería Costa, llena de sellos para un café gratis. Con el pulgar, Jerónimo acarició el carné de conducir de Erik con su sonrisa atrapada en el plástico.

Entonces, sacó una foto pequeña y descolorida. Era una de esas fotos típicas tomadas en un fotomatón. Ambos aparecían en ella, él sonriendo de manera boba y Erik haciendo una mueca divertida. Aunque habían pasado varios años, Jerónimo recordaba aquella tarde como si hubiera sido ayer: la cena en el restaurante tibetano y la noche en su estudio en el barrio de Clapham

explorando sus cuerpos hasta altas horas de la madrugada.

Algo interrumpió el flujo de sus recuerdos. Era una tarjeta de una tienda de antigüedades cerca de la estación de Paddington: El Baúl de Paddington. En el reverso, había un número de cinco dígitos escritos a mano.

Consultó en su móvil y comprobó que estaba a unos quince minutos a pie del hospital. Se preguntó si esa tienda tendría alguna relación con el misterioso artículo que Erik estaba escribiendo.

Recordó la conversación con él: le había dicho que se retrasó debido a un imprevisto en el trabajo. Había salido desde la comarca de Essex, al este de Londres, con dirección al apartamento en St Katharine Docks; sin embargo, el accidente ocurrió al oeste, en la salida M-40 de la autopista M-25. Eso explicaría el desvío en la ruta de Erik.

Todo lo que encontraba en la bolsa era un recordatorio de la fragilidad de la existencia, de cómo un segundo podía cambiarlo todo, de cómo todo lo que construyes y atesoras puede desaparecer en un instante. Un torbellino de dolor, impotencia, anhelo y esperanza amenazaba con ahogarlo.

Sintió rabia.

Rabia por la injusticia del destino, por el inoportuno momento del accidente. Pero junto con esa rabia, también se encontraba el miedo: miedo a la incertidumbre por el estado de Erik, miedo a lo que podría descubrir al hablar con el doctor, y el miedo más profundo de todos, el de enfrentarse a la vida sin él.

Exhausto, Jerónimo se quedó dormido con aquella misteriosa tarjeta aún en sus manos.

JERÓNIMO DESPERTÓ al caer de la silla al suelo cuando intentaba buscar una postura más cómoda. Despertó de golpe, literalmente. Exhaló un gemido de dolor mientras trataba de levantarse. Miró a Erik y expulsó el aire con fuerza, como si de alguna manera intentara insuflarle vida. Entró en el baño y se lavó la cara, evitando mirarse en el espejo. Regresó al lado de su pareja, le dio un beso en los labios y salió de la habitación para dirigirse a recepción.

Allí preguntó cuándo llegaría el doctor. Eran pasadas las siete de la mañana y la enfermera le indicó que tendría que esperar hasta media mañana. Tenía por delante unas tres horas de agonizante espera.

La enfermera sugirió que podría volver a casa y que lo llamarían por teléfono si era necesario, pero Jerónimo no quería alejarse de Erik.

Decidió salir a la calle a respirar un poco de aire fresco. Llamó a Christian, quien también insistió en que regresara a casa, pero Jerónimo no quería irse muy lejos. Cuando hablase con el doctor, volvería al apartamento a darse una ducha y recoger algunas cosas.

El cielo de Londres estaba encapotado esa mañana. A su izquierda, la vista se extendía hacia el centro de la ciudad y, a la derecha, a pocos minutos, se encontraba la estación de Paddington. Ya fuese un día entre semana o un domingo temprano como ese, la calle siempre estaba repleta de personas de todas las nacionalidades y estatus sociales.

Eso era Londres. Gente que esperaba el autobús o se dirigía hacia la estación de Paddington. Turistas con maletas que llegaban a sus hoteles o salían dispuestos a explorar la ciudad temprano.

Buscó con la mirada algún sitio para desayunar. Cruzó la calle hacia la cafetería Costa. Entró y pidió un café doble y un cruasán relleno de crema de almendra. Se sentó junto al gran ventanal que daba a Praed Street.

Afuera, una mujer joven medio tumbada sobre un cartón en la entrada de la cafetería, con el pelo enmarañado y una rosa blanca de plástico en la cabeza, pedía limosna. A su lado, había un cuenco con algunas monedas y un letrero que decía: «Tengo hambre, pero no soy un perro».

Jerónimo apretó con fuerza la taza de café entre sus manos, buscando en su calor un consuelo temporal. El vapor ascendía en espirales, desvaneciéndose en el aire. La confusión y la desesperación lo embargaron nuevamente mientras miraba la bolsa de papel marrón con las pertenencias de Erik.

Estudió la tarjeta que encontró en la billetera. El Baúl de Paddington, decía en elegante caligrafía, y debajo, tienda de antigüedades. En el reverso aparecía un número de cinco dígitos.

Sacó la billetera de Erik y extendió todas las tarjetas sobre la mesa, disponiéndolas como una baraja de cartas, y murmuró para sí mismo: dos tarjetas de crédito y una de débito. La tarjeta con el número de seguro nacional británico y su homóloga danesa con el número de identificación danés. El carné de conducir y la tarjeta de transporte Oyster Card. Una tarjeta del gimnasio al que no iba, el carné de la biblioteca local, una tarjeta del café Costa, dos tarjetas del supermercado, una del Tesco y la otra del Sainsbury, una tarjeta de la tienda Boots y... Jerónimo se detuvo.

Posó sus dedos por la tarjeta del café Costa y levantó la mirada despacio. Había cientos de cafés Costa repartidos por todo Londres. La empresa era una de las franquicias en el Reino Unido con mayor éxito comercial. Eran tan comunes como los autobuses rojos de dos plantas. Erik podría haber coleccionado sellos en todos y cada uno de esos locales. Era una de esas tarjetas con la que te regalaban un café después de consumir ocho. Pero había algo en particular con esa franquicia. Por coincidencias de la vida, uno de los cientos de cafés Costa estaba justo frente al Hospital St Mary. El hospital más cercano al accidente de tráfico de Erik. Ese imprevisto en el trabajo. La explicación del desvío de última hora. Ese misterioso artículo que saldría a la luz muy pronto. Pasó los dedos por la tarjeta y sintió un hormigueo en la nuca.

Dio golpecitos con ella sobre la mesa mientras recordaba la imagen de Erik, tan viva que parecía que podía tocarla.

Necesitaba respuestas.

Inconscientemente, muy en el fondo de su ser, quería demostrarse que él no tenía la culpa directa del accidente de su pareja. Necesitaba una última confirmación para llegar a la conclusión que le rondaba por la cabeza.

Faltaba casi una hora para que abrieran la tienda y estaba a solo quince minutos caminando. Se acercó al mostrador y canjeó la tarjeta de fidelidad por otro café.

—¿Has visto a este hombre por aquí? —le preguntó Jerónimo a la camarera mostrándole el móvil con una foto de Erik.

Ella se acercó a la pantalla.

—Eh... —respondió con duda.

—Es mi pareja. Ha tenido un accidente de tráfico y está en coma en el hospital —explicó sin saber muy bien por qué le contaba todo eso a una extraña.

Los ojos de la camarera se ensancharon ligeramente al escuchar la noticia y un velo de tristeza nubló su mirada al encontrarse con la de Jerónimo.

—Oh, cuánto lo siento... Sí —confirmó ella—. Estoy segura de que lo he visto más de una vez por aquí en mi turno de las mañanas. Es un hombre muy guapo.

Jerónimo tuvo una punzada en el estómago. Guardó el móvil y en ese momento su cerebro empezó a crear conexiones.

Erik lo había llamado para decirle que había tenido un contratiempo en el trabajo y llegaría al apartamento con retraso para la mudanza. Ahora sabía que había frecuentado esa zona de la ciudad. Eso explicaría el desvío de última hora producto de un imprevisto laboral.

Palpó la tarjeta de la tienda de antigüedades.

Con el segundo café en la mano para llevar, y listo para salir, un olor fétido le hizo reaccionar. Se dio la vuelta y detrás estaba la mendiga haciendo cola.

Ella se ajustó la rosa de plástico en el cabello mientras esperaba su turno. Aunque su olor desagradable alejó a algunos clientes, Jerónimo no pudo evitar observarla.

La mendiga se acercó a la barra y vació un montón de monedas sobre el mostrador.

—Un café con leche sin azúcar —pidió con un fuerte acento eslavo.

—¿Puede repetir? —preguntó la camarera.

La mendiga levantó la mirada lentamente y repitió:

—Café. Con. Leche. Sin. Azúcar.

—¿Se queda o se lo lleva?

—Siempre me hacéis la misma pregunta. ¿Quieres saber a dónde?

La joven camarera mantuvo la sonrisa congelada mientras su compañero preparaba el café con prisa.

La mendiga contaba sus monedas.

—¿Cuánto es? —preguntó.

—Dos libras con cuarenta y cinco peniques —respondió la joven camarera.

—¿Cuánto has dicho?

—Ha dicho dos libras con cuarenta y cinco peniques —intervino un cliente que estaba detrás de la mendiga, haciendo gestos con las manos debido al olor.

Ella entrecerró los ojos y lo miró de arriba abajo.

El joven retrocedió, poniéndose al lado de su novia.

Una familia de turistas portugueses entró en ese momento, mostrando su desagrado por el olor y lanzando miradas hacia la mendiga.

Jerónimo observó con desaprobación.

Ella, indiferente al murmullo que había causado, volvió a contar sus monedas.

—Se te va a enfriar el café —comentó otro cliente con sarcasmo.

La tensión creció.

Movido por una mezcla de compasión y frustración, Jerónimo cogió un sándwich del refrigerador y un zumo de naranja, y los puso en el mostrador.

—Aquí tienes. Cóbrame —dijo Jerónimo extendiendo un billete de diez libras y le ofreció la comida a la mendiga.

Sin esperar respuesta, regresó a su mesa para recoger sus cosas.

Nadie dijo nada.

La mendiga tomó el sándwich, el zumo y el café y salió. En la acera, se acomodó en el cartón y comenzó a comer. Tras devorar el sándwich y beber el zumo, se tomó un momento para disfrutar del café mientras sus dedos tamborileaban sobre un bloc de notas.

Jerónimo se acercó con curiosidad y se presentó.

—Hacen los cafés muy aguados por el precio que pagas —comentó ella mientras guardaba el bloc de notas.

—¿Qué escribes? —le preguntó Jerónimo.

—Es un secreto —respondió ella en un susurro.

—¿Un secreto? —repitió él. La mendiga asintió, concentrada en el café. Jerónimo se agachó—. ¿Eres rusa?

Ella bajó aún más la voz.

—Soy de Bielorrusia. Aleksei saldrá pronto del hospital —murmuró y, luego, repitió la misma frase en ruso.

—¿Quién es Aleksei?

La mendiga asintió varias veces y se limpió la boca con la manga.

—Mi marido Aleksei —respondió, llevando un dedo a sus labios en señal de silencio—. No digas nada.

La situación conmovió a Jerónimo.

—¿Y cómo te llamas tú?

—Ljudmila.

—Encantado —dijo él.

Era desgarrador ver a esa mujer en la calle pidiendo limosna, esperando que su marido saliera del hospital.

Jerónimo pensó que las personas se enfrentaban a la pérdida de distintas maneras. Algunos la aceptaban, otros no. Había quienes creaban historias, a medio camino entre la realidad y la locura, como un mecanismo para sobrellevar el dolor. Alzó la vista hacia el hospital, buscando la ventana de la habitación de Erik. Pronto, el doctor llegaría con noticias, ya fuesen buenas o no tanto.

La ansiedad le retorció el estómago y, casi sin darse cuenta y por inercia, dio unos pasos de vuelta al hospital. Pero cambió de dirección y continuó su camino hacia la tienda de antigüedades, buscando la respuesta a la urgencia de Erik para cambiar de ruta la tarde del accidente. Se preguntó si ese desvío había sido la razón de su retraso, justo cuando debían preparar juntos la mudanza en casa. Justo cuando Jerónimo estaba enfadado esperando el regreso de Erik con la furgoneta de alquiler. Y justo en ese instante su vida cambió.

Pronto regresaría al hospital. Erik era un hombre fuerte. Se pondría bien. Y cuando despertase, Jerónimo sería la primera persona que vería.

Aceleró el paso en dirección a la tienda de antigüedades.

LA ESTACIÓN DE PADDINGTON, en el corazón de la ciudad, era una de las más importantes de Londres.

Jerónimo sacó su móvil y, mediante la aplicación del mapa de Google, buscó la dirección que aparecía en la tarjeta. Estaba a solo quince minutos a pie.

Caminó entre calles repletas de hoteles y, más adelante, llegó al borde del Hyde Park. A medida que avanzaba, elegantes fachadas contrastaban con los modernos edificios de acero y cristal. En las ventanas de las casas, geranios en flor y hiedras trepadoras adornaban los alféizares y, de vez en cuando, se podía ver una bicicleta apoyada contra una pared.

Siguiendo las indicaciones de su móvil, se adentró en una callejuela adoquinada que parecía haberse detenido en el tiempo. Al final de la calle, encontró la tienda de antigüedades bajo la sombra de un viejo árbol, en un edificio de ladrillo de la época victoriana. Un letrero de madera anunciaba: El Baúl de Paddington en letras doradas. Las ventanas de vidrio biselado mostraban los tesoros de épocas pasadas, atrayendo a curiosos y turistas.

Jerónimo, algo escéptico, se preguntó cuántos de esos objetos eran genuinamente antiguos y cuántos meras imitaciones para atraer a los visitantes.

Al empujar la puerta, una campanilla sonó en señal de bienvenida y una corriente misteriosa lo envolvió, como si hubiese retrocedido en el tiempo.

El interior olía a madera antigua y a baúl cerrado, acorde con el nombre de la tienda. La tenue luz que se filtraba a través de cortinas de encaje daba al lugar un ambiente suave y acogedor. Aunque era un espacio pequeño, la tienda estaba repleta de objetos que contaban historias de tiempos pasados. Desde cámaras antiguas hasta gramófonos de principios del siglo veinte, cada pieza era un fragmento de otro tiempo.

El dependiente, un anciano paticorto y de andares inquietos, se acercó a Jerónimo dándole los buenos días.

—Eres el primer cliente de la mañana —dijo con tono dulzón y gesto amable. Su cabello blanco como la nieve y una barba larga le daban un aire de sabio de cuentos de hadas.

—Espero no ser el último.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el dependiente, observando el semblante confuso de Jerónimo.

—Tengo esta tarjeta de mi pareja... ¿Podría darme información al respecto?

—Déjeme ver —dijo cogiéndola—. Es un encargo. ¿Ve? Aquí tiene el número. Voy a consultarlo.

El dependiente dio la vuelta al mostrador y abrió un viejo libro de entradas. Pasó el dedo por una columna hasta detenerse.

—Aquí está —dijo—. ¿Cómo se lo va a llevar?

Jerónimo parpadeó.

—¿Llevar qué?

—El pedido, ¿qué va a ser si no?

—No sabía que era un pedido.

El viejo dependiente se rascó la barba.

—¿No le dijo nada su pareja?

Jerónimo respiró hondo.

—Mi pareja tuvo un accidente de tráfico bastante grave. Está en coma en el Hospital St Mary. En su billetera hallé esa tarjeta y sentí curiosidad...

—Cuánto lo siento —dijo el dependiente. Se acercó a Jerónimo y luego señaló un escritorio—. Ahí tiene el encargo.

Jerónimo observó el mueble.

—¿Eso?

—Sí, señor. Un mueble exquisito, de finales del siglo diecinueve. Se nota que su pareja tiene buen gusto. Un coleccionista nos lo trajo hace unos meses. Mencionó que perteneció a un famoso escritor. ¿Ha oído hablar de Arthur Conan Doyle?

—Por favor, dígame la verdad. No soy un turista y tampoco estoy de humor.

El viejo dependiente carraspeó.

—Todo es cierto, excepto lo de Conan Doyle. Eso es mera especulación.

—Es decir, mentira —le corrigió Jerónimo.

El dependiente apretó los labios y su barba blanca se encogió por momentos.

—Yo lo llamaría especulación.

—Yo no —respondió sin quitar los ojos del escritorio—. Es precioso.

Jerónimo acarició la superficie del mueble, sintiendo las sutiles imperfecciones bajo la punta de sus dedos. Era una joya de la época victoriana, confeccionada en madera de roble macizo. Se detuvo a estudiar los intrincados dibujos en los bordes y en las patas. Sobre todo, el tablero de escritura revestido en cuero verde, desgastado por el tiempo, llamó su atención. Al abrir uno de los cajones, un aroma añejo y envolvente lo embriagó.

La emoción inicial de ver aquel regalo se vio opacada por una devastadora comprensión. El retraso, el inesperado desvío a la zona de Paddington y esa misteriosa tarjeta con un número de encargo en el reverso.

De repente, todo encajó.

Ahora entendía el secretismo de su pareja.

Erik salió de Essex con la intención de recoger ese escritorio de época y se daría prisa por llegar lo antes posible al apartamento.

Era un regalo, una sorpresa.

Pero la impaciencia y el cabreo que había sentido Jerónimo esperando a Erik, se transformaron ahora en un cuchillo que se retorció en su estómago.

—El escritorio, joven, aún no está pagado —dijo el dependiente despertándolo de su tortura emocional—, pero estoy seguro de que su pareja...

—¿Cómo dice?

—Son 4 800 libras, aunque dadas las circunstancias podría hacerle un descuento.

—¿Un descuento de cuánto?

—Se lo dejaría en 4 150 libras —dijo el viejo dependiente, moviendo los dedos expectante.

La ilusión de Jerónimo se desinfló como un globo.

—No puedo pagarlo. Soy un traductor en paro. No dispongo de esa cantidad de dinero.

El viejo dependiente dio la vuelta y volvió al mostrador.

—Vaya. No sé qué decirle —dijo, cerrando el libro de encargos.

—No tiene que decir nada. Simplemente, no lo puedo comprar. No le molesto más. Gracias por todo.

Jerónimo salió de la tienda arrastrando el alma. La culpa estrangulaba su conciencia y la tristeza le partía el corazón. Ahora sabía la verdad del retraso de Erik y le hacía sentir el hombre más malvado del mundo.

ELISA VOGEL, la esposa del doctor Jakob Schmitt, ingresó en el hospital hace unos meses utilizando solo su apellido de soltera. A pesar de estar casada, se referían a ella simplemente como Ms Vogel o señorita Vogel, ya que nadie tenía que saber que estaba casada con el doctor Schmitt.

Padecía una enfermedad renal crónica avanzada que requería diálisis para mantenerla con vida. Los riñones de Elisa ya no podían eliminar de manera eficaz los desechos y el exceso de líquidos de su cuerpo. Esta insuficiencia la dejaba constantemente agotada y débil. Aunque la diálisis era su única opción de supervivencia, el tratamiento, lejos de ser un alivio completo, la dejaba aún más debilitada. Además, el procedimiento implicaba sus propios riesgos y complicaciones.

Lo que había comenzado siendo sesiones de diálisis semanales, con el tiempo se intensificó, pasando a requerir el tratamiento tres veces por semana. La situación se había vuelto tan crítica que Elisa debía permanecer hospitalizada para someterse a diálisis en días alternos. Cada una de estas sesiones podía extenderse hasta cuatro horas. Dada la seriedad de su condición y el riguroso régimen del tratamiento, necesitaba la atención constante del personal sanitario. Estaban alerta para actuar ante cualquier complicación imprevista.

La esperanza de un trasplante de riñón, que nunca parecía llegar, se volvía cada vez más crucial.

El cuerpo de Elisa, delgado y frágil, se asemejaba más al de una anciana que al de una mujer que apenas había superado los cuarenta. Su piel, que en algún momento irradiaba juventud, ahora estaba pálida y sin vida, reflejando su estado físico. Los ojos azules, que en otro tiempo brillaban con alegría, ahora se mostraban acuosos y cansados.

—Hola, doctor Schmitt —saludó Elisa con una sonrisa cómplice en su rostro marcado por el cansancio.

El doctor Jakob Schmitt mantuvo la seriedad profesional.

—¿Cómo se encuentra?

La cara de Elisa copió la expresión seria del doctor.

—Igual.

—¿Algún progreso? —preguntó mirando el informe de la paciente.

Elisa soltó una risa suave que más parecía un suspiro.

—No lo llamaría progreso. Más bien retroceso.

El doctor Schmitt alzó la mirada. Sus ojos se suavizaron al encontrarse con los de Elisa.

—Poder verte y hablar contigo cada día es una victoria —susurró, y un silencio se interpuso entre ellos. Luego, carraspeó y retomó su tono profesional—. Seguirá con el mismo tratamiento que ha seguido y...

—¿Hasta cuándo? —lo interrumpió ella.

—¿Cómo que hasta cuándo? Hasta que entre en quirófano y reciba el trasplante que está esperando —contestó, cerrando la puerta de la habitación para mantener la conversación en privado y en alemán—. Hago todo lo posible, Elisa. Cada día que pasa es un día más cerca de conseguirte ese riñón.

Ella negó con la cabeza, y su pelo fino y rubio se agitó.

—¿No sería mejor si... si simplemente abandonáramos toda esperanza? Podrías volver a Austria, empezar una nueva vida.

El doctor Schmitt se puso rígido.

—No te dejaré morir.

—Pero ya estoy muerta, Jakob —dijo Elisa con un hilo de voz—. Siento que estoy muerta. Siento que ya no estoy aquí. Estoy cansada, tan cansada.

—Siempre hay esperanza —replicó el doctor Schmitt, aunque su voz tembló—. No podemos rendirnos.

—¿Y si el trasplante nunca llega?

—Pero sabemos que llegará.

—¿Y si soy yo la que no llego?

Los hombros del doctor cayeron por momentos. Agarró la mano de su mujer, apretándola con fuerza como si no quisiera que escapase.

—Pronto tendrás tu riñón.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó ella con ojos de asombro.

—Porque te lo prometí —respondió lleno de esperanza—. Haría cualquier cosa por ti, lo sabes.

Elisa lo miró intensamente.

—Jakob, ¿qué está pasando?

Él apartó un mechón de cabello de su frente.

—No preguntes más —dijo, levantándose—. Tienes que descansar. Yo debo irme.

—Jakob...

—Haré un pequeño ajuste en el tratamiento, pero prométeme que seguirás luchando.

Elisa intentó hablar una vez más, aunque no pudo. Desvió la mirada antes de responder.

—Promete tú que serás fuerte también —dijo ella.

Con esas palabras, el doctor Schmitt sintió que su corazón se partía un poco más. Abrió la puerta, retomando la distancia entre doctor y paciente. Nadie debía conocer la verdadera relación entre ellos.

Pronto, se dijo el doctor Schmitt, todo cambiará muy pronto.

AL REGRESAR AL HOSPITAL, Jerónimo sintió una especie de sexto sentido que lo impulsó a detenerse frente a una furgoneta mal aparcada en la entrada. Era blanca, con los bordes desgastados y una fina capa de polvo, dándole un aire de abandono.

Aunque no había nada particularmente llamativo sobre el vehículo, unas pequeñas antenas y placas solares en el techo captaron su atención. Una inquietante sensación, como una brisa helada, le recorrió la espalda.

Jerónimo se quedó unos momentos, escuchando con atención cualquier ruido proveniente del interior, pero todo estaba en silencio. Intentó mirar, aunque las ventanas tintadas le impidieron ver lo que había dentro.

Una sensación inexplicable lo invadió y lo impulsó a acercarse más al vehículo. Golpeó la puerta lateral en espera de alguna respuesta, pero nada perturbó el silencio. Sacudió la cabeza para deshacerse de esa sensación de inquietud. Supuso que su preocupación por la situación de Erik le estaba afectando.

Lanzó una última mirada hacia la furgoneta y consideró que, tal vez, los ocupantes se habían bajado por un breve instante y regresarían pronto. Estaba seguro de que, en algún momento del día, un controlador de estacionamiento pasaría y multaría al dueño de la furgoneta. Respiró hondo, aspirando el aire fresco de la mañana, y regresó al hospital. Subió las escaleras a pie y se acercó al mostrador de recepción. Aunque el hospital aún no lo había llamado, deseaba saber la hora exacta en que el médico pasaría a ver a Erik.

Al llegar a la recepción, Jerónimo se encontró con una joven enfermera detrás del mostrador, absorta en su sándwich de atún y con la mirada pegada a la pantalla del ordenador. Un bolígrafo multicolor, enredado en su moño, destellaba con cada movimiento que hacía.

—Disculpe —dijo Jerónimo, nervioso—, estoy con mi pareja, Erik Vinterberg. ¿Ha pasado ya el doctor?

La joven enfermera dejó el sandwich a un lado mientras procesaba la información.

—Deme un momento, por favor —respondió ella, moviendo los dedos con rapidez sobre el teclado—. Llevamos todo el día con fallos informáticos y el sistema va más lento que una tortuga. Vamos a ver.

Antes de que pudiera continuar, una pareja mayor captó la atención de Jerónimo.

Parecían vestidos para la misa del domingo. Sin embargo, cuando la mujer apoyó la cabeza en el hombro de su marido y este cerró los ojos desconsolado, Jerónimo sintió un nudo en la garganta, intuyendo que aquella pareja había recibido noticias muy tristes.

La voz de la enfermera lo sacó de sus pensamientos:

—Erik Vinterberg fue trasladado a la unidad de cuidados intensivos hace aproximadamente una hora debido a un cambio en su estado.

—¿Por qué no me avisaron de ese traslado?

—No sé. Lo siento mucho.

—¿Cómo está? —insistió Jerónimo.

—Está de camino.

—¿De camino a dónde?

—Aquí pone que ha sido trasladado a otro hospital —explicó la enfermera.

Jerónimo frunció el ceño, confundido.

—¿Pero cómo es eso posible?

—Eso es lo que me dice el sistema —respondió ella, señalando la pantalla—. ¿Quiere esperar a ver al doctor? Se ha retrasado, pero debería llegar en cualquier momento.

La intranquilidad se adueñó de Jerónimo.

—No quiero esperar más. Quiero ver a Erik y lo quiero ver ahora.

La enfermera cogió el teléfono mientras se limpiaba unas migajas con la servilleta. Tras un breve intercambio, colgó y dijo:

—Están reactivando el sistema y no puedo ofrecerle más detalles en este momento. Es cuestión de poco tiempo.

—¿De qué poco estamos hablando?

—No le sabría decir con seguridad. No hay razón para alarmarse. Espere aquí a que pase el doctor.

—¿Podría hablar con alguien a cargo? —exigió Jerónimo.

La enfermera suspiró con resignación.

—Se lo estoy diciendo.

—Yo también se lo estoy diciendo.

Ella movió ligeramente la cabeza.

—Está bien —dijo con tono de derrota—. Tome asiento. Avisaré al encargado de planta.

—Gracias —respondió él en voz baja, aunque no estaba seguro de que la enfermera lo hubiera escuchado.

Jerónimo se apartó del mostrador, pero no se sentó. En lugar de eso, empezó a caminar de un lado a otro.

Desde el fondo del corredor, un enfermero de bata blanca y rasgos asiáticos se acercó con paso ligero.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó con voz amable.

—Han trasladado a mi pareja, Erik Vinterberg, pero su compañera no me puede dar más detalles.

El encargado de planta asintió.

—Hemos tenido problemas con el sistema. Lo estamos reiniciando y no tenemos acceso a toda la información. Permítame un momento.

Acto seguido, se movió detrás del mostrador y comenzó a teclear rápidamente en el ordenador. Después de unos segundos, invitó a la enfermera a acercarse para que pudiera ver la pantalla.

—¿Qué pasa? —preguntó Jerónimo, cada vez más preocupado.

—Erik Vinterberg ha sido trasladado a otro hospital —explicó el enfermero con calma—. Le

aseguro que no hay motivo para alarmarse. Es lo mejor para él.

—¿Por qué no fui informado?

—Eso no lo sé —se disculpó el enfermero—. Pero en casos de traumatismo craneoencefálico severo, es crucial que el paciente reciba la atención más especializada posible. Lamentablemente, carecemos del personal experto para tratar complicaciones avanzadas o realizar intervenciones neuroquirúrgicas de alta especialidad. ¿Entiende?

Jerónimo tomó una profunda bocanada de aire.

—Entiendo.

—Es lo mejor para él —añadió el enfermero, tratando de tranquilizarlo.

Jerónimo hizo una pausa, absorbiendo la información.

—Dígame otra vez a qué hospital han llevado a mi pareja.

—Cerca de aquí. El Hospital Nacional de Neurología y Neurocirugía en Queen Square.
¿Sabe cómo llegar?

Jerónimo asintió y, sin decir palabra, salió del hospital.

A medida que avanzaba, sus pasos se aceleraban y un presentimiento inquietante se apoderó de él. En cuanto viera a Erik otra vez, se sentiría más tranquilo.

JAMAL, el *hacker*, agarró un teléfono que parecía sacado de una película de los ochenta. Conectó el dispositivo a una caja rectangular metálica del tamaño de una caja de cerillas y esperó hasta obtener línea.

—El pariente estuvo por aquí —dijo con voz grave—. No sé cómo, pero reconoció la furgoneta. Tocó a la puerta un par de veces y luego se fue. Cambiaré de posición y ajustaré el plan si es necesario. Estaré en contacto ante cualquier novedad.

Colgó sin esperar respuesta y puso en marcha la furgoneta.

Jamal no sabía quién estaba al otro lado de la línea; podría ser un hombre, una mujer o un marciano.

No tenía ni idea.

El hecho de que Jerónimo hubiera estado por ahí merodeando era una situación no prevista. Su misión estaba clara: informar de situaciones no previstas y seguir el protocolo al pie de la letra.

Aparcó al otro lado del hospital y regresó a su ordenador, listo para trazar un nuevo plan. Era consciente del alto riesgo y del dinero que estaba en juego. Habían matado dos pájaros de un tiro. Por un lado, habían puesto a ese maldito periodista entrometido fuera de juego y, por otro lado, ocultaban cualquier sospecha que pudiera salir a la luz pública.

Ahora ese periodista era mercancía para comercializar. Hoy la recogerían de la tienda y la llevarían al taller para vender los recambios a los clientes.

Era un encargo demasiado valioso como para arriesgar el más mínimo detalle, pero con la interferencia del pariente, había surgido un nuevo desafío: una tercera pieza que eliminar del tablero.

Abrió una cerveza y comenzó a teclear en el ordenador. Pasaban al siguiente protocolo. Sabía lo que hacía. Ya había manejado situaciones similares antes y no permitiría obstáculos en su camino.

EL HOSPITAL NACIONAL DE NEUROLOGÍA y Neurocirugía se encontraba a poco más de cuatro kilómetros hacia el este del centro de Londres, situado en Queen Square y a escasos minutos a pie del British Museum. Era un domingo por la mañana. Aunque las calles estaban menos concurridas que en días laborables, Londres, en su esencia, nunca descansaba.

Jerónimo, con el rostro marcado por la preocupación, tomó la línea de metro Central Line desde la estación de Lancaster hasta la estación Holborn. Al salir a la calle, se sintió como un pez fuera del agua, sorteando turistas desorientados que parecían haber olvidado cómo andar en línea recta y taxis que zumbaban a su alrededor como moscas. Cada minuto le parecía eterno y cada pequeño inconveniente se magnificaba.

El hospital era uno de los centros médicos más prestigiosos de su tipo. Su imponente fachada georgiana, de ladrillos rojos oscuros y ventanas enmarcadas en blanco, se alzaba como un testamento al poder del imperio británico. El edificio daba al Queen Square Gardens, un pequeño remanso de paz rodeado de árboles que protegían del incesante ruido de la ciudad.

Entró al vestíbulo.

Dentro, la luminosidad natural que se filtraba por el techo de cristal iluminaba un recinto adornado con placas y cuadros que conmemoraban logros médicos. A la derecha, Jerónimo observó un mostrador de recepción de mármol blanco. Detrás, un enfermero mayor, con una postura encorvada y unas gafas de montura de carey tan gruesas que podrían ser dos lupas descansaban en la punta de la nariz.

—Vengo del Hospital St Mary —le dijo Jerónimo con urgencia—. Me informaron que trasladaron aquí a mi pareja, Erik Vinterberg. Necesito verlo.

El enfermero lo escudriñó de arriba abajo.

—¿Tiene algún documento o identificación que pueda facilitar la búsqueda?

Jerónimo rebuscó en la mochila.

—Aquí tiene su carné de conducir.

—¿Es familia directa?

—Ya se lo he dicho. Pareja —respondió Jerónimo marcando la última palabra.

El enfermero tomó el carné, tecleó y negó con la cabeza.

—No.

—¿No qué?

—No tenemos a ningún Erik Vinterberg aquí.

La noticia golpeó a Jerónimo como una tonelada de ladrillos.

—¿Cómo es posible?

—Porque estará en el hospital equivocado —respondió el enfermero con indiferencia.

—No me voy hasta que no encuentre a Erik.

El enfermero se quitó las gafas.

—¿Quiere que llame a seguridad?

—Quiero que llame a su superior —respondió él, cruzando los brazos y manteniendo la mirada.

El enfermero lo evaluó. Tras un breve silencio, señaló un banco.

—Siéntese —indicó con la mano que sostenía las gafas.

Jerónimo se sentó, sintiendo como si su corazón estaba siendo apretado por un puño invisible.

Unos minutos después, una joven doctora se acercó al mostrador. Su apariencia informal era la antítesis del entorno en el que se encontraba. Llevaba el cabello recogido en una coleta alta y zapatillas deportivas que parecían más adecuadas para un gimnasio que para un hospital. El enfermero señaló a Jerónimo sin decir nada con una expresión que mezclaba fastidio y resignación.

—Mi pareja, Erik Vinterberg, tuvo un accidente de tráfico y sufrió un traumatismo craneoencefálico —explicó Jerónimo—. Fue ingresado en el Hospital St Mary, pero me dijeron que lo habían trasladado aquí.

—Eso dice —añadió el enfermero.

—Eso me dijeron —repitió Jerónimo—. No me iré hasta que sepa dónde está.

—¿Qué razón le dieron? —preguntó la doctora.

—Falta de personal especializado.

Ella pareció sorprendida por esa respuesta.

—¿Le dijeron que se presentara aquí?

—No, pero no puedo esperar sin hacer nada. Necesito saber dónde está Erik.

—Entiendo su preocupación —asintió la doctora—. Voy a averiguarlo. —Luego se dirigió al enfermero—: Ponme con el Hospital St Mary, por favor.

Después de unos largos y tensos minutos en los que la doctora escuchaba al otro lado del teléfono, colgó y miró a Jerónimo.

—Parece que hubo un malentendido. Erik no fue trasladado aquí. Aún está en el Hospital St Mary.

Un torrente de emociones inundó a Jerónimo: alivio, enojo, incredulidad; cada una luchando por ser la emoción dominante.

—¿Cómo pueden cometer un error así?

—Tiene toda la razón —dijo la doctora con sinceridad—. Lamento la confusión y el estrés que ha causado. Por favor, vuelva al Hospital St Mary. Asegúrese de informarles sobre este malentendido y haremos todo lo posible para corregir la situación.

—¿Le mencionaron el estado de mi pareja? —preguntó Jerónimo, ansioso.

La doctora vaciló un momento y su rostro adquirió seriedad.

—Creo que lo mejor es que vaya al Hospital St Mary lo más pronto posible. —Hizo una pequeña pausa—. Ellos podrán proporcionarle toda la información. Dese prisa.

Jerónimo salió del hospital tan rápido como pudo. Su cuerpo se movía en piloto automático mientras su mente intentaba dar una explicación a la situación.

EL DOCTOR JAKOB SCHMITT se encontraba en la posición acordada, mirando su reloj constantemente. Le parecía que el tiempo transcurría más lento. Caminaba por el pasillo en dirección contraria a sus colegas.

Un celador sobornado, con aspecto de fontanero con resaca, lo acompañaba como escolta.

El doctor se ajustó el auricular que llevaba.

—¿Has reemplazado la información en el sistema?

—Eso no se pregunta —respondió Jamal—. He añadido los datos que me pediste al historial de la mercancía.

—¿Y has trasladado al periodista entrometido a un área más segura del hospital?

—Deja de cuestionar mi trabajo —dijo el *hacker*, irritado—. Mis resultados son siempre impecables. ¿Estás en la posición que te mandé?

—Dame la ubicación de nuevo —pidió el doctor. El *hacker* le indicó el lugar al que debía dirigirse—. ¿Estás seguro?

—Tanto como que dos y dos son cuatro —respondió él.

El doctor empezó a sudar.

—Revisa de nuevo —insistió, mirando cautelosamente el pasillo—. Y date prisa antes de que alguien se dé cuenta. —Luego, dirigiéndose al celador, agregó—: No te pueden ver aquí. Escóndete en el baño y te aviso cuando sea el momento.

El celador asintió y se escondió en el baño.

Pasaron unos minutos.

El doctor Schmitt esperaba la respuesta del *hacker*, intentando pasar desapercibido en el pasillo del hospital. Esta sería su última operación.

Jakob Schmitt había crecido en un pequeño pueblo al borde de los Alpes austriacos. A los dieciocho años, se trasladó a Viena para estudiar medicina con una beca del estado. Más tarde, un programa de especialización lo llevó a Londres. Tras graduarse con honores, se casó con Elisa, una compañera de estudios. Juntos, iniciaron su vida profesional en uno de los hospitales más prestigiosos de la ciudad. Sin embargo, la felicidad se truncó cuando Elisa fue diagnosticada con una enfermedad renal crónica avanzada. A pesar de los esfuerzos de Jakob, no encontraban un donante compatible. Su vida se complicó aún más cuando le retiraron su licencia médica por tráfico de influencias. Desesperado y abandonado por amigos y colegas, se adentró en el oscuro mundo del tráfico de órganos. Una organización clandestina le proporcionó una licencia falsa y le propuso un trato: a cambio de sus habilidades como cirujano, ellos le proporcionarían un riñón

para Elisa. Con su profundo resentimiento hacia el sistema sanitario y con la vida de su esposa en juego, ¿cómo podía rechazar semejante oferta? *Esta sería su última operación*, se repitió. Después, recibiría el riñón que salvaría a Elisa y abandonarían Inglaterra para empezar una nueva vida en Austria, lejos de los errores y las injusticias del pasado.

El doctor Schmitt escuchó la voz de Jamal de nuevo a través de los auriculares.

—La ubicación es correcta —confirmó el *hacker*.

El doctor se acercó a la cama y quedó inmóvil, como si el tiempo se hubiera detenido. Aquellos breves segundos le parecieron eternos, sumido en un intento de asimilar la escena frente a él. Un escalofrío le recorrió de pies a cabeza, como si la brisa fría de la muerte rozara su piel y le diera la bienvenida. Pensó en Elisa y la idea de un futuro sin ella se hacía ahora insoportablemente tangible. Apretó la mandíbula con tanta fuerza que los dientes chirriaron a punto de reventarse en pedazos. Cuando finalmente habló, el miedo era palpable en su voz.

—No te va a gustar lo que tengo que decirte.

TRAS UNA MARCHA acelerada que dejó sus músculos tensos y gotas de sudor en su frente, Jerónimo llegó al Hospital St Mary. Apoyó ambas manos sobre el mostrador y se inclinó hacia la joven enfermera.

—Estoy de vuelta. ¿Te acuerdas de mí? —Los ojos de Jerónimo buscaron los de ella—. ¿Te acuerdas de que me dijiste que Erik había sido trasladado al hospital Nacional de Neurología y Neurocirugía en Queen Square? Pues te equivocaste tú y tu sistema.

—Sí —la enfermera titubeó—, nos acaban de llamar.

—Hace veinticuatro minutos, para ser exacto. Estaba allí cuando os llamaron. Así que, con tu permiso o sin él, iré a ver a Erik ahora.

Antes de que la enfermera pudiera responder, Jerónimo se había dado la vuelta avanzando por el pasillo del hospital a grandes pasos. Se secó el sudor de la frente con un gesto rápido y siguió las placas de las habitaciones hasta que finalmente llegó a la de Erik. Paró en seco y tomó aliento antes de abrir la puerta. Pero al hacerlo, se encontró con una realidad que rozaba el absurdo: la habitación estaba vacía como si Erik jamás hubiera existido.

En la cama, donde debería reposar rodeado de máquinas, monitores y cables, no había rastro de su presencia.

Su estómago se contrajo y la confusión se apoderó de su mente. Desorientado, comprobó el número de la habitación. No estaba equivocado. Allí había dejado a Erik hacía unas horas.

El pánico lo embargó.

Una oleada de adrenalina pura recorrió su cuerpo. El corazón martilleaba en su pecho con tanta fuerza que cada latido parecía querer romper su caja torácica. El aire se sintió denso y casi irrespirable. Alguien en este maldito hospital iba a decirle lo que había pasado, o tendrían que enfrentarse a una versión de Jerónimo que ni siquiera él mismo sabía que existía.

Una voz grave sonó detrás de él.

—Su pareja no está aquí. Eso es lo que intentaba explicarle la enfermera en recepción.

Jerónimo apoyó la mano en el marco de la puerta y giró despacio.

Frente a él había un hombre de mediana edad, con evidentes signos de cansancio y un estetoscopio alrededor de su cuello, como una pesada medalla al servicio.

—¿Cómo dice? —preguntó Jerónimo confuso.

—Soy el doctor John Bailey —se presentó y abrió la mano invitándolo a que lo acompañara—. Por favor, sígame y le explicaré todo.

Con un nudo en el estómago, Jerónimo siguió al doctor por el pasillo. Sintió los gemelos

tensos de la caminata que había dado para llegar al hospital lo antes posible. Sintió el cansancio de haber dormido un par de horas en una silla de hospital. Sintió el pecho y los brazos doloridos por haber estado cargando y descargando cajas. Pero lo que realmente le dominaba era el sentimiento de miedo.

Llegaron a una habitación que no era más grande que una despensa de comida. El doctor cerró la puerta detrás de él y le indicó a Jerónimo que se sentara. Este obedeció, observando los movimientos del doctor con suma atención.

Las luces fluorescentes parpadeaban suavemente, bañando la sala con un brillo clínico. No había mesa entre ellos, solo el espacio reducido de la habitación y un silencio que parecía eterno.

Cada latido del corazón de Jerónimo resonaba en sus oídos.

—Quiero ver a Erik.

—Su pareja no está aquí —respondió el doctor con cautela.

—¿Cómo que no? —interrumpió Jerónimo con voz desesperada.

El doctor levantó la mano en un intento por tranquilizarlo.

—Permítame explicarle. Hemos tenido problemas con nuestro sistema informático y eso generó la confusión. La verdad, no soy experto en ese ámbito.

—¿No me va a decir que Erik sí fue trasladado al hospital Nacional de Neurología y Neurocirugía? Porque allí me dijeron otra cosa —volvió a interrumpir Jerónimo.

El doctor pausó un momento, buscando las palabras adecuadas.

—Su pareja fue trasladada, pero a otra área de este mismo hospital.

—Dígame dónde está Erik y deje de jugar a las adivinanzas.

El doctor respiró y, al exhalar, las palabras cayeron como una losa en el pecho de Jerónimo, robándole el aliento.

—Lamento tener que informarle que Erik ha fallecido. Lo siento muchísimo.

Las palabras del doctor sonaban distantes y lentas para Jerónimo, como si las escuchara bajo el agua. El tiempo se detuvo para él y sintió como si un vórtice oscuro lo hubiera arrastrado hacia un abismo insondable.

Erik ha fallecido.

Su estómago se revolvió. Un aluvión de náuseas y desesperación luchaban por encontrar salida. Las paredes de la habitación parecían acercarse, encogiéndose hasta que casi podía sentir su presión física sobre él.

—¿Qué... qué está diciendo? —tartamudeó, buscando las palabras—. Me dijeron que había un error en el sistema, no que Erik estaba... que él estaba...

La incredulidad en su voz era palpable. Con las manos se apretaba las rodillas, buscando un agarre a la realidad.

El médico continuó con tono profesional, pero cargado de empatía.

—He revisado el informe. Erik sufrió un paro cardíaco hace un par de horas. Mis compañeros intentaron todo, sin embargo, no pudieron reanimarlo. Hemos trasladado su cuerpo a la morgue del hospital. Puede verlo cuando esté listo.

—¿Cómo... cómo es posible?

Jerónimo tragó saliva, sintiendo que su corazón se hundía aún más, si es que eso era posible. El aire se volvió pesado y su boca se secó, como si de repente estuviera respirando arena en lugar de aire.

—En este momento —continuó el doctor Bailey—, el equipo de la morgue necesita hacer su trabajo. Tienen que realizar una serie de procedimientos *post mortem*, que incluyen la

preparación del cuerpo, la documentación necesaria y, en algunos casos, una autopsia.

—Quiero verlo ahora —susurró Jerónimo.

El doctor lo observó, manteniendo su expresión calmada.

—Por lo general, este proceso puede llevar algunas horas, a veces incluso un día entero. Le prometo que haremos todo lo necesario para que pueda despedirse de su pareja tan pronto como sea posible.

—No puedo esperar.

—Lo siento muchísimo —reiteró el doctor con mirada sincera—. Entiendo que esto es inesperado y extremadamente doloroso para usted. Si necesita asesoramiento o apoyo, contamos con un equipo especializado aquí en el hospital.

—¿No me está escuchando? —Jerónimo alzó la voz, dejando traslucir su dolor—. He dicho que quiero ver a Erik.

El doctor intentó apaciguar la situación.

—Entiendo su dolor. ¿Quiere hablar con algún amigo o pariente?

Jerónimo negó con la cabeza, su mirada clavada en el suelo y luego, como impulsado por un resorte, se puso de pie, luchando contra un repentino mareo.

—No. —Su voz salió de lo más profundo de su ser—. Quiero ver a Erik y lo quiero ver ahora. —El doctor lo observó, manteniendo su expresión calmada—. ¿No me está escuchando? He dicho que quiero ver a Erik y lo quiero ver ahora.

SENTADO en el pasillo del hospital, Jerónimo sujetaba un vaso de plástico a medio llenar, mirando las ondas que se formaban en el agua cada vez que su mano temblaba.

Las lágrimas no llegaron, al menos no todavía. En su lugar, el *shock* cubrió todo su ser, como una capa de hielo que congelaba su piel y sus emociones. El ansiolítico que el doctor Bailey le había suministrado debía estar haciendo efecto, pero no lo suficiente.

—¿Necesita más agua? —Una voz de mujer rompió el silencio.

Jerónimo levantó la vista y encontró a una enfermera de pie frente a él, con un moño apretado en la nuca y salpicado de hilos grises. Una piedra amatista colgaba de su cuello, brillando bajo la luz fluorescente del pasillo.

—No, gracias —contestó Jerónimo.

—¿Puedo sentarme?

—Claro —asintió.

—Me llamo Amelia Thompson —se presentó la enfermera con un leve acento australiano—. Trabajo aquí desde hace veinte años. Somos criaturas de hábitos, ¿sabe? Nunca he solicitado un traslado. Me gusta estar cerca de casa y, después de tanto tiempo, una se acostumbra.

Las palabras de Amelia sonaban distantes para Jerónimo, quien, envuelto en sus pensamientos, soltó:

—Es absurdo —dijo mirando la nada—. Siento que Erik sigue vivo.

La enfermera Amelia lo observó con ojos llenos de una comprensión que él mismo no se encontraba capaz de tener en ese instante.

—No es absurdo —dijo ella acariciando el colgante—. Es completamente normal sentirse así.

El silencio se impuso durante unos segundos.

—Anoche, el doctor Schmitt pasó por la habitación y, de alguna manera, sentí un mal presagio cuando empezó a hablar de la donación de órganos.

—¿Durante la noche? —preguntó ella, extrañada.

Jerónimo parpadeó, intentando recordar la conversación.

—Me habló sobre las diferentes opciones en caso de que Erik falleciera. Me pidió firmar unos documentos para donar los órganos. Me explicó que era un procedimiento rutinario.

La enfermera dejó de acariciar la amatista.

—Habrán cambiado el protocolo. Los doctores hacen turno de noche en urgencias, no aquí. Y la donación de órganos es un proceso riguroso que requiere de testigos, que yo sepa.

Jerónimo levantó la mirada hacia la enfermera, tomando un momento para recapacitar fríamente sobre la situación.

El cuerpo de Erik reposaba en la morgue y le pedían que fuera paciente hasta que lo llamaran, pero algo en su interior se negaba a aceptar la realidad.

Los sistemas informáticos de un hospital eran vitales para el funcionamiento eficiente y para garantizar la seguridad de sus pacientes. El hospital había admitido fallos en el sistema informático, obligándoles a reiniciar y reorganizar la información. Quizás se trató de un error en la comunicación entre departamentos. O podría haber sido un fallo en la transferencia de datos. Incluso, podría ser un simple error humano al interpretar la información. O peor aún, un ciberataque. ¿Y si todo fuera un error mayor del que le estaban contando? Comenzó a dudar que el personal hubiera sido informado completamente de la situación.

Podía seguir el consejo del doctor Bailey: esperar a que lo llamaran de la morgue o llamar a su viejo amigo Christian. Pero eso no es lo que decidió hacer.

Sin más, se puso de pie.

—Vuelvo a casa —le mintió a la enfermera.

—Quizá sea lo mejor —asintió ella.

Jerónimo se terminó el agua y tiró el vaso de plástico a la papelera. Comenzó a caminar, pero no hacia su casa. Se dirigía a la morgue. Necesitaba ver con sus propios ojos a Erik. Por absurdo que pareciese, Jerónimo sentía que Erik seguía vivo.

LA MORGUE se erigía como una extensión oculta detrás del Hospital St Mary, un muro de cemento gris que evocaba los cielos lluviosos.

Era domingo y el exterior del edificio estaba tan muerto como el interior. El acceso al público estaba restringido. Entrar en la morgue era una idea tan absurda como desesperada. Para acceder, Jerónimo no solo tenía que verificar su identidad, sino también establecer su relación con Erik si no era un familiar directo. Además, debía ser acompañado por alguien del personal, ya fuera un doctor, trabajador social o incluso el capellán del hospital.

Dentro del edificio, el vestíbulo frío y estéril le dio la bienvenida. Las luces fluorescentes bañaban las paredes blancas con una tonalidad azulada, y el aire estaba impregnado con un aroma que mezclaba productos de limpieza con algo menos reconocible.

—Identificación por favor —solicitó el guardia de seguridad con voz monótona, mientras arrastraba los pies con un café de máquina en la mano hacia su puesto.

Despeinado y con un uniforme que parecía haber pasado demasiadas horas en la secadora, el hombre se sentó detrás de su mostrador, dando pequeños soplos al café caliente.

—Estoy aquí por Erik Vinterberg. Mi pareja. Necesito verlo —declaró Jerónimo.

El guardia dejó su café a un lado.

—Usted no puede estar aquí —respondió cruzando los brazos.

Jerónimo insistió:

—Escuche, me acaban de informar que Erik está aquí. Necesito verlo y necesito verlo ahora. ¿Entiende?

La mirada del guardia se suavizó.

—Siento muchísimo su pérdida.

—Solo será un momento —rogó Jerónimo.

El guardia suspiró.

—De verdad que lo siento, pero hoy es domingo. No hay personal aquí que pueda autorizarle el acceso.

—No voy a esperar hasta mañana. —La voz de Jerónimo empezó a elevarse con cada palabra—. Ya ha habido demasiados errores informáticos y se me acabó la paciencia. Hable con quien tenga que hablar, pero no me iré sin ver a Erik.

—No sé de qué me habla, pero de verdad que lo siento mucho. Entienda que hoy es imposible.

—Se lo explicaré de nuevo: no estoy aquí para entender nada. Estoy aquí para que me

entiendan a mí. Quiero ver a Erik. Ahora. —Las manos de Jerónimo temblaban mientras las cerraba en puños.

El guardia se frotó la frente.

—Mire. Vaya a casa. Tome una ducha y trate de descansar. Regrese mañana a primera hora de la mañana y podremos ayudarle

—No sea condescendiente. ¿Es que no me oye? Haga lo que tenga que hacer, pero no me iré de aquí sin ver a Erik.

—Le pido que se calme —le dijo el guarda.

Sin embargo, Jerónimo no podía calmarse. Un fuego ardía en su pecho de ira y desesperación que amenazaba con consumirlo. Las imágenes de Erik pasaban por su mente: riendo, durmiendo, con los ojos llenos de vida. Cada recuerdo era una punzada en su corazón.

De repente, agarró al guardia por la solapa. La furia lo cegaba.

—QUIERO. VER. A. ERIK.

Lo soltó con tal ímpetu que el rostro del guardia palideció. Retrocedió y cogió el teléfono.

—Protocolo Delta. Vengan lo antes posible. Repito, protocolo Delta.

—¿Qué ha dicho? ¿Con quién está hablando? —Jerónimo le arrebató el teléfono—. Escúcheme. Quiero ver a mi pareja Erik y no me voy a ir hasta verlo.

En vez de colgar, Jerónimo lanzó el teléfono contra la pared y pegó una patada a la papelería, esparciendo restos de comida y envoltorios.

Su respiración era rápida y sus manos temblaban.

—¡Necesito ver a Erik! —Golpeó con los puños el mostrador.

El guardia, asustado, retrocedió aún más.

Las puertas se abrieron de golpe y tres agentes de policía entraron.

—Ponga las manos donde podamos verlas y cálmese —ordenó una mujer policía.

—Esto es ridículo —protestó Jerónimo.

—Haga lo que le digo —insistió la agente.

—Quiero comprobar si mi pareja está realmente aquí. —Su voz empezó a perder fuerza.

—Le he dicho que ponga las manos donde podamos verlas —repitió mientras se iban acercando a Jerónimo.

Antes de que pudiera añadir más, dos agentes lo sujetaron y la mujer le esposó.

—Está bajo arresto por alteración del orden público y resistencia a la autoridad. Tiene derecho a permanecer en silencio...

—Esto es ridículo. Ridículo —repetía Jerónimo, aunque en ese momento se dio cuenta de la gravedad de la situación y la ira se transformó en vergüenza. La realidad cayó sobre él como una piedra pesada y fría.

Los policías lo registraron y confiscaron todas sus pertenencias. Luego, lo sacaron del edificio esposado. Mientras lo introducían en el asiento trasero del coche patrulla, uno de ellos se giró hacia él:

—Lo llevamos a comisaría.

Jerónimo no dijo nada.

Sus ojos se clavaron en la puerta de la morgue.

Erik..., pensó.

Había perdido la cabeza y se daba asco por ello. Y justo entonces, en ese mismo instante, las lágrimas escaparon de sus ojos como si cada gota fuese una pieza de la vida que había perdido. Fue un llanto silencioso.

EL COCHE PATRULLA se deslizó por el garaje de la comisaría de policía. Los oficiales, con expresiones tan impenetrables como el hormigón que los rodeaba, salieron del vehículo, escoltando a Jerónimo. Sus manos permanecían esposadas y su mirada estaba fija en el suelo.

Lo condujeron por un pasillo frío y desolado hasta la recepción. Uno de los agentes dejó una bolsa con los objetos personales de Jerónimo sobre el mostrador. Al otro lado, un guardia, comía una bolsa de patatas fritas mientras le pasaba una carpeta a su compañero de forma mecánica. Uno de los agentes que escoltaba a Jerónimo la tomó, buscó un bolígrafo en el mostrador, firmó los papeles y se la devolvió al guardia.

—Pónganlo en la celda tres —ordenó este, limpiándose la boca con la manga.

Jerónimo sintió un pinchazo en el estómago, pero guardó silencio. Ya se había metido en un gran lío él solito. Al fondo, escuchaba el ruido de teléfonos sonando y, mientras avanzaban, notó el zumbido de las radios de los *walkie-talkies* que llevaban los oficiales.

Pasaron junto a una mujer con la cara pintarrajeada y aspecto cansado que mascaba un chicle aburrida. Se detuvieron frente a una puerta de metal que recordaba a la caja de seguridad de un banco suizo. En la parte superior, había una pequeña ventana protegida con barras de acero. Uno de los policías abrió la celda.

Jerónimo echó un vistazo rápido a su interior: un banco de cemento pegado a una pared, un lavabo, un inodoro en una esquina y una estrecha ventana alta que apenas dejaba entrar algo de luz. Un fuerte olor a desinfectante llenaba el aire.

Con un empujón suave, pero decidido, Jerónimo fue introducido en la celda. Acto seguido, le quitaron las esposas.

—Ahora te calmas que dentro de un rato vendrá mi compañero —dijo el policía con una voz carente de inflexión emocional.

—¿Un rato como cuánto? —Antes de terminar la pregunta, Jerónimo se mordió el labio inferior.

Sin dar ninguna respuesta, el policía cerró la puerta con un chirrido.

Permaneció de pie, sintiendo cómo el golpe de ira que había tenido dejaba paso a un abrumador vacío, ahora teñido de miedo y preocupación. Se sentó en el banco de cemento y observó cómo sus manos temblaban ligeramente. En la soledad de esa celda, la cruda realidad se asentó en Jerónimo: Erik se había ido y él, por primera vez en mucho tiempo, estaba completamente solo.

Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir, no fue consciente de cuándo se quedó dormido, ni

de cuánto tiempo había pasado.

Se despertó al notar una luz que se filtraba por las rendijas de la puerta de metal. Alguien lo observaba desde el otro lado de las barras de acero de la celda. Luego, el chirrido de estas rompió el silencio, abriéndose la puerta y un oficial de guardia entró y lo miró con indiferencia.

—Tiene derecho a una llamada —le dijo tendiéndole un móvil.

Jerónimo extendió despacio la mano. La pantalla iluminada mostraba las 5:17 de la mañana. Marcó un número que conocía de memoria.

—Christian. —Las palabras se quedaron atascadas en la garganta.

—¿Jero? Jerónimo, ¿estás bien? —La voz de su amigo sonaba preocupada.

—Estoy en la comisaría —balbuceó.

Hubo un silencio del otro lado de la línea antes de que Christian respondiera.

—Pásame al policía a cargo.

Jerónimo le extendió el móvil al oficial, quien se retiró al pasillo para hablar con Christian.

Aunque intentó escuchar, las palabras le resultaron ininteligibles.

Cuando el oficial regresó, traía una bandeja con comida, pero Jerónimo la ignoró; no tenía hambre. Se quedó sentado en su rincón, abrazándose las rodillas. El alba comenzaba a filtrar su luz por la ventana, pero su mente estaba en otro lugar, en otro tiempo.

La puerta de la celda se abrió de nuevo.

—Acompañeme —le indicó un policía joven y delgado que aún mostraba secuelas de un acné adolescente.

Jerónimo hizo lo que le pidió.

La comisaría bullía de actividad. Al final del pasillo, Christian y un hombre moreno de aspecto serio y con una cartera llena de documentos hablaban con el policía a cargo.

El abrazo de Christian fue reconfortante, aunque Jerónimo se encontraba tan agotado que apenas pudo responder al gesto.

—Jovencito, ¿en qué lío te has metido? —le reprochó Christian, mirándole fijamente—. Nunca debería haberte dejado solo. Tenías que haberme llamado. Este es Henry, ¿te acuerdas? Estuvo en la cena de mi cumpleaños.

Un hombre moreno de aspecto serio se acercó. Vestía un traje a medida y llevaba gafas de montura dorada.

Un oficial se acercó con una bolsa de papel marrón que contenía las pertenencias de Jerónimo.

Henry le pasó a Jerónimo unos documentos con jerga legal y le indicó dónde firmar.

—Podéis iros —dijo, recogiendo los papeles firmados—. Yo me quedaré para terminar algunos trámites. Christian, si surge algo, te llamo.

Salieron de la comisaría, pero Jerónimo, en su interior, seguía atrapado.

—Chris —le dijo agarrando a su amigo del brazo—, Erik ha muerto.

ERA una espléndida mañana de lunes. El sol irradiaba con fuerza en el bullicio de las calles de Londres, que parecía expandirse como la espuma de un buen café.

Jerónimo y Christian habían llorado abrazados el uno al otro, como un náufrago se agarraba a un salvavidas. Una vez calmados y varios pañuelos de papel más tarde, Jerónimo le contó a su amigo sobre la confusión del traslado de Erik, la devastadora noticia de su muerte y su arresto en la morgue.

Dieron un largo paseo en silencio de vuelta al Hospital St Mary. Los dos estaban más tranquilos. Jerónimo alzó la vista hacia el cielo azul claro, parpadeando contra la luz cegadora del sol. Cerró los ojos y el viento le despeinó y, por un instante, sintió como si fuera la mano de Erik jugando con su pelo.

Había una vastedad en ese momento, una aguda conciencia de la enormidad de la tarea que tenía ante sí. *Erik está muerto*, se dijo y una sacudida de ansiedad le atravesó el pecho, súbita como un rayo. Metió la mano en la bolsa de papel y sacó una pequeña pastilla.

Christian se sonó la nariz y lo observó con los ojos todavía rojos.

—¿Eso qué es? —le preguntó.

—Me lo dio el doctor. Un ansiolítico. Se supone que me calma.

—Pues menos mal que te calma —comentó Christian con un tono de voz triste.

—Ya sé que lo que hice fue imperdonable.

Su amigo extendió su mano y cubrió la de Jerónimo con una presión firme, pero tierna.

—No te voy a dar ninguno de mis sermones. Solo te pediría que me hicieras un poquito más de caso, por una vez —le dijo, apretando la mano de Jerónimo, que asintió mientras se tragaba la pastilla.

—No me dejaron ver a Erik.

—Y lo verás —le aseguró Christian—. Haremos el funeral que a él le hubiera gustado.

—Erik no pensaba en funerales cuando estaba vivo.

Su amigo no dijo nada. Caminaron en silencio durante unos minutos. Los rayos de luz se filtraban entre los edificios y pintaban sombras largas en el asfalto. El ajetreo de la ciudad, las risas y el murmullo del tráfico se elevaban en el aire, como las notas de una sinfonía inacabada, un contrapunto al caos interno que Jerónimo estaba viviendo.

—¿Qué pasará cuando lo veas? —preguntó Christian, rompiendo el silencio entre ellos.

—No lo sé —respondió él—. Lo que sí sé es lo que me está pasando por no verlo. Me estoy volviendo loco.

Christian sacudió la cabeza.

—No te estás volviendo loco. Estás de duelo.

—Pues es lo más parecido a la locura.

—Vamos a ver a Erik, pero primero quiero que desayunes algo. Aunque sea un café. ¿Trato hecho?

—Vale.

Su amigo se detuvo y examinó a Jerónimo de pies a cabeza.

—También necesitarías una ducha.

—Eso puede esperar —replicó él.

Christian sacó del bolsillo de su chaqueta un vaporizador de perfume y roció a Jerónimo, que retrocedió un paso.

—No te muevas —le ordenó—. Es un Christian's No. 1. Un perfume de los caros. Nuez moscada, sándalo y tonka.

—¿Tonka?

—La haba tonka. Una semilla que proviene del árbol *Dipteryx odorata*, originario de América del Sur —explicó Christian mientras se rociaba la muñeca con el perfume y apreciaba su olor—. Tiene un aroma dulce y almendrado. También tiene clase y, además, buen gusto con la elección del nombre.

—¿«Christian»?

—Exacto. Hecho a mi medida —dijo su amigo con una sonrisa en los labios que se fue desdibujando mientras contemplaba a Jerónimo. Su mano se encontró de nuevo con la de Jerónimo—. Estoy tan devastado como tú, jovencito. Venga, vamos a tomar algo primero. Luego te acompañaré al hospital y haremos las cosas como es debido.

Mientras caminaban, la ciudad zumbaba a su alrededor, ajena al dolor y la incertidumbre que Jerónimo llevaba consigo bajo el brillante sol de un lunes por la mañana.

PARA UN BRITÁNICO, un *pub* era más que un simple bar o lugar de entretenimiento; era una institución cultural, un elemento esencial de la vida diaria. Era un punto de encuentro donde los vecinos se reunían después del trabajo, las familias celebraban ocasiones especiales y los visitantes se sumergían en la cultura y la historia local con una pinta de cerveza en la mano.

El *pub* Sawyer's Arms se encontraba situado en frente de la estación de Paddington, a escasos minutos del Hospital St Mary. Por su proximidad a la estación, durante los últimos cuarenta años se había convertido en destino popular para viajeros y visitantes de Londres. En la parte superior, el nombre del *pub* resaltaba en letras blancas.

Christian abrió la puerta y dejó pasar a Jerónimo primero.

Una vez dentro, la iluminación suave y cálida les dio la bienvenida. El *pub* tenía paredes adornadas con paneles de madera tallada que armonizaban con sillas tapizadas en terciopelo azul marino. Las mesas, hechas de caoba envejecida, invitaban a los visitantes a sentarse, disfrutar de una cerveza y probar algo de la gastronomía local. Para los aficionados al deporte, el *pub* disponía de grandes pantallas de televisión donde se transmitían partidos de fútbol y *rugby* en directo cualquier día de la semana. Al fondo del local, un bar brillante y bien surtido se exhibía con decenas de botellas de licores de diversos colores, dispuestas en estantes que se extendían hasta el techo.

Jerónimo siguió a Christian, quien subió por las estrechas escaleras hasta la primera planta. Se acomodaron en una mesa cerca de la ventana que daba a la calle. Eran los primeros clientes del día.

—¿Cuándo comiste por última vez? —preguntó Christian.

—No me acuerdo. No tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre. Quiero que cojas fuerzas. Será un día largo y no te voy a dejar solo. Venga, haz un esfuerzo. ¿Qué tal un *full English*?

Jerónimo sentía su cuerpo entumecido y su mente todavía en estado de *shock*. Era incapaz de aceptar la realidad. Miró la hora.

—Apenas pasan de las diez de la mañana.

—Una hora estupenda para desayunar —comentó Christian.

Jerónimo tragó saliva.

—¿Mejor compartimos uno entre tú y yo? No tengo hambre, de verdad —dijo él sin mucha energía en la voz.

Christian asintió apretando los labios.

—Yo estoy igual —añadió después de unos segundos—. ¿Un café?

—Mejor que sea doble.

—Claro.

El *full English* era un plato tradicional británico con variantes locales dependiendo de la zona del país. El plato consistía en nueve ingredientes: huevos (fritos o pasados por agua), beicon, salchichas, judías en salsa de tomate, champiñones, tomates partidos por la mitad y fritos, tostadas de pan blanco o de centeno untadas en mantequilla, *hash browns* (patatas ralladas y fritas con forma de croqueta) y pudín negro, que era similar a la morcilla española, también servida frita. La bebida, ya fuese té o café, se elegía según las preferencias de cada persona.

Antiguamente, debido a su alta carga calórica, este plato era consumido por trabajadores del campo antes del amanecer, herencia de una época en que los duros trabajos físicos exigían un desayuno sustancioso para comenzar el día.

Mientras Christian se acercaba a la barra para pedir, Jerónimo abrió la bolsa de papel y organizó sus cosas. Guardó la billetera y los ansiolíticos que le había recetado el doctor Bailey, de los cuales solo le quedaban dos. Encendió el móvil, que de inmediato vibró con una alerta de un correo electrónico.

Y vibró una segunda vez.

Y una tercera.

Y también una cuarta y una quinta vez, como si algo o alguien intentara escapar de su interior. La bandeja de entrada estaba colapsada con mensajes del mismo remitente:

[Aloo Tama 4@gmail.com](mailto:Aloo_Tama_4@gmail.com)

Jerónimo sintió una punzada en el estómago, esa sensación de angustia y sorpresa que uno siente cuando recibe noticias inesperadas. Con cautela, abrió el último correo. El mensaje era breve, en danés y cortante, como el filo de un cuchillo:

«Jero, du er i fare. Skynd dig hjem til Essex, Erik».

«Jero, estás en peligro. Vuelve a casa en Essex, Erik».

Tardó unos segundos en procesar la información y cuando lo hizo, un frío repentino recorrió su cuerpo, empezando por la nuca y bajando como una avalancha por su espalda y su corazón latió con fuerza contra su pecho.

Miró a su alrededor sintiendo que alguien lo vigilaba. Releyó el mensaje en voz alta como si así pudiera comprobar que era real lo que estaba pasando.

—Jero, estás en peligro. Vuelve a casa en Essex, Erik.

Sus ojos pegados a la pantalla, se secaron. Parpadeó lentamente. *No podía ser cierto*, se dijo. Erik estaba muerto. El doctor Bailey le había comunicado el fallecimiento y su posterior traslado a la morgue del hospital.

Revisó cada correo, uno tras otro, todos idénticos, todos enviados a la misma hora y el mismo día: ayer domingo, mientras estaba demasiado ocupado jugando al escondite, yendo de un hospital a otro buscando a Erik.

Una montaña rusa de emociones lo embistió: el miedo, la confusión y la incredulidad. Se rascó la barba y pasó la mano por el pelo, agarrándolo fuerte como si pudiera extraer respuestas de su propio cerebro. La idea de que Erik estuviera vivo sumió a Jerónimo en un mar de esperanza y confusión.

La voz de Christian lo sacó de su trance.

—No tenían pan de centeno —dijo su amigo al sentarse con el plato frente a él y los dos cafés.

Jerónimo le mostró la pantalla del móvil para que Christian leyera el mensaje. El rostro de su amigo se ensombreció.

—Es Erik —dijo Jerónimo enfatizando cada sílaba—. Está vivo.

—¿Cuándo lo recibiste? —preguntó Christian releendo el mensaje.

—Ayer, después de que el hospital me informó del traslado de Erik a la morgue. Es él, ¿verdad?

Christian hizo una pausa antes de responder. La incredulidad se reflejó en su rostro.

—Recuerda que la última vez que viste a Erik estaba en coma tras un accidente de tráfico.

—¿Y si despertó?

Christian negó ligeramente con la cabeza.

—No tiene lógica, Jero.

Jerónimo se tomó el café doble de un trago, se levantó de la mesa y se puso la cazadora. Necesitaba respuestas.

—Tengo que ver a Erik con mis propios ojos.

Christian asintió.

—¿Te dijeron que estaba en la morgue?

—Me lo confirmó el doctor Bailey.

—Pues entonces no vamos a ir al hospital, vamos directamente a la morgue y esta vez vamos a entrar sí o sí. —Christian se levantó con cautela, como si hubiera activado un sensor de alerta interior. Tomó a Jerónimo del brazo y le dijo—: No te separes de mí.

La seriedad en la voz de Christian lo puso aún más nervioso. Asintió en respuesta y salieron del *pub* sin haber probado el desayuno. En unos minutos llegarían a la morgue.

JERÓNIMO Y CHRISTIAN llegaron a las puertas de la morgue del Hospital St Mary. A diferencia del día anterior, se sentía más sereno y seguro, aferrándose a aquel mensaje, que reafirmaba su esperanza de que Erik seguía vivo en algún lugar. Sus pensamientos oscilaban de un extremo a otro. Pronto sería conducido a una de esas cámaras refrigeradas donde le mostrarían que Erik estaba allí, sin vida, y aquel mensaje sería una broma cruel.

Todo era tan absurdo como un sueño febril, donde la realidad y la ficción se entrelazaban en una danza macabra. Jerónimo sacudió su cabeza, tratando de alejar esos pensamientos. Aunque estaba preocupado por la advertencia del aquel misterioso correo.

Christian caminaba unos pasos delante de él, con las manos entrelazadas detrás de la espalda. Su actitud era reservada y alerta, como si se adentrara en un campo lleno de minas y, en algún momento, pudiera explotarle una en la cara. Se detuvo justo antes de entrar y se giró hacia Jerónimo.

—No quiero que hagas preguntas, ¿entiendes? Solo observa y mantente en silencio. Sé cómo tratar a esta gente. Así que diga lo que diga, quiero que confíes en mí, como siempre lo has hecho. ¿De acuerdo, jovencito?

Jerónimo asintió.

La morgue tenía un olor muy distintivo. Los hospitales olían a enfermedad y medicamentos; la morgue olía simplemente a muerte. El olor a fenol era fuerte, penetrante y algo dulzón. Inhalar sus vapores podía ser dañino y causar irritación en las vías respiratorias y en los ojos.

Al acercarse a seguridad, Christian pasó con la confianza de quien entra en su propia casa.

Jerónimo recordó el altercado con el guardia el día anterior, aunque ahora no estaba allí. Hoy, el pasillo estaba ocupado por personal médico y administrativo que se movía en diferentes direcciones. En la recepción, una mujer de mediana edad con una expresión severa y cabello gris lacio los observaba.

—Quisiera hablar con el director de la morgue, el señor Smith —dijo Christian, mostrando una placa con una insignia y su foto.

La reacción de sorpresa en el rostro de Jerónimo era equiparable a la de la recepcionista. Se preguntó de dónde había sacado Christian aquella falsa placa.

Antes de que la recepcionista pudiera responder, Christian añadió:

—Investigador privado. Asunto de máxima urgencia y sobre todo —hizo una pequeña pausa y se inclinó hacia delante—, de máxima discreción.

Ella se echó un poco hacia atrás. Luego, con gesto resuelto, realizó una llamada desde el

mismo teléfono que el guardia usó el día anterior para llamar a los de seguridad que, a su vez, mandaron directamente a la policía.

El ambiente se tensó, haciendo que los nervios del estómago se tensaran y el pulso de Jerónimo se acelerara. Estaba a punto de enfrentarse a la realidad sobre la desaparición de Erik, y aunque temía lo que pudiera descubrir, estaba decidido a llegar al final.

La recepcionista les dio permiso para entrar.

Siguiendo sus indicaciones, Jerónimo y Christian descendieron las escaleras hacia un sótano. Avanzaron a paso ligero hasta llegar a una sala de la cual emanaba música *jazz* de fondo.

La puerta se abrió para revelar una sala de autopsias, iluminada tenue y fríamente por tubos fluorescentes. Las mesas de acero reflejaban la luz y, en una de ellas, Jerónimo observó al director de la morgue, el señor Smith. Pero, para su sorpresa, el director no estaba examinando un cuerpo, sino practicando su técnica de *putt* con una bola de golf. Alzó la mirada, sin aparentar sorpresa. La recepcionista ya le habría informado de su visita.

—Tú te quedas aquí en la puerta —le susurró Christian a Jerónimo.

Se acercó al director Smith presentándole aquella placa que Jerónimo no sabía de dónde podía haber sacado.

Christian y el director hablaron entre ellos mientras Jerónimo notó que él inconscientemente apretaba la mandíbula.

El director Smith era un hombre alto y delgado con una bata de médico bien almidonada. Tenía una cara de rasgos angulares marcada y pálida por las largas horas en la morgue.

Christian levantó la mano para que Jerónimo se acercara.

Alrededor, estanterías con puertas de vidrio albergaban instrumentos quirúrgicos y diversos equipos, todo meticulosamente organizado y etiquetado.

—El proceso es muy simple —explicó el director Smith con un tono monótono, jugueteando con la bola de golf—. Llamamos al familiar para la identificación del cuerpo una vez que está todo preparado. No nos han dado tiempo.

—Veo que no. —Observó Christian, dirigiendo una mirada a los artículos de golf.

El director Smith continuó:

—Una vez identificado el cuerpo, llamamos a la funeraria, según los deseos del interesado, y ellos toman el relevo.

Jerónimo seguía de cerca a ambos, tratando de no perder detalle.

—Quisiera añadir —interrumpió Christian—, que si las cosas se hubieran hecho correctamente desde el principio, los interesados no estarían aquí haciéndole perder su tiempo.

—Ciertamente, es una situación un tanto peculiar —admitió el director Smith, guardando la pelota en un bolsillo de la bata—. Por favor, pasen por aquí. La sala de visualizaciones no está preparada, así que le doy acceso al depósito de cadáveres. Pero no quiero ni fotos ni videos.

Ambos asintieron.

Con un nudo en la garganta, Jerónimo preguntó:

—Entonces, ¿Erik está aquí? —Su voz se fue desplomando con cada palabra, como un castillo de arena que había construido en la mente y que ahora se desmoronaba azotado por una ola.

AL LADO de la sala de autopsias se hallaba el depósito de cadáveres, un espacio notablemente más reducido y sombrío. Las luces tenues y la baja temperatura daban un aire de quietud. Las paredes estaban equipadas con cajones de acero inoxidable, todos de tamaño uniforme, donde se guardaban los cuerpos en espera de identificación o autopsia. Las puertas de los cajones llevaban una pequeña etiqueta blanca en la esquina superior derecha.

Jerónimo rozó uno de los cajones, frío al tacto.

Además, había una sala de refrigeración contigua para aquellos cuerpos aguardando el entierro, donde el aire, aún más frío, estaba saturado con el hedor inconfundible de muerte y descomposición. El olor penetrante a fenol era espeso y pesado, convirtiéndose en una presencia casi física.

—Este es Tim, el técnico de la morgue —presentó el director Smith—. Estaré en mi oficina si me necesitan, pero por favor, la próxima vez avisen antes de venir.

Tim era un hombre joven de brazos musculosos y manos callosas que contrastaban con su cara amigable y expresión tranquila. Esperó a que el director Smith abandonara la sala antes de comenzar a hablar.

—Que yo sepa, no ha llegado ningún cuerpo esta mañana. A menos que haya sido después de mi llegada.

—Según nuestra información, el cuerpo de Erik Vinterberg fue trasladado aquí ayer domingo —informó Christian.

Tim pareció inseguro por un momento.

—Nosotros todavía estamos esperando ese cuerpo. He llamado al hospital, pero...

—¿Pero qué? —rompió el silencio Jerónimo y un gesto de Christian le pidió que no interviniera.

—Supongo que habrá alguna forma de verificarlo —sugirió su amigo con tono calmado.

Tim asintió.

—Lo he comprobado, sin embargo, no aparece ningún Erik Vinterberg en los registros.

Desesperado, Jerónimo buscó respuestas en el techo.

—Esto es increíble —dijo como si le hablara a un dios.

—Nos ha pasado antes —se adelantó el técnico justificando la situación—. Es un simple error administrativo. Tenemos menos personal operativo los fines de semana. Alguien pudo haber olvidado escanear el código de barras o introducir el nombre en el sistema, pero si nos hubieran dado algo de tiempo...

—Tiempo es lo que no tengo —respondió Jerónimo tajante.

—¿El nombre? —repitió Christian—. Explícate, por favor, ¿cuándo ingresó el último cuerpo?

—El hospital confirmó que Erik no está allí —explicó Tim—. Debieron traerlo ayer, pero no se registró. Como mencioné, parece un error administrativo.

—Entonces, Erik está aquí —concluyó Jerónimo, observando las paredes con los frigoríficos como rejillas de una colmena.

—Sí, está aquí, pero no tengo claro dónde exactamente.

—Eso tiene fácil solución —dijo Christian.

Tragando con dificultad, Jerónimo miró a su amigo.

—¿Desayunaron? —preguntó Tim.

Christian negó con la cabeza, mientras Jerónimo, con una mano en su estómago, evitó responder.

Tim les ofreció a ambos un pañuelo impregnado con un olor fuerte, similar a la lejía.

—Esto les ayudará.

—¿Quieres esperar fuera y lo hago yo?—propuso Christian a Jerónimo.

A pesar de su negativa, la expresión en su rostro decía todo lo contrario. Sus ojos revelaban un tormento interior que las palabras no podían expresar.

Christian se acercó al primer frigorífico.

Jerónimo, al lado de su amigo, cerró los ojos por un instante y respiró hondo, intentando controlar la emoción que amenazaba con desbordarse.

Después de una breve pausa, Christian extendió la mano y abrió la puerta. Un frío aún más intenso surgió del interior mientras deslizaba lentamente la bandeja que albergaba un cuerpo. El aire, saturado con el aroma inconfundible de fenol, se hinchaba como la expectación palpable. Una forma humana yacía cubierta por una sábana de algodón blanca.

Jerónimo no se atrevió a mirar abajo y se concentró en el rostro de Christian, que era una máscara de seriedad cuando levantó la sábana para revelar el difunto.

—No es Erik —confirmó y a Jerónimo se le escapó un suspiro de alivio, aunque aún tenía un nudo en el estómago.

Tim observaba en silencio desde la distancia.

Christian cerró la bandeja y se dirigió a la siguiente.

Jerónimo tomó un momento para reunir fuerzas antes de que su amigo abriera la puerta del segundo frigorífico.

Levantó la tela, revelando el rostro de un hombre que tampoco era Erik.

Un cúmulo de alivio y miedo asaltó a Jerónimo simultáneamente. Por una parte, aliviado de que no fuese Erik, pero aterrorizado por lo que podría descubrir a continuación.

La acidez del café que había bebido le quemaba la garganta.

Este ritual se repitió una y otra vez, cada vez con la misma tensión, la misma esperanza y el mismo miedo.

El tercer cuerpo resultó ser una mujer de edad avanzada, el cuarto un hombre joven con una barba espesa y el quinto un anciano con la piel tan delgada y translúcida que parecía de papel.

Con cada cuerpo que examinaban, el aire gélido que se liberaba de las unidades de refrigeración se colaba por su ropa, susurrándole la cruda realidad de la muerte.

Cada cuerpo que veía era más espantoso que el anterior, cada uno le daba la sensación de tener una piedra en el estómago que se hacía cada vez más grande y, al mismo tiempo, renovaba

su esperanza de no encontrar a Erik metido en una de esas tumbas de frío.

Faltaba la última puerta que abrir.

La boca se le llenó de bilis.

Al abrir la sexta puerta, un hilo de pánico se enroscó en su pecho.

Christian retiró la sábana blanca para revelar un rostro vagamente familiar y Jerónimo sintió que no solo sus piernas temblaban, sino también los cimientos de su vida empezaban a desmoronarse.

Se agarró al brazo de su amigo para no caer al suelo y, con un jadeo apresurado, se apartó, luchando por mantener el equilibrio.

—Tampoco es Erik —confirmó Christian.

El terror que había estado hirviendo a fuego lento en las venas de Jerónimo estalló en plena ebullición. La marea creciente de náuseas se volvió insoportable. Se tambaleó hacia la papelera más cercana, vomitando café, baba y bilis.

El técnico Tim lo agarró y lo ayudó a sentarse en una silla plegable.

Christian se arrodilló a su lado.

El mundo de Jerónimo daba vueltas y su estómago se retorció de malestar.

—¿Dónde está Erik? —murmuró, más para sí mismo.

Una nueva oleada de náuseas lo embistió y vomitó más bilis, apretando los puños con tal fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

—No lo sé —respondió Christian—. Pero definitivamente no está aquí.

Su búsqueda en la morgue había terminado y Erik seguía desaparecido.

JERÓNIMO Y CHRISTIAN salieron al espacio exterior de la morgue. El viento se había levantado y las nubes revoloteaban en el cielo, formando una capa gris. En la mente de Jerónimo, resonaba la voz de Erik repitiendo aquel misterioso correo electrónico:

Aloo_Tama_4@gmail.com

«Jero, du er i fare. Skynd dig hjem til Essex, Erik».

«Jero, estás en peligro. Vuelve a casa en Essex, Erik».

—Christian, ¿qué está pasando? —le preguntó con una ansiedad y cansancio en la voz mezclados con un regusto amargo del vómito.

Su amigo jugueteaba con un pañuelo de seda, perdido en sus pensamientos.

—No lo sé —admitió, estrujando el pañuelo entre sus dedos—. Mi querido Jero, no sé qué pensar.

Las imágenes del día del accidente volvieron a Jerónimo en una avalancha de recuerdos. Recordó la voz de Erik, diciéndole que iba con retraso por un imprevisto de última hora relacionado con el artículo de investigación a punto de salir publicado. Sin embargo, Jerónimo le metió prisa y por el camino, Erik tuvo un fatal accidente de tráfico, lejos de la ruta que hubiera tomado si hubiera salido directamente de su nueva casa en Essex. No le contó la verdadera razón de su retraso porque el desvío que tomó no era por un imprevisto en el trabajo, quería darle una sorpresa a Jerónimo regalándole un escritorio de época. Pero con las prisas, terminó en un accidente que lo dejó en coma, postrado en una cama de hospital.

—Echo tanto de menos a Erik.

Christian puso una mano sobre el hombro de Jerónimo. En pocos minutos llovería.

—¿Recuerdas con qué doctores hablaste?

—El doctor Bennett, el doctor Schmitt... varias enfermeras y un par de enfermeros también. Hablé con otra doctora en otro hospital. —Las palabras brotaron como un torrente— ¿Por qué me preguntas eso?

—Creo que deberíamos informar a la policía sobre todo esto y esperar a ver qué nos dicen.

—¿Esperar? ¿Es eso lo que debo hacer? Chris, no puedo quedarme de brazos cruzados mientras Erik sigue desaparecido.

—Jero, la policía debe intervenir.

—¿Sigues pensando que es un error administrativo?

—No veo por qué el hospital y el personal de la morgue nos mentirían. Pero es evidente que no desean reconocer públicamente el error informático que han sufrido. Están dilatando el

tiempo. Erik podría haber sido trasladado a otra área del hospital. —Christian acarició el pelo de su amigo—. Jero, la policía tiene que intervenir, mientras tanto, tú deberías descansar un poco. Vamos a esperar a ver qué dicen —propuso.

—¿Y qué me dices del correo?

—Recuerda que Erik estaba en coma la última vez que lo viste.

—Lo sé. No lo tenía que haber dejado solo.

—No me refiero a eso.

—Chris, Erik estaba trabajando en un artículo que estaba a punto de ser publicado —contó Jerónimo—. Frecuentaba esta zona de Londres.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijeron en el café Costa, enfrente del Hospital St Mary.

—Jero, Erik estaba en coma la última vez que lo viste. No pudo haber enviado ese correo.

—Tiene que ser Erik —insistió Jerónimo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Por la dirección de correo: Aloo_Tama_4@gmail.com. Ni siquiera me acordaba de ese nombre. Es más, no es lo primero que me viene a la memoria de aquella noche, pero ahora entiendo el significado de la dirección de correo. Solo yo puedo saberlo. Bueno, yo y Erik que estuvimos ahí esa noche. —Jerónimo alzó la voz con cada palabra—. Chris, Aloo Tama es el nombre de un restaurante tibetano en el barrio Clapham cerca de mi antiguo estudio. Esa noche, estaba demasiado nervioso como para prestar atención al nombre del restaurante, por eso no me acordé cuando recibí el correo. Pero ahora tiene sentido. En ese restaurante cenamos juntos en nuestra primera cita oficial. Tiene que ser Erik. Está vivo.

Las nubes en el cielo se agolpaban, presagiando una tormenta. Christian se quedó pensativo, procesando la información que Jerónimo le había revelado.

—¿Y el número cuatro?

—Ese número me hace aún más seguro de que solo pudo ser él. El número cuatro es el número de veces que esa noche... —Jerónimo se mordió la lengua—. Eso es más privado. Chris, te lo repito. Solo Erik puede haber mandado ese correo.

La idea de que su pareja pudiera estar viva envolvía a Jerónimo en un remolino de emociones.

Christian parecía más escéptico, pero cedió.

—Quizás... Está bien, ven —le propuso Christian.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer.

—¿A dónde vamos? —preguntó Jerónimo caminando al lado de su amigo.

—Vamos a hacerle una visita a Philip.

—¿Lo sigues viendo?

Christian no escondió su sonrisa.

—Jovencito, yo también tengo una vida privada. Es ingeniero informático. ¿O no te acuerdas de la inesperada visita que nos hiciste mientras cenábamos en la torre Shard? Podría ayudarnos a rastrear el origen de ese correo.

—Philip puede ser un poco pedante... —dijo Jerónimo, pero paró antes de terminar la frase cuando Christian le lanzó una mirada de reproche—, pero si te gusta, es tu vida privada.

La lluvia se hizo más intensa y levantó un olor acre a ciudad grande.

LA ESTACIÓN DE PADDINGTON, famosa por sus arcos azules y la estatua del osito que lleva el mismo nombre, bullía de gente que se apresuraba en todas las direcciones, paraguas en mano, resguardándose de la típica llovizna londinense. No muy lejos, Christian encendió el motor de su Porsche Panamera de color azul noche metalizado.

Jerónimo se abrochó el cinturón y se recostó en el cómodo asiento. Cerró los ojos unos instantes y sintió un profundo cansancio. Bajó la ventanilla para disfrutar del aire fresco en su cara.

A medida que el vehículo se deslizaba por las serpenteantes calles de Londres, los edificios residenciales dieron paso a imponentes estructuras de acero y cristal. Al acercarse a la City, el corazón financiero de la ciudad, la transformación era palpable. Los rascacielos dominaban el horizonte, cada uno con su diseño arquitectónico distintivo, compitiendo por destacar en el cielo. A pesar de la lluvia, corredores de bolsa y banqueros, con sus trajes a medida y paraguas, cruzaban las calles o charlaban en las entradas de restaurantes exclusivos.

—Allí —dijo Christian señalando uno de los rascacielos de diseño audaz y sede de NexTech Solutions, una de las principales empresas de ciberseguridad de Europa.

Entraron en el parking del edificio, aparcaron y tomaron el ascensor hasta la planta treinta y nueve. Siguieron el pasillo y llegaron una oficina en particular que contrastaba con el diseño moderno del rascacielos.

La puerta de la oficina estaba abierta y las notas suaves de una sonata de Chopin llenaban el ambiente desde un viejo tocadiscos en la esquina, creando un contraste ecléctico.

Philip estaba sentado detrás de su amplio escritorio de madera oscura, junto a un monitor de dimensiones casi cinéfilas.

Antes de entrar, Christian tocó la puerta con varios golpes secos, como si fuera un código de entrada.

Sin levantar la vista, Philip murmuró:

—Espero que no hayas venido solo para espiarme mientras trabajo. —Al levantar la mirada, una sonrisa cálida y de complicidad brilló en sus ojos al ver a Christian.

Detrás de él, Jerónimo parecía un poco desubicado, observando la inusual combinación de lo antiguo y lo moderno en la oficina. Las paredes estaban adornadas con mapas de navegación y estantes de libros que iban desde novelas clásicas hasta manuales técnicos. A un lado, una gran ventana ofrecía una panorámica de Londres.

Christian se acercó, captando de inmediato el tono juguetón de Philip.

—Tú sabes que cualquier momento es bueno para verte, pero hoy también tengo un motivo concreto —respondió, dándole un guiño cómplice—. Espero no interrumpir.

Acto seguido, señaló a Jerónimo.

Philip se levantó con elegancia, mostrando una corbata con patrones geométricos en color oro a juego con sus gemelos. Se quitó las gafas y estrechó la mano de Jerónimo, examinándolo detenidamente.

—Ah, el famoso Jerónimo. Christian ha hablado mucho de ti. La última vez que nos vimos fue en aquella cena en la Torre Shard. Espero que esta visita sea igual de memorable, si no más.

Jerónimo, un tanto inseguro sobre cómo responder, simplemente estiró los labios en una sonrisa.

—Phil —continuó Christian—, no estamos aquí solo por cortesía. Necesitamos tu ayuda en un asunto delicado. ¿Puedes atendernos ahora? —Su tono se tornó un poco más serio.

Philip respondió con la misma formalidad:

—Por supuesto. Siempre tengo tiempo para ti. Por favor —indicó, señalando un sofá de estilo *vintage*—, ¿de qué se trata?

Jerónimo se acomodó junto a Christian, quien comenzó a relatar a Philip el accidente de Erik, su misteriosa desaparición y el enigmático correo que Jerónimo había recibido.

—¿Habéis llamado a la policía? —inquirió Philip.

—Todavía no —respondió Christian.

—Sería lo más lógico —dijo levantando una ceja.

Christian asintió.

—Pensaba hacerlo, pero de camino hasta aquí se me ocurrió que si la policía interviene y se hace oficial, podríamos perder cualquier pista sobre el paradero de Erik. Solo ha transcurrido un día desde su desaparición y el hospital lo atribuye a un error en el sistema informático que están solucionando. Esta situación nos da cierta libertad para investigar ese supuesto error sin llamar la atención y descubrir qué ha sucedido realmente.

—Secundo tu lógica —dijo Philip, asintiendo.

Jerónimo sacó su móvil y le mostró el misterioso correo.

«*Jero, du er i fare. Skynd dig hjem til Essex, Erik*».

«Jero, estás en peligro. Vuelve a casa en Essex, Erik».

Philip se inclinó hacia la pantalla y soltó un leve gruñido.

—¿Puedo? —preguntó, intrigado, como si se tratara de una rara piedra preciosa.

Jerónimo le entregó el móvil y este lo conectó a un pequeño dispositivo que, a su vez, estaba vinculado al ordenador. Se ajustó las gafas y comenzó a teclear, sentado en su escritorio.

Jerónimo y Christian, de pie, lo observaban con atención.

—Lo primero que debemos revisar es el encabezado —explicó Philip—. Los correos electrónicos contienen encabezados con detalles del origen del mensaje, los servidores por donde ha transitado y otros datos. Dentro de estos encabezados, hay líneas que registran la ruta del correo, desde su origen hasta su destino. Estos registros son conocidos como *hops* y muestran la dirección IP de cada servidor por donde ha circulado el mensaje. Una vez que tengamos esa dirección IP, podemos usar servicios de geolocalización para obtener una ubicación aproximada.

—¿Aproximada? —intervino Jerónimo.

—Sí, aproximada —respondió Philip—. Una dirección IP no siempre refleja la ubicación real del remitente, especialmente si se ha utilizado una VPN, un servidor proxy o si el correo fue enviado a través de un servicio web que utiliza servidores en diversas ubicaciones.

Jerónimo y Christian intercambiaron miradas inquietas antes de volver su atención a la pantalla.

Tras unos minutos analizando el encabezado, Philip frunció el ceño con cierta frustración.

—El rastro de este correo está oculto de tal forma que localizar su origen es como buscar una aguja en un pajar. Alguien se ha tomado muchas precauciones para ocultarlo.

—Entonces, ¿podrás conseguir la ubicación? —preguntó Jerónimo

Philip reflexionó un instante.

—Puedo intentarlo —dijo—, pero tengo que romper múltiples capas de seguridad para llegar al origen. Me tomará un tiempo.

—¿De cuánto estamos hablando? —insistió Jerónimo mientras Christian posaba su mano sobre el brazo de su amigo para que se relajara.

Philip hizo un cálculo mental.

—Un par de horas. Un día a lo sumo.

—Jero —intervino Christian—, son más de las cuatro de la tarde. Vamos a darle las gracias a Philip y cuando sepa algo, que nos llame. ¿Te parece? Y ahora lo dejamos trabajar y te quedas esta noche en mi casa.

Jerónimo no insistió.

—Se me está echando el tiempo encima —dijo Philip— y tengo un par de tareas más. En cuanto termine, me dedicaré a esto y os lo haré saber.

Jerónimo suspiró.

—Te lo agradezco.

Christian se despidió de Philip dándole un beso en la frente.

Una vez en la calle, Jerónimo preguntó a su amigo con curiosidad:

—¿Te has despedido de Philip con un beso en la frente?

Christian puso los ojos en blanco.

—Jovencito, creo que tienes otras cosas más importantes por las que preocuparte. Anda, entra en el Porsche, que volvemos a mi casa. Necesitas una ducha y dormir.

JERÓNIMO DESPERTÓ con los rayos de sol que se filtraban por los lados de las cortinas. Había pasado la noche en la casa de su amigo Christian.

Alargó el brazo hacia la mesita para encender la pequeña lámpara y su mano rozó el marco de una foto de un joven Christian, vestido con el uniforme de tripulación de cabina de la compañía aérea de British Airways. Era un hombre apuesto y seguro de sí mismo, envuelto en un halo de misterio.

Jerónimo se arropó con las sábanas de algodón egipcio que lo abrigaban en aquella fresca mañana de verano inglés, pero la sensación de paz era tan solo aparente.

Las robustas y oscuras vigas de madera del techo se extendían en un patrón armónico, transmitiendo una sensación de estabilidad en contraste con el caos interno de Jerónimo.

Los recuerdos de Erik inundaban su mente, apretando su pecho con la angustia: el accidente, el coma inducido, su súbita desaparición y ese perturbador correo, advirtiéndole del peligro y la necesidad de regresar a su nueva casa en Essex. Había algo que se le escapaba. Algo que juntaba todas las piezas. Un hilo conductor que unía estos eventos, pero no lograba identificarlo. Se incorporó de la cama y miró el reloj. Había dormido más de diez horas. El sonido de pasos en el pasillo lo sacó de sus pensamientos.

Tocaron a la puerta.

—*God morgen*. —Christian le dio los buenos días en danés, entrando con una bandeja con el desayuno.

La bandeja tenía pan de centeno, mantequilla, huevos, beicon, un zumo fresco de naranja y para aderezar esa fusión de colores, olores y sabores, una delicada flor descansaba en un jarrón de cristal de bohemia.

Christian colocó la bandeja en la mesita y abrió las cortinas.

—Tenemos que hablar, pero primero desayuna.

Jerónimo parpadeó, ajustándose a la intensa luz de la mañana. Las imágenes de la morgue vinieron a su mente.

—¿Crees que es una buena idea que desayune antes de hablar? —preguntó Jerónimo observando la bandeja—. ¿Y esta margarita? —Sacó la flor del jarrón.

—Es más pequeña y delicada que una margarita común. Es una *Bellis perennis* o margarita de prado. Una flor del jardín. A veces, un toque de belleza ayuda a digerir las realidades más amargas de la vida.

—Espero que no saques tu poemario para recitar algún verso mientras desayuno.

—Noto un cierto tono ingrato en la voz.

—No pretendía ser desagradecido —se disculpó Jerónimo y colocó la margarita de vuelta al jarrón.

Christian levantó la ceja y estiró una sonrisa.

—Todos cometemos errores —dijo, sentándose y haciendo un gesto a su perra Bella para que subiera a su regazo—. Jovencito, te mentiría si te dijera que sé por lo que estás pasando, pero tenemos que hablar, así que come primero.

Jerónimo comenzó a untar mantequilla en el pan.

—No soy un jovencito. ¿Te vas a quedar ahí mirando como desayuno?

—Con el ansia que le pones, no creo que tenga que esperar mucho.

—No tenías que haberte molestado.

—Ya..., habló Pinocho...

—¿Podemos hablar mientras desayuno?

Christian negó con la cabeza.

—Desayuna, luego hablamos.

Jerónimo empezó a comer bajo la mirada atenta de Christian, que seguía sentado en el sillón. En el regazo de su amigo, la perrita Bella le miraba fijamente como si esperara una señal para saltar a la cama y compartir el desayuno con ella.

Bella era una perra Terrier con un suave pelaje que combinaba tonos de café y nata, lo que le daba una apariencia distintiva y atrayente. Sus ojos brillantes se asemejaban a dos pequeños granos de café y contrastaban con las manchas más claras de su pelaje.

Un suave chasquido de Christian la reprendió.

—Tú ya desayunaste, pequeña. Si sigues comiendo te vas a poner gorda y los perros del pueblo no te van a hacer caso. —Hizo una pausa y miró a Jerónimo—. Estoy pensando.

—¿En qué?

Tras un suspiro, su amigo respondió:

—En cómo convencerte de que desistas de cualquier... impulsividad.

Jerónimo dejó de masticar.

—Erik debe estar vivo. Ese correo es nuestra única pista.

Christian frotó sus sienes.

—¿No ves lo irracional que suena eso? Es una idea disparatada.

—¿Y cuál es tu teoría?

La voz de su amigo adquirió un tono más grave.

—Sigo creyendo que Erik no envió ese correo.

—¿No?

—No —confirmó tajante.

—Es la única pista que tengo. ¿Tienes otras opciones?

Christian se recostó en el sillón.

—Esperar.

Jerónimo miró hacia otro lado.

—Necesito saber si está vivo.

—Y yo necesito que tú estés a salvo.

Jerónimo apretó más fuerte el pan y el cuchillo. Un silencio se apoderó de la habitación, solo interrumpido por el suave jadeo de Bella.

—Jero, estoy seguro que ese correo no te lo pudo mandar Erik.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —marcó la última palabra.

Christian acarició el lomo de Bella.

—Intuición. Simple intuición. Y rara vez me falla.

Jerónimo paró y recapacitó.

—Tengo que seguir mi instinto, como tú sigues el tuyo —replicó.

Su amigo puso los ojos en blanco.

—Philip me llamó —dijo al final—. Está de camino a casa. Tiene noticias.

Jerónimo se quedó sin aliento.

—¿Qué noticias?

La mirada de Christian reflejó preocupación.

—Ha encontrado la ubicación.

El mundo se detuvo en ese instante, y los temores y esperanzas de Jerónimo giraron en un torbellino.

AL CRUZAR la puerta de la casa de Christian, ubicada en un idílico rincón de Inglaterra, uno se encontraba con un espacioso comedor de techo alto con vigas de madera oscura, otorgándole un aire rústico de otra época. De las paredes colgaban cuadros de artistas contemporáneos reconocidos y fotografías en blanco y negro de diversas ciudades. Dominando la estancia, una mesa de nogal se extendía casi a lo largo del comedor, flanqueada en sus extremos por candelabros de cristal de una colección de Versace. Las sillas alrededor de la mesa, tapizadas en cuero burdeos, armonizaban con un sofá escandinavo del mismo tono y patas de madera clara.

Jerónimo y Christian estaban de pie a ambos lados de Philip, quien procedía a abrir su portátil.

La tensión crecía mientras la pantalla mostraba una serie de caracteres alfanuméricos.

—Cada correo tiene metadatos —comenzó Philip.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Christian mientras masajeaba la nuca de Philip.

—Son como huellas digitales —explicó—. Uno de esos datos es la dirección IP del remitente, que es como una dirección postal en el mundo digital. Te da una idea general de su ubicación. Aunque hay que tener en cuenta, como ya os dije, que la dirección IP podría estar asociada con un servidor proxy o VPN, lo que complicaría determinar la ubicación exacta. Como es este caso.

Las palabras IP, VPN y proxy no tenían mucho sentido para Jerónimo.

—¿Y qué implica todo eso? —preguntó.

—Significa que, aunque la dirección IP te da una idea desde dónde fue enviado el mensaje, determinar su origen exacto requiere más investigación. He cruzado esa información con otros datos y patrones de envío para determinar su origen exacto —continuó Philip.

—¿Y? —insistió Jerónimo.

Este hizo un gesto dramático antes de responder.

—Será mejor que os sentéis.

Sintiendo la tensión en el aire, Jerónimo tomó asiento, con la mirada clavada en la pantalla, esperando la revelación de Philip.

El reloj en la habitación marcaba el paso del tiempo con un tic-tac persistente y cada segundo parecía prolongarse infinitamente.

Philip, tras estudiar atentamente la pantalla, finalmente rompió el silencio:

—Aquí está —dijo señalando una hilera de números.

Jerónimo entrecerró los ojos.

—No lo veo. ¿Qué es eso?

Después de una breve pausa, Philip anunció:

—Copenhague. El correo fue enviado desde Copenhague.

Christian parpadeó sorprendido y Jerónimo sintió una súbita sensación de vértigo.

—¿Copenhague? —La voz de Jerónimo temblaba.

—Jero —dijo Christian con tono preocupado.

—No puede ser casualidad —declaró Jerónimo, mirando la pantalla en busca de algo que le diera sentido—. Necesito encontrar a Erik.

Philip intervino:

—La dirección IP indica Copenhague, eso es cierto, pero hay algo que no cuadra. Este encabezado está cifrado de manera muy sofisticada. No parece el trabajo de una persona común que simplemente quiere enviar un correo.

—Entonces, ¿qué sugieres? —Jerónimo estaba claramente alterado.

Philip suspiró.

—Alguien intenta ocultar la verdadera fuente del mensaje. Copenhague podría ser solo una distracción.

—O una trampa —añadió Christian.

—No puedo quedarme sin hacer nada —replicó Jerónimo con firmeza.

—Jero, te estás metiendo en la boca del lobo.

—No. Creo que ya estaba metido hace tiempo. Es hora de salir. Y no voy a salir de la boca del lobo sin Erik. Tengo que encontrarlo.

—¿No quieres que lo investigue la policía?

—No puedo quedarme quieto —dijo rotundo.

—Entonces iré contigo —ofreció Christian.

Aquella proposición era muy tentadora. Después de un profundo silencio, Jerónimo respondió:

—Quiero que te quedes en Londres y llames a la policía. Esto es algo que tengo que hacer yo.

Christian cerró los ojos y murmuró algo en danés, mostrando su frustración.

Philip observaba a los amigos desde la mesa con una mezcla de admiración y preocupación.

—A veces es necesario escuchar a aquellos que nos quieren.

—Lo sé —admitió Jerónimo—, pero hay caminos que uno debe recorrer solo.

AL ANOCHECER, Jerónimo aterrizó en el aeropuerto de Kastrup, situado en la isla de Amager, a escasa distancia del centro de Copenhague y conectado con Malmö, Suecia, por el puente del Öresund.

Después de pasar por el control de pasaportes, se dirigió a la estación de trenes. Descendió por la escalera mecánica hacia las vías y esperó el tren, que llegó a los pocos minutos.

A esa hora de la noche, el vagón estaba casi vacío. En una esquina, una joven con auriculares estaba absorta en su móvil, y al otro lado, una pareja de ancianos compartía una tranquila charla. Una melodía sutil y calmada resonaba en el ambiente, mientras pantallas, colocadas a intervalos regulares a lo largo del vagón, destellaban con información en danés e inglés, anunciando la próxima parada. Sería un trayecto corto de quince minutos parando en las estaciones de Tårnby y Ørestad hasta la estación central de Copenhague, Københavns Hovedbanegård.

Durante el recorrido, Jerónimo revisó su móvil, pero aún no había noticias de Philip.

Bajó del tren y atravesó la estación central de Copenhague, un edificio histórico de ladrillos rojos y grandes ventanales que había sido testigo del paso del tiempo desde 1911.

Para Jerónimo era volver a su segunda casa. Nada había cambiado desde el día que llegó huyendo de su Valencia natal en España hacía veinte años. La esencia de esta vieja estación seguía ahí y le recordaba a Jerónimo que el pasado era a veces difícil de borrar y mucho más difícil todavía era perdonar.

Apenas puso el pie fuera de la estación central, una ráfaga de aire frío le saludó. En frente, el majestuoso parque de atracciones Tivoli se alzaba ante él. Las luces del parque brillaban como estrellas en la tierra, y el bullicio de las risas y la música del carrusel evocaba recuerdos de las ferias de su infancia.

Jerónimo comenzó su marcha por la calle Bernstorffgade, dirigiéndose al hotel. Un enjambre de bicis venía de todas las direcciones. A medida que avanzaba, el bullicio del centro se iba apagando hasta que finalmente llegó a Cabin City, un hotel moderno con habitaciones de tamaño reducido y diseño minimalista. Las luces cálidas del vestíbulo ofrecían un refugio del frío exterior. Al aproximarse, Jerónimo escuchó el murmullo de conversaciones y el tintinear de copas en el bar del hotel. Después del largo día, sabía que había llegado al lugar adecuado para relajarse. Recogió la tarjeta electrónica y accedió a una habitación cuyo ancho era equivalente al largo de la cama.

Exhausto tanto física como mentalmente, decidió darse una ducha antes de ir a dormir.

El baño, casi del tamaño de un aseo de avión, presentaba un diseño funcional: el suelo hacía

también las veces de desagüe para la ducha. El agua caliente le proporcionó un alivio instantáneo de las tensiones acumuladas durante el viaje.

Se secó, se vistió con una bata del hotel y, al acercarse a la cama, notó una luz parpadeante en la pantalla de su teléfono: una llamada perdida de Christian.

Su corazón latió un poco más rápido.

De inmediato, devolvió la llamada, esperando oír la voz familiar de su amigo, pero no fue Christian quien respondió.

—Jerónimo, soy Philip —dijo con voz educada—. Siento no haber podido llamarte antes.

—¿Encontraste algo? —preguntó él con expectación.

—Estoy trabajando en ello. La dirección IP que rastree está vinculada a varios *hotspots* públicos.

Jerónimo frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Significa que la persona que pudo enviar el correo, lo hizo desde lugares que ofrecen acceso gratuito a internet, como cafeterías, bibliotecas o parques.

—¿Puedes ser más preciso?

—Hay una ubicación que destaca. Parece ser... sí, es la Universidad de Copenhague.

—¡La universidad! —repitió Jerónimo, tratando de recordar si Erik tenía alguna conexión con esa institución—. ¿Estás seguro de que es allí?

Philip hizo una pausa y Jerónimo pudo percibir la tensión en su voz antes de responder:

—La única garantía que puedo darte es que la dirección IP proviene de Copenhague y con una fuerte recurrencia en la zona de la universidad. Es lo mejor que tengo. Ahora, Christian quiere hablar contigo.

—Jovencito, ¿cómo estás?

—Cansado, pero bien —respondió Jerónimo.

—He llamado a la policía y están haciendo preguntas. Ya sabemos oficialmente que la desaparición de Erik no ha sido un error administrativo. —Hizo una pausa—. Jero, prométeme que tendrás cuidado y me llamarás con cualquier novedad y antes de tomar cualquier decisión impulsiva.

—Te lo prometo. De verdad, Chris, estoy más tranquilo. Solo necesito descansar. Mañana pasaré por la Universidad de Copenhague.

Jerónimo se tomó el último ansiolítico con la esperanza de poder dormir unas horas. No estaba más tranquilo, pero no quería preocupar a su amigo. La idea de investigar en la universidad le revivía malos recuerdos.

JERÓNIMO SALIÓ temprano del hotel caminando en dirección a la Universidad de Copenhague. La brisa fresca rozaba su piel, recordándole el inconfundible clima nórdico. Era una mañana fría de verano en una ciudad de calles adoquinadas, canales y bicicletas.

La universidad, con casi cuarenta mil estudiantes, en su mayoría mujeres, se distribuía en diferentes campus por la ciudad, cada uno con sus propias bibliotecas especializadas. La ubicación que recibió de Philip pertenecía al campus Søndre ubicado en la isla de Amager, perteneciente a la Facultad de Humanidades.

Tras comprar un bollo de chocolate danés y un café, cruzó el puente Langebro hacia la universidad. Mientras caminaba, las memorias de su pasado en Dinamarca inundaron su mente. Había huido de Valencia y encontrado refugio en este país cuando apenas había cumplido los veinte. Tras informar a su familia que estaba bien, pasaron años hasta que regresó a Valencia.

En Dinamarca, empezó desde lo más bajo, fregando platos en concurridos restaurantes, mientras se empapaba del idioma danés en las calles, mercados y bares. Fue admitido en la Universidad de Copenhague, donde se graduó con honores en filología con especialidad en lingüística comparada. Las estrellas parecieron alinearse a su favor cuando el departamento de Románicas le ofreció continuar su doctorado.

Pero un escándalo sacudió su vida.

Un prominente catedrático con ambiciones políticas fue expuesto públicamente por la prensa del país por corrupto y metieron a Jerónimo como uno de sus jóvenes amigos de compañía.

Aunque era un montaje, la sombra de la duda se cernía sobre él. Su círculo más cercano lo sabía, sus compañeros también lo sabían, pero en un juego de reputaciones, la universidad no quiso correr el riesgo. Jerónimo, el profesor más joven y prometedor de la Facultad, fue expulsado para proteger el nombre del departamento. Decidió viajar por Chile y Argentina, esperando que la situación se calmase. Pero a su regreso, las puertas de la universidad permanecieron cerradas.

Un día, un catedrático cercano a su jubilación lo buscó para hablar con él. Por petición de un miembro de la policía, querían destapar la verdad de lo que pasó. Jerónimo aceptó. Estaba dispuesto a contar todo lo que sabía si eso pudiera ayudar a avanzar con la investigación y así poder limpiar su nombre y reincorporarse al departamento otra vez.

Pero el destino tenía otros planes.

Tras una noche de alcohol en el *pub* gay Masken de Copenhague, despertó aturdido en una cabina de una sauna gay en el corazón de Londres sin recordar cómo llegó allí.

Estaba desnudo, con una toalla y la llave de una taquilla en una banda de goma en la muñeca. Allí encontró su mochila y su ropa, limpia, doblada, y una nota que ponía en inglés:

«*Stay in London*».

«Quédate en Londres».

Se vistió, se acercó a recepción y preguntó cómo había llegado hasta allí. El recepcionista de la sauna lo miró como si estuviera loco. Jerónimo insistió, pero no sacó nada en claro.

Paseó por las orillas del Támesis ese día tratando de recordar qué pasó la noche anterior. Estaba convencido de que alguien lo había drogado y llevado a Londres para silenciarlo. Era evidente que alguien no quería que su versión de la historia sobre el supuesto catedrático corrupto con aspiraciones políticas fuese conocida. Además, nadie creería que salió una noche de fiesta por Copenhague para despertar al día siguiente en Londres. Nadie creería su historia y él no conseguía acordarse de qué pasó. Nadie podría ayudarle. Y el miedo se apoderó de él.

Estaba solo.

Hizo caso de la nota y se quedó en Londres, su nuevo refugio. Podía desaparecer entre la multitud de esta gran ciudad, esconderse. Ser el hombre invisible.

Solo volvió a Copenhague un par de días para recoger algo de ropa, algunas pertenencias y documentos importantes. Dio de baja el contrato de alquiler y devolvió la llave al casero dentro de un sobre. No se despidió de nadie y volvió a Londres.

Jerónimo continuó andando absorto en sus pensamientos. Atravesó el puente Langebro, se dirigió hacia Island Brygge y finalmente llegó a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Copenhague.

La biblioteca tenía la forma de una caja de zapatos cubierta por grandes paneles de cristal. Con la luz del sol de la mañana, daba la impresión de que el edificio brillaba por sí mismo.

Cruzó el espacioso atrio de entrada, donde grupos de estudiantes conversaban animadamente, muchos con tazas de café en la mano. Los jardines circundantes ofrecían bancos y zonas de descanso para los alumnos.

Al entrar a la biblioteca, un silencio profundo lo recibió. Las grandes estanterías se elevaban hasta el techo repletas de libros. Las mesas estaban ocupadas por estudiantes absortos en sus lecturas. La luz natural, que se filtraba por los grandes ventanales, se combinaba con las lámparas de diseño moderno suspendidas del techo, creando un juego de luces y sombras.

A pesar de la aparente calma, Jerónimo sentía una tensión en el aire. Había venido en busca de respuestas y esperaba descubrir alguna pista entre esos pasillos y estanterías.

Se acercó a la bibliotecaria, una joven de trenzas *hippies*.

—Cómo pasa el tiempo —sonrió Jerónimo—. Soy un antiguo alumno de la Facultad de Humanidades. Estudié Filología Española. Mi pareja, Erik, también estudió aquí, en el departamento de comunicación audiovisual.

La bibliotecaria parecía no entender el propósito de esa información.

—Para entrar en la biblioteca —le dijo—, necesita su tarjeta de miembro de la universidad.

—No es la razón por la que estoy aquí —explicó Jerónimo sacando su móvil para mostrar una foto de Erik—. Busco a este hombre. Desapareció en Londres, donde vivimos, y una pista me trajo aquí.

Ella echó un vistazo a la foto.

—¿Policía?

—No, soy traductor en paro. Él es mi pareja.

—¿Y lo busca en esta biblioteca? —preguntó extrañada—. Aquí solo entran estudiantes.

Además, ya le he dicho que necesita la tarjeta de miembro de la universidad.

Jerónimo bajó los hombros, derrotado.

—Lo sé, pero es mi única pista.

—Su rostro no me es familiar.

—¿Estás segura? ¿No ha habido nadie nuevo o diferente que haya captado tu atención en los últimos días?

—La biblioteca acoge a cientos de estudiantes a diario. Sería difícil recordarlo.

—¿Podría hablar con ellos?

—Eso me metería en problemas.

—Entiendo.

—¿Y por qué lo busca en esta biblioteca? —preguntó ella con curiosidad.

—Recibí un correo suyo y un amigo experto en informática averiguó que la ubicación de la dirección IP pertenecía a esta biblioteca.

Al escuchar aquella historia, la bibliotecaria parecía escéptica.

Jerónimo le dio las gracias y se fue.

La sensación de incertidumbre se intensificó en él. Cada pista que seguía parecía conducirlo a un callejón sin salida. Si la señal provenía de esa biblioteca, pero Erik no había estado allí, ¿qué estaba pasando realmente?

Se quedó en la puerta y preguntó a varios estudiantes que entraban. O lo miraban con cara de no entender, o simplemente negaban con la cabeza. Desde dentro, la bibliotecaria lo observaba mientras levantaba el teléfono. Comprendió que era hora de irse antes de meterse en problemas. Allí estaba completamente solo en su búsqueda. Pasó el día caminando de un extremo a otro por el campus Søndre, organizando y reorganizando sus ideas pero era como caminar por un laberinto sin salida.

Se sentó junto al canal y contempló sus aguas cuando recibió dos mensajes de Christian. El primero contenía un enlace a una ubicación en el mapa de Google. Al ampliar, vio que señalaba un punto en la isla de Amager, cerca de la universidad. El latido de su corazón se aceleró. Sin embargo, fue el segundo mensaje el que realmente lo sacudió:

«Hej...».

«No quiero perderte a ti también. Te estás jugando la vida. Cuídate».

Jerónimo tragó saliva, se agarró a las correas de la mochila y, con la cabeza ligeramente inclinada, avanzó con determinación hacia la ubicación que le había mandado su amigo.

SIGUIENDO la ubicación que le mandó su amigo Christian, Jerónimo llegó a un quiosco de barrio con un letrero fuera que ponía: CyberKaffe ved Søndre. Era una tienda que permanecía abierta hasta altas horas de la noche, sirviendo como punto de encuentro para jugadores en línea y estudiantes que decidían disfrutar de unas cervezas cualquier día de la semana.

Al abrir la puerta, a Jerónimo se le escapó un gemido mientras observaba que, a lo largo de la pared izquierda, se alineaban ordenadores modernos con amplias pantallas, sillas ergonómicas y auriculares con cancelación de ruido. Ahora sabía que el mensaje de Erik había sido enviado desde uno de esos ordenadores. Sintió un hormigueo en las manos, con la sensación de estar cerca de algo.

A pesar de no ser un lugar espacioso, se había aprovechado al máximo cada rincón. En la parte derecha, había estanterías repletas de diversas variantes de *lakrids*, un caramelo salado que combinaba el regaliz con la sal de amoníaco, dándole un sabor intenso, salado y, para Jerónimo, repulsivo. Los daneses se lo podían comer por kilos y llegaban vivos al día siguiente.

No muy lejos, se encontraban las famosas *flødeboller*, un dulce compuesto por una base de galleta y una generosa capa de espuma azucarada cubierta de chocolate. Además, el quiosco ofrecía revistas y periódicos daneses y, a un lado, una nevera con cervezas nacionales de las marcas Tuborg y Carlsberg.

—*Hej* —saludó un joven detrás de un mostrador con una caja registradora antigua.

Su apariencia juvenil sugería que podría ser un estudiante universitario trabajando a tiempo parcial. Estaba viendo un clásico del cine americano en la pantalla de una televisión antigua: *Frenético*, protagonizada por el actor Harrison Ford. En ella, un médico estadounidense llegaba a París para una conferencia y, tras un breve descanso en su hotel, descubría que su esposa había desaparecido sin dejar rastro.

Jerónimo apretó los labios, reflexionando sobre las ironías de la vida. Su atención se centró en una carpeta gruesa con páginas desgastadas. Hipnotizado, posó su mano sobre el registro.

—*Twenty danish crown per hour* —le informó el joven en inglés que costaba veinte coronas danesas por hora.

—*Tak ska' du have* —respondió Jerónimo dándole las gracias en danés.

El joven dependiente mostró sorpresa.

—Pensé que eras un turista.

—¿Por mi apariencia?

—No. Por tu edad. La gente mayor no suele venir a cibercafés a menos que sean turistas.

—¿Turistas de mi edad? —replicó Jerónimo.

—Solo quería decir que no vemos muchos turistas por aquí.

—¿Y has visto a alguno recientemente?

—Hoy no.

—¿Y otros días?

El joven lo miró con desconfianza.

—¿Por qué lo preguntas?

Jerónimo sacó su móvil y mostró una foto de Erik.

—Es un amigo. Lo estoy buscando —explicó.

El empleado frunció el ceño.

—Pues esa cara no me dice nada.

Jerónimo miró la foto de Erik con esa mirada que conseguía hacer que su corazón palpitase más fuerte.

—Pues a mí me dice mucho... ¿Eso qué es?—dijo Jerónimo con tono inocente, señalando el registro mientras guardaba el móvil.

El dependiente pareció sorprendido por la obviedad de la respuesta.

—El registro de la gente que usa los ordenadores y aquí anotan si han tenido algún problema con la conexión o cualquier cosa. Mi jefe es de los antiguos.

—Lo pregunto porque quizás mi amigo se hubiera registrado ahí.

Antes de que el joven pudiera responder, Jerónimo añadió:

—Escucha, el esposo de mi amiga ha desaparecido. Podría estar en peligro. Ayúdame y podrías ayudar a salvar una vida—dijo Jerónimo con un tono dramático que rozaba una mezcla de ridículo y de desesperación a partes iguales.

El joven dependiente miró a la pantalla, donde Harrison Ford corría desesperado por París.

Sus ojos saltaron entre la película y Jerónimo. Finalmente, cedió.

—Mira lo que quieras.

Jerónimo pasó las páginas buscando la fecha y la hora, y sintió un globo hincharse dentro del estómago cuando vio el nombre de Erik Vinterberg, pero explotó al darse cuenta de que aquella letra no era la de su pareja.

Su esperanza se transformó en temor.

—¿Has encontrado algo?

Jerónimo tardó unos segundos en salir del trance. Quien hubiera estado en ese cibercafé, no era Erik.

—No. No he encontrado nada y nunca estuve aquí, ¿entendido?

El dependiente levantó ligeramente las manos en señal de acuerdo.

—Tranquilo.

El joven retiró el libro con las entradas, pero Jerónimo, con la rapidez de un gato, puso sus manos encima.

—Espera —dijo mientras sacaba su móvil. Cuadró la cámara y le hizo una foto a la misteriosa letra.

Después de salir del café, la noche había caído. Las calles estaban prácticamente desiertas.

Con cada paso que daba, sentía que alguien lo estaba observando. Una paranoia que no había experimentado antes se apoderó de él. Se ajustó la bolsa de viaje, subió la solapa de su cazadora y aceleró el paso. La adrenalina empezó a bombear en sus venas, haciendo que, casi sin darse cuenta, comenzara a trotar. Pronto, estaba corriendo hacia su hotel. Cuando finalmente llegó,

cerró la puerta con fuerza, colocó una silla contra ella y se sentó en la cama, jadeando y mirando fijamente aquella puerta.

No podía dejar de preguntarse si alguien sabía que estaba en Copenhague y, peor aún, si quien había enviado el correo electrónico sabía exactamente en qué hotel se encontraba.

Christian tenía razón. Alguien estaba jugando con él.

Cogió todas sus cosas y salió de la habitación, dirigiéndose directamente a la recepción.

—¿Podría cambiarme a otra habitación más grande, quizás en una planta más alta, por favor?

AL ENTRAR en su nueva habitación, Jerónimo cerró las cortinas con un movimiento brusco. Arrastró el escritorio hasta bloquear la entrada. Miró fijamente la puerta, esperando que en cualquier momento se abriera. Pero estaba decidido: no dejaría que lo vencieran.

Se sintió acorralado, como un animal en una esquina. El temor y la paranoia eran fantasmas que lo acechaban y no lo dejaban escapar. Con la respiración agitada y el corazón latiendo con fuerza, se sentó en el suelo, a los pies de la cama.

No hacía ni una semana que había estado en el apartamento de St Katharine Docks, empaquetando su vida para trasladarse a una casa inglesa en la comarca de Essex. Esperaba a Erik, pero un maldito accidente de tráfico dejó a su pareja en coma en un hospital de Londres. No tenía que haberle metido prisa.

La paranoia se transformó en rabia al recordar a Erik. Golpeó el suelo con el puño, frustrado e impotente. Se sintió furioso con el mundo. Erik tenía que estar vivo y lo encontraría. No iba a rendirse, no podía dejar que el amor de su vida desapareciera sin más.

Cerró los ojos, y por un instante, el sonido sordo de sus latidos fue todo lo que pudo escuchar. En esa oscuridad, imágenes de Erik inundaron su mente. Recordó sus sonrisas compartidas, las caricias furtivas en lugares públicos, las charlas nocturnas que duraban horas. Cada recuerdo era como un cuchillo que se clavaba en su pecho, recordándole lo que estaba en juego.

Mandó la foto a su amigo Christian con un mensaje que decía:

«Hej...».

«Hola. Alguien firmó en el libro de entradas del cibercafé con el nombre de Erik».

Pasó el móvil de una mano a otra como si estuviera ardiendo, esperando la respuesta de Christian. Poco a poco, su cuerpo se fue desplomando en un duermevela, hasta que el móvil vibró en su mano, sobresaltándolo.

—Jero, ¿estás bien?

Jerónimo le contó la visita al cibercafé y que alguien escribió el nombre de Erik Vinterberg en el libro de visitas, aunque no coincidía con la letra de su pareja.

—Vuelve a Londres —le urgió su amigo.

Jerónimo acarició el anillo con runas que descansaba en su pecho, un regalo de Erik, y contestó:

—Sabes que no puedo. No me iré hasta encontrarlo.

—Eres muy terco.

—Erik me contó una vez que tuvo un profesor de universidad que le dijo que destapar la verdad de una historia para sacarla a la luz era tarea de titanes, y solo los cabezones firmaban la victoria.

—No me gusta ese profesor.

—Chris, tenías razón. Sea quien sea, está jugando conmigo, pero yo no voy a salir de la cueva sin Erik. Tiene que haber algo más que pueda hacer.

Hubo un breve silencio.

—Tengo que contarte que la policía está investigando el asunto y me llamarán en cuanto sepan algo y yo... he encontrado algo. —Christian hizo una pausa antes de pronunciar las siguientes palabras—: Hay alguien en la universidad que conoce a Erik. Se llama Poul Pedersen.

Jerónimo apretó más fuerte el móvil.

—¿Poul Pedersen? ¿Quién es? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Se oyó un suspiro al otro lado de la línea.

—Porque no lo sabía. En un artículo que Erik publicó para el New York Times, vi el nombre de Poul Pedersen como colaborador. Trabaja en la Universidad de Copenhague, en el departamento de medios visuales. Es la única persona que se me ocurre que pueda saber algo sobre lo que estaba trabajando.

Jerónimo respiró hondo.

—Gracias. Iré a verle mañana temprano. ¿Cómo está Philip?

—Vaya, es la primera vez que preguntas por él. ¿A qué se debe el honor?

—Bueno, me cae mejor ahora.

—Es porque ahora te ha echado una mano desinteresada.

—Quizás lo juzgué muy rápido.

—Quizás —repitió Christian—. Ahora quiero que prestes atención y hagas algo antes de presentarte en la universidad otra vez. No conocemos a ese Poul Pedersen. Tienes que hacerlo como yo te diga y no quiero que me cuestiones nada. ¿Entendido?

—Está bien —aceptó Jerónimo con voz vacilante.

—Mañana temprano dejarás el hotel. Después, dirígete a la calle Strøget y compra una camisa y una chaqueta en la tienda H&M. Luego, busca una barbería en Istedgade, aféitate la barba y córtate el pelo. Tienes que cambiar tu apariencia. Por último, en esa misma calle, vete a una tienda de *sex shop*. Apunta la dirección.

—¿Te has vuelto loco?

—Te dije que no me cuestionaras nada —replicó Christian—. Toma nota. Quiero que preguntes por Mikkel. Dile que vas de mi parte y que necesitas protección. Guarda lo que te dé en el bolsillo de la chaqueta, en la parte izquierda. Eres diestro y así te será más fácil usarlo si lo necesitas.

—¿Qué tipo de protección?

—Nada serio. Tú sigue mis instrucciones. Además, sé que vas justo de dinero, así que te haré una transferencia.

—Pero...

—Es hora de que te tragues el orgullo, jovencito —interrumpió Christian con firmeza—. ¿Vamos a discutirlo?

—No.

—Bien, entonces haces lo que yo te diga. Sigue todas las instrucciones al pie de la letra. Recuerda, se llama Mikkel. ¿Lo tienes todo claro?

—Creo que sí.

—Una vez que hables con Poul, quiero que me llames de camino al aeropuerto.

—Un momento. ¿Qué aeropuerto?

—El único que hay en Copenhague. Te enviaré un billete de vuelta a Londres para mañana por la noche. No quiero que pases ni un minuto más de lo necesario en Copenhague. Y por último, no salgas de la habitación. Llama a recepción, pide algo de comida y que te traigan un par de botellas de vino.

—¿Qué celebro?

—Que vas a dormir como un bebé y mañana te levantarás fresco como una rosa. El vino te relajará, pero no abuses o tendrás resaca. Hasta mañana.

Jerónimo le dio las gracias a su amigo y colgó. Mañana estaba todavía muy lejos.

EL SOL de la mañana apenas asomaba en el horizonte cuando Jerónimo descorrió las cortinas de la habitación del hotel, y con un nerviosismo palpable, se preparó para su encuentro con Poul Pedersen.

Siguió las instrucciones de Christian al pie de la letra. Se sumergió bajo el chorro de agua caliente, dejando que el vapor envolviera su cuerpo y que la humedad disipara sus preocupaciones, aunque fuera momentáneamente. Al terminar, recogió sus cosas, bajó a recepción y efectuó su salida.

Con paso decidido, se dirigió a la calle Strøget, ubicada en el corazón de Copenhague. Esta icónica calle era famosa por ser una de las vías peatonales más extensas y concurridas de Europa. Se extendía desde la emblemática plaza del Ayuntamiento, Rådhuspladsen, hasta la elegante plaza de Kongens Nytorv, sede del distinguido teatro real.

A medida que Jerónimo avanzaba, los edificios históricos que flanqueaban la calle parecían susurrarle historias de tiempos pasados. Las fachadas ornamentadas y los tejados a dos aguas contrastaban con escaparates de marcas internacionales y las coquetas *boutiques* locales que exponían la esencia del diseño danés.

Minutos antes de que abrieran la tienda H&M, Jerónimo se bebió un café mientras engullía dos bollos hojaldrados daneses rellenos de crema y bañados en una generosa capa de chocolate, cuyo tamaño rivalizaba con donuts americanos. El estrés le daba hambre. Al terminar, tiró el café a la papelera, se limpió las manos y la boca y entró en la tienda.

Era el primer cliente de la mañana.

Optó por una camisa gris claro y una chaqueta de corte moderno azul marino, abandonando su usual estilo de camiseta y cazadora de cuero.

Retomó su camino por la calle empedrada, cruzando la plaza del Ayuntamiento y el parque de Tivoli, hasta llegar a Istedgade, calle famosa por sus innumerables tiendas de *sex shop* y ambiente bohemio, donde entró a una auténtica barbería turca.

Siguiendo las instrucciones de Christian, pidió un corte de pelo y afeitado completo. El barbero tenía ganas de hablar con él y se interesó por su nacionalidad. Al saber que Jerónimo era español, intentó entablar una charla sobre fútbol, compartiendo con él sus conocimientos y opiniones. No obstante, Jerónimo, sin ánimo para conversar del tema, bromeó diciendo que prefería hablar de los jugadores de *rugby*. El comentario pareció confundir al barbero y no entendió la broma.

Al verse reflejado en el espejo, un desconocido le devolvió la mirada. Afeitado y con el pelo

mucho más corto, parecía más joven. Solo en apariencia. Los ojos se veían más hundidos y cansados y su piel aún más pálida, sin barba, como si la preocupación lo hubiera drenado de color. En estos seis días parecía haber envejecido seis años.

Miró hacia la calle a través del cristal, observando a los transeúntes. Un hombre con gorra estudiaba la lista de precios y una mujer preguntaba por una dirección.

Al salir a la calle, la paranoia se enredó en él como una telaraña pegajosa.

Con su nueva apariencia, Jerónimo llegó hasta la tienda de *sex shop* que Christian le había indicado.

Extraño lugar, pensó.

Empujó la puerta y un aroma a vainilla y látex le dio la bienvenida. Las paredes, de un rosa fuerte, estaban llenas de estanterías que exhibían juguetes para adultos de todos los tamaños y colores.

Siguiendo las instrucciones de Christian, se acercó al mostrador y preguntó por Mikkel.

—Soy yo —respondió un hombre de ojos saltones y tripa prominente, que parecía una versión masculina de una *madame* de burdel ya jubilada—. ¿Qué quieres?

—Vengo de parte de Christian.

—No conozco a ningún Christian —dijo cruzando los brazos con una mueca exagerada de sorpresa.

Jerónimo se lamió los labios intentando recordar las palabras que debía decir:

—¿Tienes fragancia de... rosas que viene en botellas pequeñas? —preguntó inseguro.

El dependiente de ojos saltones lo observó de arriba abajo.

—Ahora sí que conozco a Christian. —Se acercó más a Jerónimo como si fuera a darle un beso—. Jazmín. Fragancia de Jazmín. La fragancia de rosas pasó de moda.

El hombre con ojos saltones se agachó, sosteniéndose del borde del mostrador, y sacó de la vitrina uno de los vibradores más grandes.

—¿De qué conoces a Christian? —preguntó Jerónimo.

El hombre lo miró con curiosidad.

—¿De qué lo conoces tú?

—Es mi amigo.

—¿No te ha contado de qué nos conocemos?

Jerónimo negó con la cabeza.

—No.

—Pues mejor que no lo sepas.

Desenroscó la tapa del vibrador y sacó un pequeño bote.

—¿*Poppers*? —preguntó Jerónimo extrañado.

El dependiente de ojos saltones y tripa prominente soltó una carcajada, mostrando sus dientes amarillentos.

—Todo lo que tienes de machote, lo tienes de ingenuo. ¿Cuántos *poppers* habrás probado tú en tu vida? —Dejó caer la pregunta con un tono sarcástico.

—¿Tengo que responderte?

—No. Toma. —Le extendió el pequeño bote—. Es un *spray* de pimienta. ¿Eres diestro?

—Sí —respondió, intentando comprender la situación.

—Aquí —dijo, señalando con el dedo al corazón de Jerónimo— ¿Puedo?

Jerónimo se mantuvo inmóvil durante unos segundos y, antes de darle una respuesta, el dependiente abrió su chaqueta y guardó el *spray* de pimienta en el bolsillo interior con un gesto

lento y delicado, como saboreando el momento, mientras paseaba la mirada por los botones desabrochados de la camisa de Jerónimo.

—¡Uf! Cómo me ponen los hombres peludos —dijo con olor a nicotina en el aliento.

Jerónimo dio un paso rápido hacia atrás y las manos del viejo dependiente quedaron suspendidas en el aire. Este carraspeó formando una sonrisa burlona en los labios.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —preguntó con un tono dulzón.

Jerónimo apretó ligeramente los puños, se dio la vuelta y salió por la puerta.

El dependiente lo llamó:

—Me acuerdo de ti. No tenías tanto pelo hace veinte años. Christian siempre dijo que eras muy atractivo.

Jerónimo se dio la vuelta con ganas de partirle la cara a ese viejo baboso.

—Te confundes con otra persona. Christian y yo nos conocimos en Londres.

El dependiente de ojos saltones y tripa prominente abrió la boca, pero no dijo nada. Se giró con la gracia de una cantante de ópera ofendida y desapareció detrás de unas cortinas de tiras negras de plástico.

Acto seguido, Jerónimo se subió a un autobús con dirección a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Copenhague.

JERÓNIMO BAJÓ del autobús y fue hasta a la entrada principal de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Copenhague. Entró en el espacioso y luminoso vestíbulo de corte minimalista que servía de punto de bienvenida para estudiantes, profesores y visitantes. En las paredes se podían ver carteles y pantallas electrónicas que anunciaban eventos académicos, conferencias y exposiciones que se llevaban a cabo en la Facultad. Se dirigió al mostrador de recepción y preguntó por el departamento de medios audiovisuales. Sin que nadie le detuviera, avanzó por el pasillo con una sensación de nerviosismo. Subió la primera planta y al llegar al departamento, se acercó a unos jóvenes sentados en sillas y en el suelo haciendo un trabajo en grupo y preguntó por la oficina del catedrático Poul Pedersen.

—Ahora está dando clase —dijo uno.

—Ah, aquí viene —señaló otro estudiante y, luego, preguntó—: ¿De dónde eres?

—España.

—Mi abuela era de España.

—La mía también. Gracias.

Volver a ese lugar hacía que los recuerdos se agolparan en la mente de Jerónimo, algunos buenos y otros no tanto, todos con ese sabor agri dulce de un pasado que solo volvía al presente en el recuerdo de la memoria. A pesar de ello, Jerónimo sentía como si estuviera en un lugar completamente nuevo. No había caras que reconociera, ni nadie que lo reconociera a él. Lo único que parecía inmutable era el olor a libros y a comida de cantina, así como el flujo constante de estudiantes.

Por el pasillo caminaba un hombre de pelo rubio, gafas azules y una corbata de colores vivos mal ajustada.

—Perdone que lo asalte así de esta manera. Me llamo Jerónimo —se presentó—. Necesito hablar con usted. Es urgente.

—¿Nos conocemos? —dijo el catedrático sin ocultar su sorpresa.

—No, pero me gustaría hacerle unas preguntas sobre Erik Vinterberg.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Jerónimo. Vengo de Londres. Soy su pareja.

Poul se quedó pensando unos segundos y su expresión se suavizó.

—¿Cómo está Erik?

Jerónimo apretó la mandíbula antes de responder.

—No está. Por eso quiero hablar con usted. —Se rascó una barba que ya no tenía y sintió la

piel irritada—. Lo que le voy a decir puede sonar extraño. Erik tuvo un accidente de tráfico. Fue puesto en coma inducido y, días después, su cuerpo desapareció. Creo que su desaparición tiene que ver con un trabajo de investigación que estaba haciendo. ¿Podemos hablar?

Poul cerró los ojos durante unos segundos. Cuando los abrió dijo:

—Por favor, hálame de tú. Acompáñame a mi oficina.

Después de recorrer varios pasillos y escaleras, y cruzarse con numerosos estudiantes, llegaron a la oficina de Poul. En la puerta había un letrero que decía en inglés:

«*The truth is out there. So... just interrupt me during visiting hours*».

«La verdad está ahí afuera. Así que... interrúpmeme solo en horas de visita».

Entraron en la oficina y Poul cerró la puerta con llave.

Lo primero que llamó la atención a Jerónimo fue la gran cantidad de pósteres y fotografías que adornaban las paredes. Las imágenes mostraban escenas de manifestaciones, eventos periodísticos y momentos clave de la historia reciente. Algunos de los pósteres estaban firmados con agradecimientos de colegas de la profesión y activistas.

—Siéntate —invitó Poul.

El escritorio era grande y estaba hecho de madera chapada, sobre el cual se apilaban papeles, libros y revistas. Además, había un ordenador portátil y varias libretas con anotaciones y dibujos hechos a mano.

—¿Quieres té o café?

—Café, gracias.

Mientras Poul preparaba el café, Jerónimo echó un vistazo a las estanterías llenas de libros sobre periodismo, política y sociedad con títulos en varios idiomas. También notó una serie de plantas en macetas coloridas que añadían un toque de frescura a la habitación. En una esquina, había un pequeño sofá cubierto con una manta tejida en tonos alegres.

—Trabajo mejor aquí que en casa —dijo Poul—. A veces incluso paso la noche. Toma.

Jerónimo sostuvo la taza de café pesada y de forma irregular, hecha a mano.

—¿Cuál es tu especialidad? —preguntó.

—Aparte de enseñar a estudiantes que a veces ni saben por qué se levantan por la mañana, investigo áreas como la narrativa mediática, la propaganda y la representación de eventos internacionales en los medios.

—¿Y eso cómo se entiende?

—Soy la palanca que ayuda a levantar la tapa de un váter lleno de mierda. Es decir, una vez que el periodista da con ese váter, le aconsejo acerca de cómo exponer esa noticia públicamente. ¿Erik nunca te habló de mí?

—Nunca me habla de su trabajo —respondió Jerónimo— o de las personas relacionadas con él hasta que el artículo sale publicado. He tratado de no insistir al respecto.

Poul asintió.

—Conocí a Erik después de terminar los estudios hace unos diez años. He colaborado con él en algunos proyectos, proporcionando análisis mediáticos y ayudando a comprender las representaciones en los medios. —Se ajustó sus gafas azules—. ¿En qué puedo ayudarte?

Jerónimo carraspeó.

—Erik desapareció un día después de ser ingresado y puesto en coma inducido por un accidente de tráfico. Primero el hospital pensó que se trataba de un error administrativo debido a un fallo en el sistema informático, pero ahora la policía está investigando. —Jerónimo sacó su móvil y le mostró el correo que recibió el día después de la desaparición de Erik—. La dirección

es el nombre del restaurante donde cenamos en nuestra primera cita. Fue enviado desde un cibercafé aquí en Copenhague. Tiene que ser Erik.

Poul se puso las gafas y leyó el correo:

Aloo_Tama_4@gmail.com

«Jero, du er i fare. Skynd dig hjem til Essex, Erik».

«Jero, estás en peligro. Vuelve a casa en Essex, Erik».

—Te avisa de que estás en peligro.

—Lo sé.

Poul se quitó las gafas y se reclinó en su silla de oficina antes de responder.

—Pero, ¿cómo pudo enviarte un correo si estaba en coma?

—Es la única pista que tengo. Nadie más sabe de nuestra primera cita en ese restaurante y...

—Jerónimo omitió el significado del número cuatro—. Sé que no pudo ser otra persona.

—¿Y nadie sabe nada?

—Nadie.

—¿Y cómo puedo ayudarte?

—Necesito saber qué estaba investigando.

Poul se quedó mirando a Jerónimo unos segundos.

—No lo sé —dijo al final—. Hace más de medio año que no hablo con él. No tengo idea de en qué estaba involucrado.

Jerónimo abrió la boca, pero solo se le escapó un suspiro. Sintió que había perdido el tiempo. Se levantó despacio dándole las gracias.

—Bueno, no te molesto más.

—Espera —dijo Poul. Reflexionó un momento mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa de oficina—. ¿Sabes desde qué cibercafé se envió el correo electrónico?

—Primero creímos que se hizo desde la biblioteca de la universidad, pero alguien lo mandó desde un cibercafé a pocos minutos de aquí. Es lo único que tengo —explicó Jerónimo sin mucho entusiasmo en la voz.

Entonces, Poul se levantó.

—Llévame a ese cibercafé —dijo mientras cogía la chaqueta.

Jerónimo miró el reloj. Faltaban cuatro horas para su vuelo de vuelta a Londres. Tenía tiempo de hacer una última visita antes de volver a casa.

POUL ENTRÓ en el cibercafé y dejó una bolsa de *ladkris* y un billete de diez coronas danesas sobre el mostrador.

Jerónimo se quedó junto a él.

—*Hej*, no te he visto por clase esta semana —le comentó Poul al dependiente, que estaba inmerso en un videojuego.

Este alzó la mirada al escuchar la voz de su profesor.

—He estado enfermo —respondió el estudiante, apartando el videojuego.

—Te daré una extensión. Tienes hasta el lunes para entregar el primer boceto de tu proyecto.

¿De acuerdo?

El joven asintió agradecido y escaneó la bolsa de *ladkris* para cobrarla.

Jerónimo se quedó mirando el libro de entradas dónde encontró el nombre de Erik.

El profesor volvió a hablar con su alumno.

—Esas cámaras, ¿funcionan? —preguntó señalándolas.

—Supongo —contestó el estudiante.

—En el periodismo uno no supone, tiene que estar seguro.

—Creo que sí.

—Entonces, nos gustaría revisar las grabaciones del... —Poul miró a Jerónimo.

—Domingo entre las 14:00 y las 16:00 de la tarde —terminó la frase con tensión en el estómago.

El joven le reconoció.

—¿Eres policía? —le preguntó.

Jerónimo lo miró fijamente y decidió jugar esa carta. Se inclinó hacia el mostrador y, llevando un dedo a los labios en señal de silencio, susurró:

—Tú sigue con tu videojuego. Será rápido.

—Profe, si llega el jefe, ¿qué le digo?

—Dile que me dejaré ganar al bádminton este fin de semana —respondió Poul con una sonrisa cómplice.

El estudiante asintió, señaló una puerta al final del local para que entraran y continuó jugando con el videojuego.

Jerónimo siguió a Poul.

La habitación desprendía un aire de abandono. A la izquierda, había estantes de metal con productos del quiosco: paquetes de chicles, galletas y caramelos. Abajo, refrescos. Del otro lado,

había una escoba gastada, productos de limpieza y un viejo calentador eléctrico en una esquina que zumbaba suavemente. En el centro, una mesa desgastada sostenía un monitor antiguo conectado a la cámara de seguridad, cuya imagen mostraba el quiosco con un tono verdoso. Junto al monitor, había una pila de recibos y un viejo teléfono con cable.

Jerónimo se quedó de pie mientras Poul se inclinaba hacia el monitor. Sus dedos se deslizaron rápidamente sobre los botones, ajustando y calibrando el dispositivo con precisión.

—Aquí está —dijo después de un rato.

Jerónimo se inclinó para ver mejor, aunque no reconoció la figura en la pantalla.

—No sé quién es —admitió.

—Déjame hacer un par de preguntas —dijo Poul y, acto seguido, llamó al joven dependiente para que entrara.

El corazón de Jerónimo se paró por un momento y una oleada de emoción lo envolvió.

—¿Recuerdas algo más de ese hombre? —le preguntó Poul a su alumno señalando la pantalla.

El chico miró la imagen y se quedó pensando.

—Pagó un par de horas, pero solo estuvo diez minutos. Me dijo que me quedara con el cambio y luego se fue.

—¿Cómo era? —preguntó Jerónimo.

El joven se rascó la cabeza.

—Tenía el pelo despeinado. La camisa era muy hortera y no sé. No me acuerdo de más. Un tío raro.

Una vez en la calle, Poul se detuvo y miró a Jerónimo:

—Creo que sé quién es —dijo—. Cuando vi las imágenes del monitor, intuí quién podía ser. Con la descripción, ahora estoy seguro. Es Marius, un antiguo compañero mío de la universidad. Desconocía que tuviera algún vínculo con Erik. Es más, no tenía idea de que Marius se relacionara con alguien.

—¿Por qué dices eso?

—Tomaba drogas como todos hemos hecho alguna vez, pero él no supo parar. Eso y que se le secó el cerebro leyendo demasiadas teorías de la conspiración.

—¿Cómo puedo encontrar a ese Marius?

—Después de terminar con la universidad, intentó trabajar en Copenhague, pero no tuvo éxito. Se mudó a un pueblo llamado Stokkemarke, en la isla de Lolland.

—¿Eso está a un par de horas en coche?

—Exacto.

Jerónimo miró el reloj.

—Tendré que posponer mi vuelo. Necesito hablar con él —dijo con determinación.

Poul lo observó con cierta inquietud.

—Perdí contacto con Marius hace años. No estoy seguro si aún vive allí.

—Es la única pista que tengo —respondió Jerónimo.

POUL PROPUSO LLEVAR a Jerónimo a Stokkemarken en su coche. Durante el viaje, Jerónimo jugueteó nervioso con su móvil, debatiendo si llamar a Christian para contarle que iba perder el avión de vuelta a casa. Finalmente, le escribió:

«*Hej Chris...*».

«Hola, Chris: Erik no envió el correo. Sé quién lo hizo y necesito hablar con él. Te llamo cuando tenga más información. Ahora estoy en la isla de Lolland. Estoy bien. No te preocupes».

No pasaron muchos minutos antes de que su teléfono vibrara. Era Christian. Tras explicarle todo, Jerónimo logró que su amigo aceptara la decisión.

—Estáis muy unidos —comentó Poul, manteniendo los ojos en la carretera.

—Más que un amigo, es como un padre para mí.

—¿Y tu familia?

—Viven en Valencia, España. Mi padre falleció poco antes de que me mudara a Copenhague.

—Vaya coincidencia —comentó Poul.

Jerónimo no respondió y se perdió en la contemplación del paisaje danés: casas de diseño nórdico tradicionales pintadas en tonos suaves que se fusionaban con el entorno natural.

Entraron en Stokkemarken, un pueblo pequeño con apenas quinientos habitantes y viviendas que se esparcían cerca del mar.

La casa donde vivía Marius estaba en las afueras, apartada de las demás.

Aparcaron fuera de la alambrada que rodeaba la casa. No vieron ninguna puerta o forma de poder entrar.

—Por aquí —indicó Poul, levantando un segmento de la cerca.

Al acercarse a la puerta, notaron un led rojo parpadeando en la parte superior. A pesar de llamar repetidas veces, no recibieron respuesta.

La casa mostraba signos evidentes del paso del tiempo: maderas desgastadas, tejas descoloridas y ventanas cerradas con gruesas cortinas que limitaban cualquier intento de mirar al interior.

Poul hizo un gesto para que Jerónimo guardara silencio.

Justo entonces, un ruido proveniente del interior en la parte trasera de la casa llamó su atención.

Mientras Poul se quedaba en la entrada, Jerónimo la rodeó y vio una figura tratando de escapar por la ventana.

Inmediatamente, se activaron unas alarmas y el sonido rompió el silencio. Hubo un momento de confusión.

—¡Está huyendo! —gritó Jerónimo, señalando hacia la parte trasera de la casa.

Un hombre corría desesperado.

Sin pensárselo dos veces, Jerónimo se lanzó tras la figura, esquivando árboles y arbustos.

Aquel hombre, en plena carrera, sacó unas bengalas de su bolsillo, encendiéndolas. El resplandor rojo deslumbró a Jerónimo, que se vio obligado a parpadear para recuperar su visión.

Poul se unió a él.

—¡Marius! Soy yo —le gritó para que reconociera su voz.

Juntos palparon el aire a ciegas, tratando de buscarlo a través del humo y la brillante luz. Cuando Jerónimo finalmente pudo ver con claridad, localizó a Marius ascendiendo una colina cercana. Sin perder tiempo, corrió tras él.

Desde la cima, Marius zigzagó por el prado para desaparecer detrás de un montículo de tierra.

A pesar del agotamiento, Jerónimo sacó fuerzas fruto de la desesperación y continuó la persecución. No sabía quién era ese hombre. No sabía si era peligroso. No sabía qué le podía pasar. Solo sabía que era su única pista de encontrar a Erik y no iba a dejar escapar esa oportunidad.

Al llegar a un arroyo, en un intento desesperado, Jerónimo saltó hacia delante, logrando agarrar a Marius por la pierna. Ambos cayeron al agua, luchando por el control. Jerónimo le roció con el *spray* de pimienta y, finalmente, logró inmovilizarlo en la orilla y se colocó encima de él mientras este luchaba por liberarse entre gritos y un ardor intenso en los ojos. Lo había atrapado.

—¡No me mates! —suplicó Marius entre jadeos mientras se frotaba la cara.

Poco después, un exhausto Poul llegó y ayudó a mantener a Marius controlado.

—No queremos hacerte daño —dijo Jerónimo—. Solo necesitamos hablar contigo.

Reconociendo la derrota, Marius se relajó.

—Soy Poul —le dijo mientras le ofrecía un pañuelo mojado en agua para que se limpiara los ojos.

—¿Y cómo sé que eres Poul?

—Porque estoy delante de ti, capullo. Tampoco he cambiado tanto desde la última vez que nos vimos. Tú, en cambio, estás hecho un trapo —respondió con una mezcla de humor y seriedad.

Marius se incorporó y se limpió el pantalón. Era un hombre de piel pálida, ojos cansados y aspecto gastado por la vida.

—Este es Jerónimo, la pareja de Erik, y quiere hablar contigo. ¿Te importa si vamos a tu casa y te hacemos algunas preguntas? —dijo Poul.

—No sé de quién me hablas.

Poul se acercó más a Marius con cara de pocos amigos.

—¿Es eso lo que te dijo Erik que dijeras?

—La negación es la primera táctica que se usa cuando te capturan —explicó, haciendo que Jerónimo y Poul intercambiaran una mirada de sorpresa.

—No tenemos tiempo para tus paranoias —dijo Poul con tono directo—. Aquí no hay nadie que esté capturado a menos que llame a la policía y se pase por tu casa para hacer inventario de la farmacia que tienes dentro.

Derrotado, Marius levantó la mano para que lo siguieran hasta casa.

—PASAD, pero no toquéis nada —dijo Marius con recelo, observando los movimientos de Jerónimo y Poul.

En el interior de la casa, la luz era tenue. Aquel lugar estaba repleto de pilas de periódicos antiguos, cintas VHS y libros sobre teorías de conspiración políticas, históricas y relacionadas con ovnis.

—Sentaos, pero repito: no toquéis nada —insistió Marius.

Jerónimo levantó las manos y se alejó de la estantería para sentarse en un viejo sillón al lado de Poul. En un rincón había una estufa de gas y una mesa de madera con documentos esparcidos y envoltorios de galletas y chocolatinas.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó Poul.

—Poca cosa —dijo secándose el sudor de la frente con una toalla descolorida—. Lo que sale por aquí a nivel local.

—¿Y Erik? —insistió Jerónimo.

—No lo sé. De verdad que no lo sé.

—Pero fuiste tú quien mandaste el correo y yo sé que tuvo que ser Erik quien lo escribió. ¿Dónde está ahora?

Marius dio un paso hacia atrás, moviendo los dedos nervioso y jugando con unas uñas sucias.

—Me lo pidió él.

Las palabras golpearon el estómago de Jerónimo con la fuerza de un boxeador asestando el golpe final.

—Entonces tienes que saber dónde está Erik.

Marius negó con la cabeza.

—No lo sé. Por eso te lo mandé.

—Explícate —ordenó Jerónimo.

—Hice lo que me pidió.

Poul intervino con voz más tranquila.

—Marius, siéntate y cuéntanos qué está pasando.

Él se sentó en una vieja silla y se preparó un porro de forma mecánica.

Ellos lo observaron.

—Pero sabes en qué estaba trabajando —confirmó Poul.

Marius asintió. Y cuando habló, destrozó el mundo de Jerónimo con cada palabra.

—Teníamos un trato —respondió mientras abría un cajón y sacaba un mechero. Encendió el

porro y le dio una larga calada.

—¿Y por qué Copenhague?

—¿Cómo que por qué? No estaría tan loco de mandar un correo desde el lugar donde vivo. ¿Habéis oído hablar de los satélites? Tampoco tengo ordenador, ni móvil de esos que llaman inteligentes. No es porque sea un nostálgico del pasado. Es porque sé la verdad. La tecnología, amigos míos, es la cadena invisible que nos mantiene atados, la herramienta más poderosa que tienen para vigilarnos, controlarnos o influir en nuestras decisiones. —Dio otra calada al porro y continuó hablando—. Hace años, trabajando como periodista, descubrí la punta del iceberg, los oscuros tentáculos de la vigilancia que se extienden por todos los rincones de nuestra vida cotidiana.

—También descubriste las anfetaminas —añadió Poul cruzándose de brazos.

Marius no le hizo caso y siguió hablando.

—La información es un arma más letal que cualquier espada o pistola. Cada vez que usas el móvil, dejas una huella, un rastro que ellos pueden seguir. Cada búsqueda que haces, cada mensaje que envías, cada foto que tomas, construye un perfil sobre ti, revelando tus secretos más oscuros.

—Por eso fuiste a Copenhague, para mandarme un correo haciéndote pasar por Erik.

—Yo solo hice lo que él me pidió.

—¿Por qué?

—Ese era el trato.

—Explícate —insistió Jerónimo.

—Porque no me llamó. —Marius dio otra calada al porro. Se levantó y les mostró un móvil antiguo con una pantalla monocromática—. Este es Erik: dos puntos, una raya y paréntesis.

—¿Una sonrisa?

—Exacto, un emoticono. Pasadas las cuarenta y ocho horas, si no recibía ningún mensaje de Erik, debía ponerte en alerta.

Jerónimo sabía lo que eso significaba y sintió el corazón acelerarse.

—¿Por qué tenías que actuar? —preguntó con la voz visiblemente afectada.

Marius dio otra calada más profunda al porro y, al expulsar el aire, su rostro se difuminó como la cara de un fantasma.

—Porque algo le había pasado a Erik y tú podrías estar en peligro.

Jerónimo sintió un puñetazo en el estómago que le hizo saborear la bilis en la boca. Observó las paredes cubiertas de recortes de periódicos, fotografías en blanco y negro, y mapas con hilos rojos que conectaban diferentes puntos y notas.

—¿Y en qué estaba trabajando Erik?

—¿De verdad lo quieres saber?

—¡Sí!

—Una organización involucrada en tráfico de órganos humanos.

La bilis se transformó en babas y Jerónimo quiso vomitar. Como si del cielo le hubiera caído una losa, entendió las visitas de Erik al café Costa, frente al Hospital St Mary, y sintió su cuerpo romperse en trozos.

—¿Qué más? —preguntó Poul, pero su voz parecía lejana.

Marius negó con la cabeza.

—No sé nada más.

Se hizo el silencio.

Jerónimo sintió que el lugar daba vueltas y empezó a ver chiribitas en la habitación.

—El hospital —murmuró, como si hablara consigo mismo—. Alguien en el hospital está detrás de todo esto.

Había perdido el avión y ahora también sentía que estaba más lejos que nunca de encontrar a Erik.

AQUELLA NOCHE, después de tomar el último avión de vuelta a Londres, Jerónimo se encontraba en St Katharine Dock. Ansiaba estar solo.

Al cerrarse la puerta tras él, el silencio del apartamento fue solo interrumpido por el leve chasquido del pestillo. Se quitó la chaqueta que se había comprado esa mañana en Copenhague y la dejó en el respaldo de una silla. Su mirada se posó sobre las cajas de mudanza que llenaban el comedor, apiladas hasta casi alcanzar el techo. Cajas que debían haber llegado ya a su nuevo hogar en Essex y llevaban etiquetas escritas con prisa: cocina, ropa de Erik, libros. Parecían fragmentos de una vida anterior, todavía esperando ser transportados. Cada mueble, cada caja, cada objeto acentuaba la ausencia de Erik, como un espejismo cruel de la vida que ambos deberían estar compartiendo.

De una de las cajas extrajo una taza y su cafetera, y se preparó un café. Mientras esperaba, llamó a Christian y le contó su encuentro con Poul y Marius, y sobre la peligrosa investigación de Erik relacionada con una mafia de tráfico de órganos.

Christian le aseguró que la policía ya estaba al tanto y que harían todo lo posible para encontrar a Erik.

El aroma del café lo reconfortó un poco. Con la taza en la mano, se acercó al rincón donde su portátil reposaba sobre un escritorio. Al encenderlo, la luz de la pantalla iluminó su rostro cansado. Inició su búsqueda en la página oficial del Hospital St Mary en Paddington. Hizo clic en la sección: acerca de nosotros, luego se desplazó hasta el menú desplegable y seleccionó: informes y publicaciones. Buscó detalles oficiales sobre su política de traslados y las estadísticas de admisión y alta de pacientes.

Encontró una serie de documentos PDF disponibles para su descarga, desde informes anuales hasta revisiones de políticas de atención al paciente. Aunque el lenguaje técnico y médico era denso, Jerónimo se sumergió en la lectura, buscando cualquier pista relacionada con Erik.

Continuó navegando, leyendo sobre los procedimientos de seguimiento del hospital para los pacientes dados de alta o transferidos, y las regulaciones que debían seguir para la eliminación de restos humanos.

Aprendió sobre las políticas de admisión del hospital, las condiciones para el traslado de un paciente a otro y el proceso de enviar un cuerpo a la morgue.

Guardó capturas de pantalla de información relevante y tomó notas detalladas. Sin embargo, al final de su búsqueda, confirmó lo que ya sospechaba. Las políticas eran claras: un paciente en coma no podía ser transferido a otro hospital a menos que su condición estuviera estabilizada, y

el cuerpo de un paciente fallecido solo podía ser trasladado a la morgue con la debida documentación.

El brillo de la pantalla del ordenador, reflejándose en sus ojos ahora rojizos y pesados, comenzaba a ser un constante destello molesto en la oscuridad del apartamento.

Jerónimo realizó búsquedas en varios motores, usando combinaciones de palabras clave como «desapariciones en hospitales» y «transferencia no registrada de pacientes». Navegó por los resultados, seleccionando los más relevantes para revisarlos con más detalle después. Era casi imposible que un paciente desapareciera de un hospital. Si sucediera, sería investigado minuciosamente por la institución y las autoridades. Quien estuviera detrás de estas acciones conocía el sistema lo suficiente como para eludirlo.

El agotamiento amenazaba con vencerlo, pero perseveró en su búsqueda.

La mayoría de las noticias eran meras especulaciones, pero un artículo antiguo sobre un paciente en coma que desapareció en Manchester captó su atención. La historia tenía similitudes con la de Erik, pero con diferencias en el tiempo transcurrido desde la desaparición. Aunque el hospital afirmó que el paciente había sido trasladado a otra instalación, los registros de ese traslado eran confusos y la familia nunca recibió una notificación oficial de dicha transferencia. A pesar de la investigación policial, el paciente fue localizado y todo se debió a un error administrativo.

En otro enlace, un foro sobre desapariciones sin resolver, un usuario compartía la historia de un familiar que desapareció bajo circunstancias similares en Liverpool. La policía sugirió que tenía relación con el crimen organizado.

Había estado buscando durante horas, sus ojos estaban muy cansados y secos por el resplandor de la pantalla.

Continuó recorriendo las pestañas abiertas, revisando cada detalle y capturando información relevante. De repente le llamó la atención una fotografía en grupo que le hizo detenerse en seco. Con las manos temblando, hizo clic para imprimir la imagen. Tomó una respiración profunda y sintió un hormigueo en la base de su columna vertebral. Fue ahí cuando las piezas del rompecabezas comenzaron a unirse.

El día del accidente de Erik, este lo llamó para decirle que llegaría con retraso. Un imprevisto había surgido en el trabajo. La policía llamó a Jerónimo para darle la fatídica noticia de que su pareja había tenido un accidente lejos de la ruta que hubiera tomado si hubiera ido directamente de Essex hasta el apartamento en St Katharine Docks. Pronto descubrió que el desvío que tomó estaba relacionado con la tienda de antigüedades, pero hubo un detalle que se le pasó. Una figura familiar en una de las fotos del hospital hizo que todo tomara sentido. Mirando aquella foto, supo que Erik no le estaba mintiendo, iba con retraso porque tenía que volver a la zona de Paddington, pero no para ir a la tienda de antigüedades.

Cuando vio aquella foto unió los puntos y recordó la conversación que había tenido con la dependiente del café Costa. Erik había frecuentado el área de Paddington porque visitaba el Hospital St Mary. Sabía a quién estaba investigando en secreto.

Miró el reloj. Ya era muy tarde.

Imprimió la foto, se puso su chaqueta y salió al frío de la noche londinense, llevado por la urgencia y la esperanza.

A pesar del cansancio y con el corazón latiendo con fuerza en el pecho, necesitaba hablar con la única persona que podría ayudarle a encontrar a Erik.

Bajó las escaleras y cuando llegó a la calle, se mareó de cansancio y cayó al suelo de la acera.

Eran más de las cuatro de la madrugada. Se arrastró de vuelta al apartamento y su cuerpo colapsó de cansancio durante unas horas hasta que recibió una llamada.

JERÓNIMO APENAS HABÍA CERRADO los ojos un par de horas cuando el sonido del móvil lo despertó. La luz parpadeante de la pantalla brillaba en la oscuridad de la habitación. Alargó el brazo y notó la camisa empapada en sudor. Con la mirada aún borrosa por el sueño, vio las llamadas perdidas y un mensaje de Christian:

«*Hvordan går det?*».

«¿Cómo estás?».

Aunque Jerónimo sintió la tentación de llamarlo, sabía que su amigo solo intentaría disuadirlo de su plan. Mejor que no supiera nada:

«Te hice caso. Llegué a casa muy tarde y voy a seguir durmiendo».

La respuesta de Christian fue inmediata:

«Mientes. Quédate en casa y no hagas tonterías. ¿O puedes venir a la mía...?».

Jerónimo contestó con un emoji durmiendo. Luego, fue al baño y el hombre que vio reflejado en el espejo parecía un extraño: demacrado, sin barba y con marcadas ojeras.

Después de ducharse y tomar varios cafés, pidió un taxi y regresó al Hospital St Mary.

Amanecía y las calles de Londres estaban silenciosas esa mañana.

La mezcla de adrenalina y café lo mantenía alerta y con una sensación de aprehensión en el estómago. Recordó a la mendiga, Ljudmila, que solía sentarse fuera de un café Costa frente al hospital, donde ella esperaba día tras día a que su marido saliera. Jerónimo ahora comprendía que quizás no estaba tan desequilibrada como pensó. Sin embargo, ese día, su rincón estaba vacío.

Entró en la cafetería y pidió un café con leche y una botella de agua, buscando en la mochila un ansiolítico, pero se dio cuenta que ya no le quedaba ninguno. Le hizo dos preguntas al camarero con cara de estrés y obtuvo una respuesta negativa en ambas. Le preguntó primero si tenía paracetamol, a lo que respondió que no era una farmacia.

—Creo que hasta ahí llego —dijo Jerónimo abriendo la botella de agua, y le hizo la segunda pregunta—: ¿has visto a una mendiga que suele sentarse fuera?

El joven camarero lo miró como si viniera de otro planeta.

Jerónimo no insistió y dejó que siguiera organizando las estanterías repletas de tazas, platos y otros productos de la franquicia. Salió a la calle y apoyó la espalda en la pared exterior de la cafetería, dando sorbos a su café mientras observaba el ajetreo de Praed Street.

La calle empezaba a llenarse de vida. Turistas con móviles capturaban cada detalle, maravillados ante la arquitectura y el bullicio urbano. Autobuses rojos de dos pisos pasaban

haciendo sus paradas rutinarias, recogiendo tanto a locales como a turistas. Un enjambre de jóvenes parecía haber hecho suya una esquina de la calle. A lo lejos, una pareja vestida con ropa deportiva fluorescente corría al unísono.

En esa inmensidad urbana, Jerónimo se sintió rodeado y a la vez increíblemente solo.

En medio del vaivén de la calle, un hombre que empujaba un carro de la compra lleno de bolsas de plástico descoloridas llamó su atención.

Era un mendigo, ajeno al bullicio.

Jerónimo terminó su café y se acercó al hombre. Un olor penetrante a sudor viejo y alcohol le golpeó la nariz.

—Tome —dijo Jerónimo, extendiendo un billete de cinco libras—. Estoy buscando a una compañera suya que suele sentarse fuera de esa cafetería y lleva una rosa blanca de plástico en el pelo.

El mendigo palpó el billete.

—¿Compañera mía?

—Bueno, o amiga o lo que sea.

—¿Del gremio?

—Sí, si es así como lo llaman. Del gremio.

Hubo un breve silencio. El mendigo levantó la mirada y Jerónimo, intentando disimular el fuerte olor, retrocedió un paso.

—Pues tengo mala memoria —dijo el hombre.

Jerónimo extrajo un billete de veinte libras y se lo ofreció.

—¿Y esto le ayuda a recordar?

El mendigo lo miró detenidamente, luego alzó la vista hacia él y, tras unos segundos, guardó el billete.

—No sé de quién me hablas, lo siento.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó Jerónimo, irritado.

—No. No sé quién es. Pero si dices que se pone por aquí, seguramente estará en Little Venice durmiendo la mona.

—¿Algún otro sitio más dónde buscar?

—Si es del gremio y no está por aquí, tiene que estar allá.

ANTES DE DIRIGIRSE A LITTLE VENICE, Jerónimo pasó por el supermercado de la estación de Paddington. Compró sándwiches, cervezas Brewdog, vodka Imperial y *whisky* Scots Club. Con sus compras en mano, se encaminó hacia los canales.

Little Venice, o la Pequeña Venecia, se encontraba justo detrás de la estación de Paddington. Era famosa por su red de canales, que durante la Revolución Industrial sirvieron como vías de transporte de mercancías por toda la ciudad. Estos canales albergaban barcazas y botes que se habían convertido en casas flotantes, muchas de ellas habitadas permanentemente y decoradas con encanto, repletas de plantas y otros adornos. Los puentes bajos y los sauces llorones que se inclinaban sobre el agua añadían un toque mágico al lugar.

Con el sonido relajante de las aguas chocando contra los pilares de piedra del fondo, Jerónimo caminó por el borde del canal buscando a la mendiga Ljudmila.

Sosteniendo la bolsa del supermercado, pasó bajo un puente que se arqueaba sobre el canal como un anciano encorvado. Al otro lado, encontró un grupo de mendigos acampando sobre cajas de cartón dentro de un saco de dormir de color poco definido por la cantidad de manchas y suciedad.

Apretó más fuerte la bolsa y se acercó al grupo, que no le hizo mucho caso. Se quedó parado un rato buscando con la mirada a Ljudmila.

El primer mendigo que le llamó la atención era un hombre de mediana edad con piel curtida y barba descuidada que cubría su rostro. A su lado, una vieja bicicleta oxidada se mantenía en pie, cargada de bolsas y objetos variopintos que parecían formar todo su patrimonio. La siguiente figura era una mujer joven con un perro flaco en sus brazos. Su pelo rubio, ahora empapado de suciedad, se enredaba en rastas que caían desordenadas sobre su espalda. Un poco más lejos, un hombre corpulento con una cicatriz en la mejilla y tatuajes difuminados sostenía una lata de cerveza. Pero fue la cuarta figura la que hizo que el corazón de Jerónimo latiera con fuerza: la mendiga a quien buscaba. Acurrucada en una esquina y con una rosa blanca de plástico en el pelo.

Se acercó y, arrodillándose a su lado, depositó la bolsa de la compra en el suelo que había traído.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Jerónimo.

La mendiga pareció despertar de un sueño. Parpadeó y se enderezó, tratando de alisar su enmarañado cabello, que evidenciaba la falta de cuidado.

Jerónimo intentó ignorar el penetrante olor a alcohol y suciedad que emanaba del lugar.

—¿Eso qué es? —inquirió ella con su acento eslavo, señalando la bolsa.

—Es un regalo para ti y tus amigos, pero a cambio necesito que me ayudes. Estoy buscando información sobre un doctor del Hospital St Mary. Hablé con él hace unos días.

El rostro de la mendiga cambió de inmediato. Sus ojos, que parecían dos gotas de mercurio bajo su desordenado cabello, reflejaron una mirada penetrante. Rápidamente, guardó su bloc de notas bajo los cartones.

—Ni loca —dijo de manera tajante, encogiéndose en su manta—. Vete de aquí.

A lo lejos, otros mendigos murmuraron quejas por haber sido despertados.

Jerónimo aguantó la respiración.

—Yo también estoy loco. He perdido a alguien a quien quiero con locura y necesito tu ayuda. Busco a un doctor —insistió, mostrándole la foto y alumbrándola con la luz de su móvil.

Ella se cubrió con la manta, intentando esconderse.

—Déjame en paz.

Los gruñidos de los otros mendigos resonaron, incluso alguien le tiró un cartón de vino vacío, pero Jerónimo hizo caso omiso. No se iba a rendir tan fácilmente. Volvió a insistir quitándole la manta.

—Necesito que mires esta foto.

Ljudmila se incorporó otra vez, su mirada oscilando entre Jerónimo y la foto.

—No quiero meterme en problemas. Ya te lo he dicho —respondió, tumbándose de nuevo en la cama hecha de cartones.

—Sabes quién es. Lo sabes y necesito saberlo yo también.

Otro mendigo gruñó en señal de advertencia, pero Jerónimo no se iba a ir sin averiguar cómo encontrar a ese misterioso doctor.

—No sé nada —respondió Ljudmila mientras revisaba la bolsa que había traído Jerónimo y sacaba la botella de vodka.

—¿Me permites ver tu bloc de notas? —pidió, intentando mantener la calma.

Ella lo miró detenidamente, sopesando si podía confiar en él o no. Sin decir palabra, abrió la botella y bebió un trago, después tomó un sándwich y compartió el resto con uno de sus compañeros.

—¿Tienes algo? —le preguntó ella.

—¿Algo de qué?

—Me duele la cabeza.

—A mí también. Si te vienes conmigo, paso por la farmacia y compro algo para los dos.

Ljudmila alzó la botella de vodka en respuesta.

—Esto me basta por ahora —dijo, tomando otro trago como si fuera agua.

Jerónimo se sentó en un bloque de hormigón al lado de la mendiga, que sostenía la botella de vodka Imperial entre sus rodillas y ofrecía una lata de cerveza a una anciana cercana.

—Estoy buscando a Erik —dijo Jerónimo con tono apagado.

—¿Erik? ¿Hombre o mujer?

—Hombre danés.

—¿Otros familiares?

—Yo

—¿Tú eres?

—Su pareja.

—¿No tienes familiares?

—No.

Ljudmila soltó una carcajada estridente.

—¿De qué te ríes?

—Lo han vuelto a hacer.

—¿Hacer qué?

—Se lo han llevado. Primero te dicen que está en otro hospital. Luego que nunca salió de allí. Y finalmente que ha sido trasladado a la morgue. Para entonces, ya han hecho desaparecer el cuerpo.

Jerónimo se acercó más a la mendiga con una bomba en el estómago a punto de explotar.

—¿Algo más que yo no sepa? —No podía ocultar la desesperación en su voz.

—El mismo patrón siempre. Personas en coma, mejor si no tienen familia, y mejor aún si son extranjeros. Londres es una selva; la gente entra y sale, y el anonimato es una espada de doble filo.

—¿Y tu marido?

—Alekséi desapareció hace 786 días.

Jerónimo observó a Ljudmila, viendo el dolor marcado en su rostro.

—¿Qué pasó?

Con cariño, Ljudmila tocó una gastada alianza en su dedo anular.

—Lo mismo que a tu Erik. Tuvo un accidente de tráfico y fue ingresado en cuidados intensivos en el Hospital St Mary. Pocos días después, desapareció.

—¿Llamaste a la policía?

Ella negó con la cabeza.

—Somos de Bielorrusia. Entramos sin papeles en Inglaterra. Si no hay trabajo, no hay permiso. Si no hay permiso, no hay trabajo.

Jerónimo la observó mientras ella abría su bloc de notas, lleno de números y palabras apenas legibles, y sacó una foto.

—Este es Alekséi —le mostró la foto de un hombre con una sonrisa afable. La tomó, sintiendo empatía al ver la tristeza en la mirada de Ljudmila.

Jerónimo cerró los ojos, mordiéndose el interior de su mejilla mientras luchaba contra la ola de impotencia que amenazaba con arrastrarlo.

Ella lo miró durante un largo momento antes de beber un trago de la botella. Luego señaló la foto que tenía en la mano.

—Creo que la esposa de ese doctor ha estado hospitalizada desde hace unos meses.

Jerónimo respondió sin dudar:

—Quiero hablar con ella.

Tras un breve silencio, Ljudmila habló:

—Habitación 43B. El doctor termina su turno a las 18:00 de la tarde.

Jerónimo asintió, agradecido.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó.

Ljudmila se puso de pie, con cierto aire de importancia.

—Los mendigos somos seres invisibles para muchos. Tanto ese doctor como sus compañeros suelen pasar a menudo por la cafetería frente al hospital y, cuando menos te lo esperas, se ponen en la puerta para hablar por el móvil de cosas que no harían delante de nadie. Trapos sucios, críticas a colegas y conversaciones con amantes. Te puedo contar historias de mal gusto que escucho cuando hablan por el móvil, confiados de que nadie los oye. —Hizo una pausa y se

acercó más a Jerónimo. Sus ojos brillaban con más intensidad—. ¿Por qué crees que me paso allí las horas? Un día, a alguien del hospital se le escapará algo que me ayude a encontrar a Aleksei.

Jerónimo se rascó la barbilla. No sabía si Ljudmila estaba rematadamente loca o era una mujer rematadamente inteligente. Lo importante era que tenía la información que necesitaba y no había tiempo que perder.

JERÓNIMO SE DETUVO FRENTE al Hospital St Mary. El aire del mediodía le acariciaba y cada bocanada traía consigo una sensación de incertidumbre, como un oscuro presagio.

Cargado de desesperación, su mente navegaba en una maraña de recuerdos y pensamientos. Se dirigió al pequeño supermercado del hospital y compró un ramo de rosas rojas. No sabía quién era la mujer a la que visitaría, pero esperaba que las flores funcionaran como distracción. El aroma dulce de las rosas llenó el ascensor mientras subía al primer piso.

Al llegar, observó a dos enfermeras charlando en la recepción.

Se quedó de pie a un lado, apretando el teléfono contra su oreja y fingiendo estar en medio de una llamada importante. Con el ramo en mano, aguardó el momento propicio. Cuando las enfermeras se retiraron, Jerónimo avanzó. Echó un último vistazo al pasillo antes de dirigirse a la habitación 43B. El número en la puerta parecía desafiarlo. Tragó saliva, sintiendo el corazón latiendo en la garganta, y entró.

Dentro, una mujer estaba medio tumbada, levantó la mirada de su libro y se encontró con la de Jerónimo. Marcó la página, lo cerró y sonrió con serenidad y cortesía. No había rastro de miedo o ansiedad en sus ojos, solo una curiosidad que dejó a Jerónimo perplejo.

—Pase —le invitó ella con una voz calmada.

Él avanzó titubeante con el ramo apretado en sus manos.

La mujer tenía un cabello muy rubio y fino, piel pálida y ojos azules acuosos. Una cadena plateada con un colgante de paleta de pintor adornaba su cuello.

—Esas rosas son preciosas. ¿Son para mí? —preguntó con una sonrisa amable. Su voz tenía un matiz germano que le confería elegancia—. ¿Cuál es su nombre?

—Me llamo Jerónimo —respondió, mordiéndose el labio al darse cuenta de su error.

—¿Español? —inquirió con astucia. Jerónimo se sintió delatado por su acento—. Yo soy Elisa Vogel. Siéntese, por favor.

Atraído por la enigmática presencia de la mujer, tomó asiento.

Ella deslizaba sus dedos cansados sobre las tapas de un libro de acuarela con la portada de la estatua de Peter Pan.

—Hay un jarrón en el baño —indicó—. Llénelo con agua y ponga las rosas allí. Me encantan las rosas rojas, aunque suene a cliché. ¿Tiene alguna flor favorita?

Jerónimo se tocó la barbilla.

—La margarita de prado —respondió, dubitativo—. ¿Le interesa la pintura?

Ella miró el libro en la mesita.

—En algo tengo que matar el tiempo. Es paradójico, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—A eso, matar el tiempo. ¿Cuál es su historia?

—¿Mi historia? —preguntó Jerónimo confuso.

—Supongo que la mía no es diferente a la de cualquier otra persona en este lugar. Estoy enferma, esperando un milagro que quizás nunca llegue.

—¿Qué milagro es ese?

—Un donante de riñón. Pero es improbable. No van a usar un riñón sano en mí —dijo. Su voz se desvanecía y una sombra cruzó su rostro. Acarició la portada del libro con la imagen de la estatua de Peter Pan de Kensington Gardens—. Todos tenemos sueños que cumplir. Mi marido siempre tiene esperanza. Pero quizás sea solo una fantasía para ambos.

Algo oscuro se retorció dentro de Jerónimo.

—¿Cómo está tan segura?

—Míreme —dijo inclinándose hacia él—. Cualquier día ya no lo cuento, pobre de mi marido. Estoy viva por él.

Jerónimo sintió un nudo en el estómago al oír sus palabras.

—Debe quererla mucho.

Ella sonrió con tristeza.

—Tiene un corazón que no le cabe en el pecho. Pero no estoy segura de cuánto tiempo puedo durar. Supongo que él... él siempre ha sido más fuerte que yo.

El silencio volvió a caer entre ellos.

—Nunca tuvimos hijos —señaló—, pero no fue un vacío en nuestras vidas. ¿Tiene hijos?

Jerónimo negó con la cabeza.

—¿Dónde está su marido? —preguntó finalmente.

—De viaje. No le gustan los hospitales. ¿Podría ayudarme a incorporarme?

Jerónimo sabía que la mujer mentía. Mientras la asistía, percibió el dolor en cada movimiento de ella.

—No le entretengo más. ¿Vino a cambiar la sonda?

Jerónimo retrocedió.

—He venido a hablar de su marido.

—¿Es usted enfermero? —preguntó con tono cauteloso y la sospecha bailando en sus ojos cansados.

Jerónimo volvió a negar con la cabeza.

—Necesito saber quién es su marido.

—Le he dicho que está de viaje. ¿Por qué?

Él miró el libro puesto en la mesita y no supo qué inventarse, así que fue sincero con ella.

—Estoy buscando a mi pareja Erik, y a lo mejor su marido sabe dónde está.

—No le entiendo.

—Yo tampoco, pero quizás su marido, sí.

Ella abrió más sus ojos azules acuosos.

—No debería estar aquí.

—No quería incomodarla.

—Pero lo ha hecho. Por favor, váyase.

JERÓNIMO SALIÓ del hospital y tomó asiento en la cafetería Costa. Acariciaba la taza de café con los ojos clavados en la calle frente al hospital. Cada detalle del ajeteo londinense estaba amplificado por su atención hipersensible. El tintinear de las cucharillas, el murmullo de las conversaciones, la risa de un niño al fondo, todo formaba una sinfonía que resonaba con su creciente expectativa.

Esperaba a alguien. Alguien que podía ayudarle. Tenía un plan. Un plan desesperado, pero le daba igual. En momentos desesperados, había que tomar decisiones desesperadas. Se prometió a sí mismo que iba a encontrar a Erik y lo que prometía Jerónimo, lo cumplía, o por lo menos lo intentaba.

Ahí llegó ella: la mendiga. Ljudmila apareció, sentándose en su lugar habitual con un bloc de notas en la mano.

Al verla, terminó su café de un trago, compró otro, un agua y un sándwich, y salió apresuradamente del local en dirección a ella.

—Hola —saludó.

Ljudmila, sentada en el suelo, levantó la vista hacia él. Después de unos segundos de silencio, ella desvió la mirada, con esa expresión neutra que la gente suele adoptar frente a un mendigo.

Jerónimo se inclinó y le ofreció el café, el sándwich y la botella de agua.

Ella aceptó solo el café.

—No lleva azúcar, como te gusta —indicó—. ¿Tienes hambre?

Ella negó con la cabeza y dio un sorbo.

—A mí los problemas me dan hambre —comentó Jerónimo, dándole un bocado al sándwich. —Necesito un favor.

—No se habla con la boca llena —lo corrigió ella sin quitar la vista de la entrada del hospital. Dio un sorbo al café mientras su otra mano reposaba sobre la libreta llena de garabatos.

Jerónimo sonrió, un tanto sorprendido.

—Tienes razón. —Se sentó a su lado—. ¿Qué harías para encontrar a tu marido?

Ella cerró su cuaderno.

—Todo. Estaría dispuesta a todo. ¿Y tú?

Sin dudarlo, Jerónimo respondió:

—Yo también. Así que quiero que prestes atención.

Ljudmila escuchó el plan de Jerónimo. A medida que él hablaba, los ojos de la mendiga se

iluminaron con esperanza y determinación. Al finalizar, sin previo aviso, ella tomó el sándwich de las manos de Jerónimo, pillándolo por sorpresa.

—A mí los problemas también me dan hambre. Y creo que vamos a tener unos cuantos, salga bien o mal tu plan de locos.

Jerónimo se puso de pie.

—Te lo he dicho, estoy dispuesto a todo.

—Y yo —respondió Ljudmila, extendiendo su mano para que la ayudara a levantarse.

Una vez de pie, Jerónimo observó la apariencia desaliñada de la mendiga.

—Pero lo primero, necesitas una ducha y ropa limpia o no te dejarán entrar en el hospital.

Ambos, con determinación en sus ojos, llegaron a la estación de Paddington, abarrotada y bulliciosa. La atmósfera estaba cargada con el murmullo constante de las conversaciones y el eco distante de los trenes llegando y saliendo. Aquí y allá, los quioscos y tiendas ofrecían una variedad de servicios, desde café y bocadillos hasta revistas y flores.

Le pidió a Ljudmila que se quedara en la puerta y entró en una tienda de ropa. Le compró unos pantalones negros de corte recto, una blusa de algodón color crema y unas zapatillas de suela plana. A pesar de las supuestas ofertas, sintió que había pagado de más por comprar en una estación tan popular. Luego, la acompañó hasta las consignas al lado de la vía doce. Allí había instaladas unas duchas para aquellos viajeros que llegaban en trenes de larga distancia y deseaban refrescarse antes de continuar con su día en Londres.

Jerónimo se acercó al mostrador. Ella lo siguió detrás con la cabeza baja como si quisiera pasar desapercibida, lo cual era muy difícil por su ropa andrajosa y sucia.

—Va conmigo —le dijo al recepcionista. Pagó por una ducha para Ljudmila, quien se dirigió hacia ella con una bolsa de ropa limpia—. Cuando salgas, si no estoy, te quedas esperando. Volveré.

Media hora más tarde, a pesar de haberse demorado haciendo la última compra, Ljudmila no estaba allí como acordaron. Se acercó al recepcionista y le preguntó por la mendiga, pero o no entendió a Jerónimo, o estaba demasiado ocupado mirando el móvil.

Con un andar tranquilo, salió Ljudmila transformada en una nueva mujer. Atrás quedó la imagen de la mendiga; ahora se presentaba como una mujer limpia, vestida decentemente, aunque con marcas visibles de la vida dura en la calle.

—Vuelvo a ser yo —dijo ella, mirándose en el reflejo del cristal.

Ljudmila era de belleza estándar, sin pretensiones. Su rostro seguía serio por el tiempo que estuvo tirada en la calle buscando a su marido y la vida de la calle envejece a las personas.

—Me alegro —dijo Jerónimo y le entregó un viejo móvil y un objeto envuelto en plástico—. ¿Puedes ocultar esto?

Ella asintió y, tras un breve momento en el baño, regresó haciendo un gesto como si hubiera realizado un truco de magia.

Estaba lista.

De vuelta al hospital, Ljudmila señaló una pequeña entrada en el patio interior.

—Ahí es —dijo.

Jerónimo frunció el ceño.

—No hay nadie ahí.

—Lo sé. Pero siempre sale por esa puerta con su café para llevar.

Como un reloj suizo que marcaba la hora, aquel doctor de estatura alta y apariencia distinguida salió de una puerta contigua, caminando con pasos largos como sus piernas, absorto

en sus pensamientos y sin percatarse de la amenaza que se cernía sobre él.

—Sabes que es arriesgado lo que vamos a hacer. ¿Estás segura? —preguntó Jerónimo.
La mendiga simplemente asintió, preparándose para lo que vendría a continuación.

AL CONCLUIR SU TURNO, el doctor Jakob Schmitt salió del hospital mientras Ljudmila se colaba dentro.

La persecución había comenzado.

A simple vista, Jerónimo se veía diferente: sin barba y usando gafas de sol en una tarde que amenazaba con nubes. Aunque el disfraz resultaba algo forzado, no se parecía al Jerónimo que había conversado con el doctor días antes.

Unos pocos metros por delante, el doctor andaba absorto, haciendo el trayecto rutinario del trabajo a casa.

Jerónimo, sin perderlo de vista, atravesó Praed Street y pasó por hoteles y casas adosadas de estilo victoriano. Las calles estaban salpicadas de lluvia y aunque estaba anocheciendo, había suficiente visibilidad, lo que permitía a Jerónimo no perder de vista a su objetivo y asegurarse de mantener una distancia prudente.

El recorrido los llevó hacia el Hyde Park, pero el doctor se detuvo delante de la estación de metro de Lancaster. Pasó los tornos y esperó el ascensor junto a varios transeúntes.

Jerónimo hizo lo mismo, con discreción. Una vez dentro del ascensor, evitó el contacto visual con el doctor y, cuando las puertas se abrieron, siguió caminando a una distancia prudente, mezclándose con el grupo de gente a través de un laberinto de pasillos.

En pocos minutos llegaría el metro con dirección a la estación de Ealing Broadway.

Jerónimo simuló leer un periódico que encontró en un banco mientras se subía al vagón detrás del doctor. Se sentó entre dos pasajeros, una mujer mulata de aspecto cansado y un joven asiático con el pelo de colores. No bajó el periódico, que sostenía como un escudo de protección.

Las paredes del vagón, curvadas para adaptarse a los estrechos túneles subterráneos, estaban decoradas con el enorme mapa del metro de Londres y anuncios variados: desde próximos estrenos teatrales en el West End hasta anuncios de aplicaciones móviles o servicios locales. Pese a no ser hora punta, el vagón estaba considerablemente lleno.

Sentado al otro lado, el doctor se recostó en el cristal con mirada perdida. Luego, cerró los ojos, ofreciendo a Jerónimo un momento de alivio.

En medio del murmullo de conversaciones, la vibración del tren y el sonido de las ruedas chirriando contra las vías envolvían a los pasajeros. Se dirigían al oeste de Londres. Durante el viaje, una voz anunciaba las estaciones: Queensway, Notting Hill Gate, Holland Park, Shepherd's Bush... Y recordaba a los pasajeros: *mind the gap*, cuidado con el hueco.

Al llegar a la estación White City, el doctor abrió los ojos y se puso de pie. Jerónimo, con

disimulo, también se levantó. Pero, al abrirse las puertas, el doctor no salió. Ese cambio le chocó y fingió mirar su móvil mientras volvía a su asiento. Tenía una llamada perdida de Christian y un mensaje que decía en mitad danés e inglés:

«*Nej! Really?*».

«¡No! ¿En serio?».

Jerónimo respondió al mensaje preocupado de su amigo, aunque no llegaría hasta que hubiera cobertura una vez en la calle:

«Estoy en el metro, luego te llamo».

Las puertas se cerraron y el viaje continuó hasta la estación de East Acton, donde finalmente el doctor bajó.

Jerónimo lo siguió, agachándose para simular que ataba sus zapatos. No pudo evitar preguntarse si el doctor había percibido su presencia.

Al salir al exterior, el entorno mostraba una estación de ladrillo rojo y tiendas de barrio circundantes.

Jerónimo fingió una llamada mientras seguía al doctor con discreción. Una creciente ansiedad le oprimía el estómago como una serpiente retorciéndose en su vientre. A medida que se adentraban en el barrio, las edificaciones modernas daban paso a construcciones más modestas y descuidadas y las luces brillantes se atenuaron hasta convertirse en un débil resplandor.

Finalmente, el doctor se detuvo frente a un edificio de aspecto deteriorado. Tras echar un vistazo a su alrededor, entró y Jerónimo se ocultó en la sombra cercana. Ahora sabía dónde hallarlo. Se recostó contra la pared, permitiendo que un suspiro escapara de sus labios. Desde la oscuridad, sacó su teléfono con cautela y marcó un número. La llamada se conectó después de un par de tonos y una voz familiar llenó el silencio.

—Ljudmila —comenzó—, he llegado a la casa del doctor.

—¿Y ahora qué?

—¿Estás en la habitación?

—Lo tengo todo preparado —respondió ella con seguridad.

—¿Nadie te ha hecho preguntas?

—No. Nadie sabe que estoy aquí. ¿Todo bien?

—Creo que tampoco sabe que lo he seguido —dijo Jerónimo, aunque no sonaba convencido—. Te vuelvo a llamar en unos minutos.

—Ahora empieza la diversión —comentó ella, pero Jerónimo no veía que aquello fuera divertido.

Con el corazón palpitando en sus oídos, avanzó hacia el abismo de lo desconocido. Si lo volvían a llevar a comisaría, esta vez no saldría tan fácilmente.

EL DOCTOR JAKOB SCHMITT abrió la puerta de su casa y de la penumbra, emergió Jerónimo.

—¿Se acuerda de mí? —le desafió.

El doctor lo miró de arriba abajo, pero no mostró sorpresa.

—Sé que me ha estado siguiendo desde el hospital —afirmó con firmeza mientras sus dedos delicados apretaban el picaporte—. No sé qué quiere, pero debe marcharse.

Jerónimo recordó el juego en el vagón del metro, cuando el doctor se levantó en la parada anterior solo para comprobar si él hacía lo mismo.

—Entonces, sabe lo que busco —contestó.

—En realidad, no.

—¿Dónde está Erik?

—¿Quién? —preguntó el doctor

La impaciencia de Jerónimo crecía.

—Lo sabe muy bien. La tarde que ingresaron a mi pareja, usted pasó por la noche para que firmara esos malditos papeles de donación de órganos.

El doctor, con un gesto defensivo, dio un paso atrás.

—Trabajo en el Hospital St Mary. Todo se hizo siguiendo el protocolo. Lamento la pérdida de su pareja, pero debe dejar que la administración del hospital maneje esto.

La mirada de Jerónimo se endureció.

—Usted no es quien dice ser —lo acusó.

El doctor pasó su mano por el flequillo y se apartó el pelo rubio de la frente mientras fingía una expresión serena.

—Le repito que trabajo en el Hospital St Mary y no tengo idea de qué habla. Ahora, si me disculpa.

El doctor entró a su apartamento, pero antes de cerrar la puerta, Jerónimo se coló dentro. La débil luz que se filtraba desde afuera iluminaba un salón modesto decorado con fotos familiares. En una mesa, resaltaba una imagen de la esposa del doctor muy joven.

Jerónimo sacó su móvil.

—Quiero enseñarle algo.

—¿Cómo se atreve? —La tranquilidad en el tono del doctor se desvaneció—. Salga de mi casa ahora mismo o llamo a la policía.

—Mire esto —dijo Jerónimo, activando una videollamada. Acercó la pantalla al doctor—. Hay algo que quiero mostrarle. Luego decida si llama a la policía. —A pesar de la firmeza en su

voz, tan fría y despojada de sentimientos que ni él mismo podía reconocerla, la tenue luz de la entrada revelaba un ligero temblor en sus manos.

—He dicho que se vaya —insistió el doctor.

La pantalla del móvil mostraba una habitación de hospital con una mujer dormida.

El doctor quedó petrificado: era su esposa.

La persona que sostenía el móvil también sostenía un cuchillo de cocina con la otra mano y lo hacía bailar delante de la pantalla. La cámara del móvil giró y se vio la máscara de un payaso con una sonrisa grotesca. De una oreja colgaba un auricular.

—Si me escuchas, levanta la mano —instruyó Jerónimo a Ljudmila.

—Te escucho alto y claro —dijo Ljudmila en un susurro—. Cuando me digas, la mato.

Jerónimo se puso más nervioso. Ljudmila no debería haber dicho nada para no delatar su identidad. Se giró hacia el doctor.

—¡Hable! —exigió Jerónimo.

—¿Qué quiere que le diga? —Su mirada saltaba de la pantalla a Jerónimo.

Este observó una foto en la sala: la mujer del hospital, la misma que estaba en peligro, sonreía desde un marco cercano. Aunque sintió un breve remordimiento, la desesperación prevaleció.

—Solo quiero saber dónde está Erik. Dímelo y tu esposa estará a salvo.

—No sé nada —respondió el doctor escupiendo las palabras.

—¿Has oído? —preguntó Jerónimo a Ljudmila.

Ella, con el cuchillo en mano, se acercó con el móvil mostrando a una Elisa Vogel durmiendo plácidamente ajena a la situación.

—La mujer enmascarada perdió a su marido hace un año, que también desapareció sin más —explicó Jerónimo señalando Ljudmila—. Ni ella ni yo tenemos nada que perder. Así que, o empieza a abrir la boca y a contarnos qué está pasando, o su esposa no verá otro amanecer.

Jerónimo se sorprendió al notar que tenía agarrado el cuello de la camisa del doctor, pero él no reaccionó. Solo movía los dedos y jugaba con su alianza sin decir palabra. Jerónimo insistió:

—No le pasará nada si me dice dónde está Erik.

El doctor desvió la mirada.

—Ha tocado a la puerta equivocada. Aquí no va a encontrar la verdad.

—¡Miente!

Jerónimo, dominado por la rabia, lo empujó con tanta fuerza que cayó al suelo.

Por un instante, todo quedó en suspenso.

La sorpresa era evidente en el rostro del doctor.

—Está jugando con la gente equivocada —le advirtió a Jerónimo mientras se levantaba del suelo.

Observó de nuevo la imagen de su esposa amenazada con el cuchillo flotando en el aire. Luego, soltó una risa, mitad forzada, mitad nerviosa.

—No sé dónde está su pareja. A mí me pagan solo por obtener la firma de los familiares. No tengo más información.

Jerónimo sabía que mentía.

—¡Voy a matar a su mujer! —le amenazó.

El doctor se acercó retándolo con la mirada y con los puños cerrados.

—Matará a una mujer inocente.

El remordimiento surgió en Jerónimo como si alguien hubiera encendido un interruptor.

El doctor sabía que él también mentía.

—Dígame dónde está Erik.

—No sé nada sobre su pareja —dijo retrocediendo un paso—. Solo sigo órdenes y ni siquiera sé quién las emite. Es una red demasiado compleja. Se perdería en el camino o lo matarían.

—Ya estoy perdido —confesó él.

—Y también está desesperado como yo —aseguró el doctor—. Váyase antes de que lo encuentren.

Sin una palabra más, Jerónimo guardó su móvil y caminó lentamente hacia la puerta.

El doctor, dándole la espalda, soltó:

—Reconozco a la mujer detrás de esa máscara de payaso. Tiene un acento muy particular. Su marido murió el día que ingresó en el hospital. Haga lo que le parezca. Yo ya le he advertido.

El doctor cerró la puerta detrás de él.

Jerónimo se encontró fuera de la casa con el corazón latiéndole a mil por hora. Se detuvo a unos metros, sintiendo el sudor frío en su frente bajo el débil resplandor de la luna.

Su móvil vibró.

—¿Dónde estás? —preguntó Ljudmila.

—De camino al hospital.

—¿Te contó algo más ese desgraciado?

Jerónimo recordó las palabras del doctor sobre el difunto esposo de ella. La luz de la luna creaba sombras grises en la calle vacía.

—Nada nuevo —mintió.

—Todos son unos hijos de puta —murmuró la mendiga con resentimiento.

Jerónimo podría haberle contado lo que el doctor le dijo, pero al mismo tiempo, quiso creer que a lo mejor le había mentado en eso y el marido de Ljudmila seguía vivo.

—Nos veremos pronto —dijo él.

Al colgar, Jerónimo pensó que él también era un hijo de puta por no tener el valor de contarle la verdad a Ljudmila. Comenzó a caminar en dirección al metro de vuelta al hospital con una extraña sensación de que algo malo, algo mucho peor, estaba a punto de suceder.

JERÓNIMO SALIÓ de la estación Lancaster Gate en dirección al hospital para encontrarse con Ljudmila. La fresca del aire rozó su rostro al emerger de la estación, pero apenas lo notó. Su móvil vibró. Sin detenerse, sacó el teléfono y deslizó el dedo para responder.

—Llego en diez minutos —le dijo a ella, pero no recibió respuesta—. ¿Estás ahí?

Jerónimo podía sentir la respiración de alguien al otro lado de la línea.

La llamada se cortó.

Miró a su alrededor en la calle oscura y vacía. Estaba solo. Apresuró el paso.

Las luces de las farolas se reflejaban en el pavimento mojado, trazando un sendero luminoso hacia el Hospital St Mary. El murmullo de la ciudad nocturna parecía ahogarse en la distancia mientras el ritmo frenético de sus pasos resonaba en el silencio. El trayecto entre la estación y el hospital no era largo, pero para Jerónimo, cada segundo era eterno.

Las fachadas de las casas victorianas se deslizaban como sombras a su lado. A lo lejos, comenzó a divisar el imponente edificio del Hospital St Mary, sus ventanas resplandeciendo como estrellas. El chirrido de unos neumáticos interrumpió sus pensamientos. Un coche de policía pasó rápidamente, seguido de otro. Las estridentes sirenas llenaron el aire.

Al acercarse al hospital, vio tres coches de policía y una ambulancia. Las luces rojas y azules se reflejaban en las caras de los curiosos que se habían congregado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jerónimo a una pareja de jóvenes.

—Un accidente de tráfico o algo así —respondió uno de ellos, inseguro.

La zona estaba acordonada, y las figuras de doctores y enfermeras se movían frenéticamente en el fondo.

Jerónimo rodeó el hospital, pero solo tenía una entrada principal. Ljudmila lo estaba esperando dentro en la cafetería. Intentó avanzar, pero un oficial le bloqueó el paso.

—Acceso restringido.

—Vengo a ver a un paciente. Es urgente —replicó Jerónimo.

—¿Es personal del hospital?

—No.

—Entonces, vuelva mañana. Tenemos la zona acordonada por un incidente.

—No puedo esperar a mañana —insistió.

Un cuerpo yacía en el asfalto, cubierto con una manta térmica que reflejaba la luz de la ciudad.

El horror se apoderó de Jerónimo.

—¿Qué tipo de accidente? —preguntó con el aire atrapado en la garganta.

—Han disparado a alguien.

Jerónimo se inclinó tanto como pudo y vio a un par de enfermeros cargar un cuerpo sin vida en una camilla.

Un temblor inesperado recorrió la columna vertebral de Jerónimo.

Al lado del cadáver, un móvil de segunda mano, que reconocía muy bien, yacía en el suelo. Un policía lo recogió con guantes.

El miedo y la culpa se apoderaron de Jerónimo. Alguien había asesinado a la mendiga. Intentó mantener la calma pero, entre la multitud, una mirada desconocida lo observaba.

Las luces parpadeantes de las sirenas de la policía iluminaban la entrada del Hospital St Mary, lanzando sombras danzantes en el rostro de Jerónimo. Una gruesa cinta amarilla delimitaba la zona. En un principio, no le dio importancia. Después de todo, Londres siempre estaba lleno de gente yendo y viniendo. El roce de los transeúntes parecía ajeno, como si se moviera en una dimensión aparte, pero sus ojos estaban clavados en aquella sombra que había identificado entre la multitud. Todo a su alrededor se desvaneció y su atención se fijó en aquel hombre.

Era un individuo fornido, de piel oscura y barba poblada y desordenada, con rasgos de algún país del Medio Oriente. Llevaba una chaqueta con múltiples bolsillos grandes, como si hubieran sido añadidos después. Aquel hombre miraba a Jerónimo con unos ojos tan oscuros y penetrantes que parecían la boca de un lobo, pero brillantes como estrellas en una noche sin luna. Aunque su expresión no cambió, Jerónimo notó su mano deslizarse hacia un bolsillo interno de la chaqueta y él empezó a sudar.

Aunque la gente seguía pasando a su alrededor, el desconocido permanecía inmóvil, como un león en la selva, esperando el próximo movimiento de su presa. Un paso en falso para atacar. Un escalofrío recorrió la espalda de Jerónimo.

Tenía que hacer algo. Pensó en alertar a la policía o en gritar, pero el miedo lo paralizó y un hormigueo invadió sus piernas. El instinto de supervivencia se activó de inmediato. Cuando un grupo de jóvenes pasó entre ellos, Jerónimo aprovechó el momento para mezclarse en la multitud. Aumentó el paso y giró una esquina, apoyándose en un edificio para recuperar el aliento. Su corazón palpitaba con fuerza.

Mirando a su alrededor, vio al hombre fornido de rasgos árabes, avanzando hacia él con determinación y con la mano aun dentro de su bolsillo.

Jerónimo giró sobre sus talones y comenzó a correr hacia Paddington, la estación más cercana, zigzagueando entre el tumulto de gente en esa noche de viernes. A medida que corría, vio al desconocido siguiéndolo con agilidad.

En un intento desesperado de despistarlo, Jerónimo se desvió hacia un pequeño café cuya fachada estaba cubierta por enredaderas.

Una vez dentro, se escondió en el baño. Apoyó la espalda contra la puerta tratando de regular su respiración. Aprovechó el momento para intentar llamar a Christian. Si había alguien que podía ayudarlo, era su viejo amigo.

El teléfono sonó en vano una vez, dos veces, tres veces...

Con los dedos temblorosos y recuperando la respiración, le escribió un mensaje apresurado:

«Estoy en peligro».

De repente, el ruido de la puerta principal del baño se abrió con violencia y se le heló la sangre. No se movió, haciendo un esfuerzo enorme para evitar jadear y ser oído.

Aquel hombre lo había encontrado.

La adrenalina inundó su cuerpo. El móvil vibró, mostrando el nombre Chris en la pantalla, pero Jerónimo no podía contestar, no ahora.

Rápidamente, subió al inodoro y abrió una ventana que daba a la calle. Se deslizó por ella tan desesperado que se lastimó en el proceso con pequeños cortes y magulladuras. Al caer en una callejuela, vio por un instante esos ojos negros asomándose antes de desaparecer. Era demasiado grande para poder colarse por esa ventana. Estaría dando la vuelta al café y aquella calle solo tenía una salida.

Debía que darse prisa antes de que el asesino llegara y bloqueara la entrada. Su móvil no paraba de vibrar. Corrió hacia la estación de Paddington tan rápido que dejó de tener autonomía en las piernas. Un dolor intenso invadió sus pulmones al respirar. Al llegar a la calle principal, se mezcló entre la multitud, escondiéndose detrás de un quiosco de periódicos. No veía señales del asesino, pero su móvil volvió a vibrar, recordándole que no estaba solo.

—Chris... —dijo Jerónimo, entre jadeos—, han matado a una mujer... afuera del Hospital St Mary. Alguien... alguien quiere hacer lo mismo conmigo.

Hubo un pequeño silencio al otro lado de la línea. Cuando Christian respondió, su voz sonaba extrañamente calmada y fría.

—¿Dónde estás ahora?

—Al lado de la estación de Paddington.

—Haz lo que te diga si quieres salir vivo de esto —advirtió Christian con firmeza—. No cuestiones ninguna orden. ¿Entendido?

Jerónimo tragó saliva.

—Eh...

—¿Entendido? —insistió Christian elevando la voz.

—Sí —respondió Jerónimo.

—Sigue caminando y descríbeme lo que ves.

—Estoy en Praed Street —informó, mirando a su alrededor—. Siento que él está cerca, pero no lo veo.

—Dirígete a la estación de Paddington y rodéate de gente. En un lugar público no se atreverá a hacerte nada.

—Ok —Jerónimo siguió caminando, intentando no mostrar su confusión.

—¿Dónde estás ahora?

—Bajando la rampa de la entrada de Paddington.

—Únete a un grupo de turistas. Una vez dentro, gira y observa. ¿Lo ves?

Jerónimo hizo lo que le indicaron, pero todo comenzó a darle vueltas por el mareo.

—No.

—Eso puede significar dos cosas: o él te perdió de vista o tú lo perdiste a él. Tus probabilidades son del 50 %. Busca un puesto de recuerdos para turistas.

—Estoy justo al lado de uno —respondió Jerónimo.

—Compra una gorra y pónela.

—No tengo dinero encima y no aceptan tarjetas.

—Cógela y sigue adelante. Cuanto más tiempo pases pensando en llevarte la gorra, la gente empezará a prestar atención a lo que haces. Cuando el dependiente esté desprevenido, cógela.

Jerónimo siguió las instrucciones de Christian y robó una gorra roja y se la puso.

—Hecho —le dijo alejándose del puesto antes de que le llamaran la atención.

Christian continuó dándole instrucciones:

—Ahora quiero que camines mirando cualquier escaparate o reflejo para ver quién está detrás de ti. ¿Entiendes?

—Sí —respondió Jerónimo mientras se acercaba a una tienda de bolsos de mujer—. No lo veo.

—Sigue caminando. No estás a salvo aún. Tienes que salir de la estación. Busca en la pantalla el tren con destino a Gloucestershire.

Jerónimo comprobó la hora.

—Sale en catorce minutos. Vía nueve.

—Dirígete allí.

—¿Y el billete?

—No te detengas. ¿Qué más ves cerca?

—Un Burger King.

—Pide algo de comida y espera sin perder de vista quién entra y quién sale. Así será más fácil.

Jerónimo se aproximó al mostrador y pidió un menú para llevar. Escuchar la voz de su amigo lo tranquilizaba. Le hacía sentir más seguro.

—No veo al hombre.

—Concéntrate, Jero. Vigila la entrada.

—Es lo que hago, aunque el empleado me mira raro.

—Hay muchos turistas. Estará acostumbrado. ¿Qué llevas puesto?

—¿Ropa? ¿A qué te refieres?

—Jero, cuando llegues a casa ya nos contaremos chistes. Quítate la cazadora. Sal del Burger King y dirígete al andén. Date prisa.

Jerónimo obedeció. En pocos segundos llegó a la vía.

—Chris, estoy en los tornos. ¿Cómo se supone que tengo que pasar?

—Revisa tu correo. Te acabo de enviar un billete de tren electrónico.

—Sí, lo tengo.

Tras validarlo, se adentró en la estación.

—Dirígete al último vagón —ordenó Christian.

Un minuto más tarde, Jerónimo confirmó.

—Llegué —dijo, y se sentó con su bolsa del Burger King a su lado.

—Te esperaré en la estación en una hora.

—Gracias.

—Jovencito, quiero que no vuelvas a ese maldito hospital —dijo Christian, enfadado—. ¿Me entiendes?

—Es que...

Su amigo colgó sin esperar respuesta.

Mientras el tren se ponía en marcha, Jerónimo tuvo una sensación de alivio que duró poco. El hombre que lo perseguía ahora sabía quién era. Y para complicar más las cosas, la policía tenía en su poder el móvil de segunda mano que compró Jerónimo para llamar a Ljudmila.

RECLINADO en el asiento del tren, Jerónimo se dejó envolver por el hipnótico ritmo de las ruedas sobre las vías. Las luces de la ciudad se fundían en líneas difusas, evocando cometas y trazando estelas efímeras contra la ventanilla del vagón. Dejaba atrás Londres y en poco más de una hora llegaría a la estación Oxford, donde Christian lo estaría esperando. En el silencio de ese vagón, un aluvión de pensamientos y emociones lo invadió. Erik seguía desaparecido, una mujer inocente había muerto y él mismo había estado cerca de correr la misma suerte. Y no podía, simplemente no podía quitarse la imagen de aquel hombre con la chaqueta llena de bolsillos y unos ojos negros, fríos y calculadores. Un sudor recorrió su columna vertebral. Había una cosa cierta: ese hombre sabía quién era él.

El tren comenzó a frenar. Se aproximaba a su destino.

Jerónimo bajó del vagón y dejó que el flujo de pasajeros lo adelantara, hasta que se quedó solo.

A lo lejos, una figura familiar destacaba entre la multitud. Christian caminó hacia su encuentro con paso decidido, pero había una gran preocupación en su rostro.

Parecía que Jerónimo siempre terminaba haciendo daño a la gente que más le quería, y una oleada de remordimiento y culpa lo asfixió. Fue entonces cuando tomó una decisión que Christian tendría que aceptar, muy diferente de la que había tomado esa mañana cuando se encontró con la mendiga, Ljudmila. Respiró hondo y se dejó abrazar por su amigo.

—Vaya susto que me has dado, jovencito —dijo Christian sin soltarlo—. Si fuera tu padre, te daría unos azotes en el culo. Y si fueras mi novio, también. —Aquel comentario arrancó una sonrisa a Jerónimo y se sintió a salvo al lado de su amigo. Christian, con un gesto afectuoso, le acarició la mejilla—. Aún pareces más joven sin la barba. Vamos a casa. Tengo el Porsche aparcado fuera.

Christian empezó a caminar, pero Jerónimo, abrumado, se dejó caer en un banco cercano.

—Echo tanto de menos a Erik —susurró.

Su amigo se sentó a su lado y le puso la mano sobre la rodilla.

—Lo sé —dijo con suavidad.

Jerónimo comenzó a recapitular su visita a Copenhague y todo lo que había ocurrido ese día. Christian escuchó atentamente, asintiendo de vez en cuando.

—A veces, el valor no está en enfrentarse al peligro, sino en aceptar la situación y protegerse —le dijo mirándolo a los ojos.

—Lo he estado pensando —confesó Jerónimo—. Vuelvo a casa.

Su amigo frunció el ceño en señal de sorpresa.

—¿A St Katharine Docks? ¿Estás loco? Jero, déjame ayudar. La policía está investigando todo. Es cuestión de tiempo.

—No vuelvo a St Katharine Docks. Sería regresar a una vida que ya no existe. Vuelvo a Essex. A la casa de Erik. Nuestra casa. Eso es lo que me pedía en su mensaje.

Christian parecía querer protestar, pero suspiró en su lugar.

—No quiero que te quedes solo —dijo finalmente.

—Y no lo estoy. Sé que estás conmigo. Y esperaré a que Erik regrese.

Christian bajó la mirada, mordiéndose el labio.

—¿Y si no regresa?

Jerónimo movió ligeramente las cejas como si estuviera buscando una respuesta adecuada que no tenía.

—Eso... aún no lo he pensado.

Su amigo se acercó más a él.

—Está bien. Te llevo a casa. Sube al Porsche.

—Prefiero el tren. Son dos horas en coche.

Christian levantó una mano, interrumpiéndolo.

—Y más de tres en transporte público. Me quedaré contigo esta noche. Bella está en el coche. Dormiremos los tres juntos. ¿Qué te parece?

A Jerónimo se le escapó un suspiro con forma de sonrisa agridulce.

—Un plan perfecto.

LA MAÑANA DEL SÁBADO, muy temprano, Jerónimo se despidió de Christian, quien había quedado para desayunar con Philip. Philip tenía algo importante que proponerle, pero Christian había prometido a Jerónimo pasar la tarde juntos. Tras despedirse, Jerónimo volvió a la cama, pero ya no pudo conciliar el sueño.

El primer rayo del amanecer se filtraba por la ventana, tiñendo la habitación con un tono pálido. La luz iluminaba rincones vacíos y paredes desnudas. Sin cortinas ni adornos. Solo una cama, cuatro sillas y una mesa. La casa estaba deshabitada.

Perdido en sus pensamientos, Jerónimo miró el vasto techo blanco que parecía un lienzo inmenso esperando ser pintado de recuerdos. Aún podía sentir los restos de adrenalina en sus venas de la noche anterior cuando escapó de su perseguidor. Hacía apenas una semana que estaba empaquetando sus cosas para mudarse a esta casa, sin imaginar la pesadilla que le aguardaba con la llamada de la policía, informándole del grave accidente de Erik. Al día siguiente, su cuerpo, en coma inducido, había desaparecido.

Pasaron varias horas enroscado en las sábanas, deseando huir de todo, cuando el sonido de un motor lo sacó de su ensimismamiento.

Pensó que Christian había regresado, pero el rugido era distinto, como de un vehículo más grande.

Luego, el timbre sonó.

Cogió el móvil y se movió con cautela para que nadie lo viera desde fuera.

Volvieron a tocar al timbre.

Con la espalda pegada a la puerta se preparó para llamar a la policía y se dio cuenta de que tenía varias llamadas perdidas del mismo número.

Alguien gritó su nombre al otro lado de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Le traemos el escritorio que encargó —respondió una voz grave.

Jerónimo soltó el aire que había retenido y abrió la puerta.

Un hombre fornido, cerca de los cincuenta, le dio indicaciones mientras descargaba un objeto envuelto en mantas desde su furgoneta.

—Aguánteme la puerta, por favor —le dijo a Jerónimo, que se quedó quieto observando cómo el hombre abría la furgoneta de reparto y, con una máquina de descarga, bajaba un bulto del tamaño de un baúl envuelto en mantas de transporte—. ¿Dónde se lo dejó?

—Debe haber un error —dijo Jerónimo, confundido.

El transportista se secó el sudor de la frente, sacó una tableta y confirmó el nombre y la dirección.

—Mire —respondió.

—¿Pero está pagado? —preguntó Jerónimo con sorpresa.

—Si no estuviera pagado, no se lo traería. Me firma aquí —dijo el transportista extendiendo la tableta.

Jerónimo hizo un garabato en la pantalla.

—¿Está seguro de que es para mí? —insistió.

El transportista le entregó un sobre color crema.

—Es del dueño de la tienda.

Dentro del sobre, Jerónimo encontró una nota:

«Seguro que le hará mejor uso que aquí cogiendo polvo. Los últimos deseos siempre deben cumplirse».

Jerónimo no se atrevió a levantar la mirada, temiendo que el transportista viera la tormenta emocional que agitaba su interior. Se apartó de la puerta, y mirando al suelo, indicó:

—Ahí, en la esquina, bajo esa ventana.

El transportista siguió sus indicaciones.

Agradecido, Jerónimo le extendió un billete de cincuenta libras.

—No es mucho, pero tómese unas cervezas con sus amigos después del trabajo y dele las gracias a su jefe.

Una vez que el hombre se marchó, Jerónimo apretó la mandíbula, pero una lágrima traicionera rodó por su mejilla. Carraspeó, tratando de calmarse.

Se quedó maravillado contemplando aquel mueble de época. Un escritorio de madera de roble con patas talladas y finos detalles que bordeaban sus contornos.

Rozó el tablero revestido de cuero verde, desgastado por el uso, pero con un encanto único.

Erik sabía que Jerónimo se enamoraría de ese escritorio, perfecto para sus trabajos de traducción en su nueva casa de campo.

Se mordió el labio inferior. Pero faltaba Erik, se dijo con una ansiedad que apretaba más fuerte su estómago cuanto más imaginaba lo que podía haber pasado, pero nunca pasó. Hasta llegó a creer que quizás tuvo suerte de no ver el cuerpo de Erik para así tener un recuerdo más fuerte de su amado en vida.

También sabía que... o bueno, quería creer que la policía investigaría el caso y encontrarían respuestas a muchas de sus preguntas.

Sus dedos detectaron una anomalía en el pequeño cajón central que lo intrigó. Con curiosidad, se arrodilló y tiró de él, pero era un cajón falso que hacía de soporte a los otros dos cajones laterales que podía abrir y cerrar perfectamente.

Pero Jerónimo era terco y tiró con más fuerza. Para su sorpresa, cedió y se quedó con el cajón en la mano y el hueco vació. Pasó los dedos por el interior y encontró una carta antigua y cuidadosamente doblada. Con cuidado, desdobló la carta escrita en un inglés antiguo y comenzó a leer:

The 27th day of October, in the year of our Lord 1853

My dearest love,

...

El vigésimo séptimo día de octubre, en el año de nuestro Señor de 1853

Mi máspreciado amor:

Estalló la maldita guerra y siento una enorme presión sobre mi corazón al escribir estas líneas antes de partir.

Jerónimo revisó la fecha de la carta y supo exactamente a qué guerra se refería el amante: la Guerra de Crimea, un conflicto que enfrentó al Imperio Ruso contra una alianza entre Francia, el Reino Unido, el Reino de Cerdeña y el Imperio Otomano y duró tres largos años.

Se recostó y continuó leyendo.

No hay palabras suficientes para expresar la vastedad de mis sentimientos.

Siento como si estuviera atrapado entre dos mundos: uno de gozo y amor contigo, y otro de soledad y añoranza sin ti.

Conocerte ha sido mi salvación, una luz brillante en medio de la oscuridad. Mi alma se enriquece con cada recuerdo tuyo que guardo como un tesoro. Pero la vida, como un cruel titiritero, ha decidido apartarnos y mi corazón se resiente por la injusticia de ello. Aun así, siento que nuestro amor es demasiado poderoso para ser destruido por las garras de la muerte. Como las semillas que florecen en primavera después de un duro invierno, nuestro amor encontrará su camino de nuevo a nosotros. Este es mi credo y mi fe.

Por tanto, hago esta promesa: en la próxima vida, buscaré tu alma entre las estrellas y te encontraré, sin importar cuánto tiempo o esfuerzo me lleve. Y cuando nos encontremos, volveré a amarte con cada fibra de mi ser, como lo hice en esta vida.

Hasta entonces, mi cariño, espero que encuentres consuelo en estas palabras. Espero que sientas la profundidad de mi amor por ti y la certeza de mi promesa. Mi corazón siempre será tuyo y tu amor vivirá en mí hasta el fin de mis días.

Siempre tuyo,

...

Yours forever,

Jerónimo sintió que el aire en la habitación se volvía más denso. Con la carta todavía en sus manos, sus dedos comenzaron a temblar ligeramente y las palabras que había leído lo envolvieron en un huracán de emociones. Su corazón latía con fuerza y sentía un nudo en la garganta que lo asfixiaba. Las lágrimas empezaron a brotar, deslizándose por sus mejillas. Con un sollozo, se inclinó hacia delante, apoyando la frente en el escritorio.

La carta, escrita hacía tanto tiempo, parecía ser una prueba física del profundo amor y la pérdida que ahora sentía él. Los recuerdos de Erik, de sus risas compartidas, sus caricias y sus promesas, estaban más vivas que nunca en su mente.

Se llevó la carta al pecho, como queriendo sentir el latido del corazón del autor. Se levantó lentamente, intentando recuperar la compostura. Sabía lo que tenía que hacer. No iba a esperar a otra vida. Si tenía que poner a alguien en peligro, sería a sí mismo. Tenía un plan.

El más descabellado de todos.

Primero, Jerónimo decidió no darse una ducha. Salió de casa sin su mochila, pero llevando unas tijeras en el bolsillo. Antes de ir a la estación, pasó por una tienda de ropa de segunda mano y compró prendas desgastadas de talla grande. Luego se dirigió al supermercado, donde adquirió una botella pequeña de vino, aceite, vinagre y bolsas de plástico. También añadió un saco de dormir a su cesta de compras. En un cajero automático, retiró doscientas libras en billetes de cinco, los cuales guardó en bolsas pequeñas y distribuyó entre su ropa interior y calcetines.

Con todo listo, compró un billete de tren con destino a la estación de Liverpool Street en Londres.

Durante los treinta minutos de viaje, aprovechó para entrar al baño del tren y cambiarse de ropa. Mezcló el vino, el vinagre y el aceite, y restregó la mezcla por los pantalones y la cazadora de segunda mano que acababa de comprar. Metió su ropa dentro de una bolsa y la tiró a la papelera.

Mientras bajaba del tren, se repetía así mismo que *los últimos deseos siempre deben cumplirse*.

Y su último deseo era encontrar a Erik.

Al pisar el andén de la estación, Jerónimo había desaparecido. Ya no era un traductor en paro. En su lugar, emergía un mendigo con un bloc de notas y un bolígrafo en mano.

Tenía dos metas claras para lograr su objetivo de encontrar a su pareja.

La primera era provocar un alboroto en la recepción del hospital para atraer la atención de ese doctor o de cualquiera que estuviera involucrado en la desaparición de Erik. Jerónimo sería un cebo para sacar a esas ratas de sus escondrijos.

La segunda meta era ocupar el sitio de Ljudmila fuera del café Costa y esperar paciente alguna pista o movimiento en falso.

Los mendigos eran seres invisibles.

JERÓNIMO, apoyando las palmas de la mano en el mostrador de recepción, clavó su mirada en la enfermera.

—¿No me va a decir dónde está Elisa Vogel? —inquirió, levantando una ceja expectante.

Ella retrocedió en su silla giratoria, observando el aspecto descuidado de Jerónimo. Un celador se acercó hasta la enfermera, colocándose a su lado.

—¿Y usted es...? —preguntó él.

—Jerónimo. Me llamo Jerónimo —volvió a marcar—, pero os tiene que dar igual mi nombre. Aquí lo importante no es quién soy yo, sino quién es esa Elisa Vogel, quién es realmente el doctor Jakob Schmitt, quién es el gordo con la chaqueta llena de bolsillos que mató a Ljudmila, qué han hecho con mi pareja Erik... —Las palabras tropezaban unas con otras. Se detuvo, apoyó los antebrazos sobre el mostrador y agachó la cabeza en derrota. Olía a vino, aceite y ropa usada. Ni siquiera reconocía su propia voz.

—¿Erik? —repitió el celador, sorprendido.

—Erik Vinterberg. Mi pareja —dijo Jerónimo, bien claro para que todo el mundo lo escuchara.

—¿Se encuentra bien? —La enfermera se levantó y se acercó hasta él, agarrándole el brazo.

¿*Bien*? Aquella pregunta inocente avivó un fuego interior en Jerónimo. Levantó la cabeza y se soltó. Cerró los puños y tuvo un gran deseo de gritar, de golpear a todo y a todos, pero se contuvo. Si se dejaba dominar por su furia, vendría de nuevo la policía, y esta vez no sería tan fácil salir de prisión. Con los dientes apretados y conteniendo la rabia, miró al celador y a la enfermera y repitió la última frase de Erik antes del accidente de tráfico aquel sábado por la tarde:

—«Tenía un profesor en la universidad que decía que revelar la verdad de una historia para sacarla a la luz era tarea de titanes, y solo los cabezones firmaban la victoria».

—¿Cómo dice? —preguntó la enfermera, confundida.

—Esas fueron las últimas palabras de mi pareja Erik antes de desaparecer.

Los ojos del celador se abrieron como platos al escuchar aquella información. Levantó la mano para llamar la atención de Jerónimo.

—Tiene toda la razón —logró decir, antes de que Jerónimo se girara con desdén, dejando al celador con el gesto congelado y la palabra en la boca.

Se podía ir a la mierda él y todo el hospital, pensó Jerónimo. No iba a tolerar más condescendencia. Ya había llamado la atención lo suficiente para que alguien se diera cuenta de

su presencia. Andó por el pasillo hacia la salida del hospital, fijando su mirada en cada papelera que encontraba a su camino, con un impulso irrefrenable de golpearlas y marcar de alguna forma que estuvo ahí.

Al salir, se sentó en la acera junto al café Costa, el mismo lugar donde, una semana antes, se había topado con la mendiga. Sus dedos tamborileaban con ansiedad sobre el bloc de notas en su regazo, garabateando dibujos que carecían de forma y sentido. El peso de la desesperación se sentía en sus hombros, encorvándolos y arrugando su frente.

Cada vez que la puerta del Hospital St Mary se abría, sus ojos saltaban hacia ella, buscando entre las caras de los transeúntes alguna señal o respuesta. Estaba demasiado metido en su papel de mendigo como para ser reconocido por alguien.

Aunque la policía seguía inmersa en su investigación, Jerónimo llevaba a cabo la suya propia, alejado de los protocolos y las reglas.

No había rastro del doctor Jakob Schmitt. Tampoco de ese bruto, con una chaqueta con más bolsillos que piezas en un rompecabezas, que intentó matarle. Recordó el extraño encuentro con Elisa Vogel. Una paciente de origen austriaco, en estado muy débil, esperando un trasplante de riñón. En lugar de reaccionar con sorpresa o miedo ante un desconocido, Elisa levantó la vista, cerró el libro de acuarelas y le sonrió con cortesía, invitándolo a entrar con una voz calmada. Su elegancia y serenidad en medio del ambiente hospitalario le sorprendieron.

Jerónimo siguió garabateando, sentado en el suelo de la acera, intentando controlar los nervios. Al principio, había creído que el doctor Jakob Schmitt estaba involucrado en esos oscuros asuntos por simple avaricia económica. Sin embargo, tras conocer a Elisa y presentarse de improviso en el apartamento del doctor, su perspectiva cambió. Ahora veía al doctor no como un simple corrupto, sino como un hombre desesperado, cruzando la línea moral para salvar la vida de su mujer. El amor y la desesperación eran fuerzas poderosas, capaces de empujar a las personas a límites insospechados.

El tintineo de unas monedas lo sacó de sus pensamientos. Dejó de garabatear y levantó la vista.

Un niño de unos seis años, sosteniendo un garfio de juguete, le había dado una limosna antes de seguir caminando de la mano de su padre.

Jerónimo siguió haciendo dibujos y garabatos en el bloc de notas y de repente su mano tembló. Aunque parecía una mera coincidencia, sintió una conexión más profunda entre el juguete del niño y el libro de Elisa y saltó una chispa en su mente. De alguna manera, todos esos elementos estaban interconectados y, de repente, las piezas encajaron: el garfio, Peter Pan, Elisa, Erik... Cada detalle cobraba sentido cambiando el curso de su búsqueda y comprendió que no siempre se podía confiar en la lógica y la razón. A veces, las conexiones emocionales e irracionales ofrecían las respuestas más profundas.

La sensación de ver una luz al final del túnel era sorprendente. Era como un destello que iluminaba todo lo que había estado oscuro durante tanto tiempo. De hecho, era un momento de claridad y nada más. Entendíamos más del vasto universo que de las conexiones que hacía el cerebro e iluminaban la conciencia.

Para él, vivir sin Erik era como estar atrapado en un purgatorio, un limbo sin fin. Estaba dispuesto a seguir esa luz al final del túnel sin saber si regresaba al mundo de los vivos o se acercaba al mundo de los muertos.

El doctor Jakob Schmitt actuaba por amor, por desesperación, por la esperanza de salvar a la persona que amaba. Y fue ahí cuando Jerónimo encontró la última pieza del puzzle.

Ahora sabía que, aparte de la habitación del hospital, solo había un lugar posible donde podría encontrar a Elisa Vogel, y estaba a veinte minutos a pie. Se levantó y sin perder un segundo más, Jerónimo comenzó a caminar.

UNA DE LAS extensiones de Hyde Park era Kensington Gardens, a solo veinte minutos a pie del Hospital St Mary. Y dentro de esta parte del parque, se encontraban los Italian Gardens, inspirados en los jardines renacentistas italianos, de ahí su nombre. Era una tarde tranquila y menos concurrida de lo habitual.

Jerónimo cruzó los cuatro grandes estanques rectangulares, decorados con elaboradas fuentes y esculturas de mármol, hasta que detuvo su marcha.

Entre los innumerables atractivos de Kensington Gardens, se alzaba al oeste del lago Serpentine una estatua particular: una figura de bronce que representaba a Peter Pan, el niño que nunca creció, tocando una flauta y rodeado de hadas y animales. Según la historia, en ese mismo parque fue donde Peter Pan aterrizó después de volar fuera de su habitación.

Allí encontró a la persona que buscaba: Elisa Vogel. Estaba sentada frente a la estatua con un pincel en una mano y una paleta de acuarelas en la otra. Aunque su cuerpo mostraba signos evidentes de enfermedad y su piel era más pálida, su mano se mantenía firme mientras pintaba la estatua en un lienzo apoyado en un caballete.

Era la misma imagen de la portada del libro que Elisa tenía en su regazo el día que se encontraron por primera vez: un libro sobre pintura de acuarela con la imagen de la famosa estatua de Peter Pan.

Jerónimo había visitado tantas veces esos jardines que, al recordar la portada de aquel libro y las palabras de Elisa: *todos tenemos sueños que cumplir antes de morir*, supo dónde encontrarla. Y no se equivocó. Se situó frente a la estatua con la intención de anunciar su presencia. Sin embargo, ella siguió pintando como si no hubiera notado nada.

—Vaya —dijo con esa voz frágil y enfermiza—. Qué sorpresa. Me ha encontrado. Es un hombre muy observador.

—También soy bastante terco —respondió Jerónimo con los ojos clavados en ella—. Seguro que sabe bien por qué estoy aquí.

Elisa dejó de pintar y, levantando la mirada, sus intensos ojos azules analizaron la expresión angustiada de Jerónimo.

—Mi marido accedió a mi último deseo antes de la operación esta tarde: retratar en acuarela la estatua de Peter Pan —explicó con ese leve acento germano que le daba un aire distinguido—. Desde pequeña, me fascinó siempre su historia. Ese niño que jamás quiso crecer, que vivía en un mundo donde la aventura era la norma y el tiempo simplemente no existía. Y aquí estoy, sin saber muy bien en qué mundo estaré mañana: en el de los vivos o en el de los muertos.

—En busca de la eterna juventud —añadió Jerónimo cruzando los brazos.

—Así es. Tratamos de aferrarnos a momentos, recuerdos o personas. Y en ese intento, a veces cometemos actos inimaginables, como los que ha hecho mi marido.

—Siempre lo supo, ¿no es así?

—No se equivoque. Jakob es un buen hombre que ha intentado protegerme. Sin embargo, me pregunto: ¿está intentando salvarme a mí o a sí mismo del dolor de perderme? A veces, crecer significa enfrentarse a verdades dolorosas, tomar decisiones difíciles y dejar ir. Es curioso, al estar al borde del fin, sentí el impulso de retratar a Peter Pan por última vez. Quizás es porque, en el fondo, todos llevamos un Peter Pan dentro: no queremos aceptar que todo tiene un final. Pero he aprendido, especialmente ahora, que aceptar no es rendirse. Aceptar es entender que la vida es una serie de momentos buenos y otros no tanto. Y en lugar de aferrarnos al pasado o temer el futuro, debemos vivir el presente. Negar la realidad no hace que desaparezcan los problemas; es enfrentándose a ellos que encontramos la paz.

Jerónimo se acercó más a Elisa.

—Déjese de filosofía barata y dígame dónde está Erik.

Ella observó la ropa que llevaba Jerónimo y lo miró a los ojos como si pudiera leer los secretos de su alma.

—No tiene buen aspecto. ¿Realmente quiere saberlo? —preguntó mientras dejaba la paleta y el pincel en el suelo—. Dígame: ¿sabe cuánto tiempo puede vivir un órgano fuera del cuerpo? Unas pocas horas. Esa es la complejidad de las donaciones. Los órganos caducan en cuestión de horas, incluso cuando se conservan adecuadamente no duran mucho. Por ejemplo, el corazón y los pulmones generalmente deben trasplantarse dentro de las primeras cuatro a seis horas después de la extracción. Los riñones tienen un margen más amplio y pueden permanecer viables hasta veinticuatro horas o más con la preservación adecuada. —Elisa jugueteó con el fleco de su chal—. Es prácticamente imposible realizar esos procedimientos en Europa de manera privada. Por eso, son tan lucrativos. Debes tener al receptor preparado para la cirugía inmediatamente. La táctica más efectiva es provocar un accidente y sumir al paciente en un coma inducido.

Jerónimo cogió el pincel y lo partió en dos.

—¿DÓNDE. ESTÁ. ERIK? —volvió a preguntar marcando cada palabra cargada de furia.

Elisa parpadeó, pero su expresión no cambió.

—Debe querer mucho a Erik.

—No he venido a hablar de mi relación con mi pareja. He venido porque quiero saber dónde está.

Elisa se ajustó el chal, como si fuese un escudo que la protegiese.

—Aquí no—respondió con un tono desafiante.

—Déjese de adivinanzas y dígame dónde está Erik o la mando al otro mundo antes de su maldita operación. —Jerónimo notó que varias personas se habían detenido para observar la escena con desaprobación.

—¿Cómo está tan seguro de que Erik aún vive? —preguntó Elisa con una calma exasperante.

Jerónimo desvió la mirada involuntariamente y tocó el anillo con runas colgado de su pecho. Cuando volvió a mirar a la mujer, su voz había perdido el coraje.

—No lo sé. Pero no descansaré hasta descubrir la verdad de la desaparición de Erik.

—¿Aunque le cueste su propia vida? —preguntó levantando la mano como si pidiera el turno para hablar.

Jerónimo no dudó en su respuesta.

—Mi vida sin Erik no es vida.

Antes de que pudiera reaccionar, sintió un pinchazo en el gemelo. Sus piernas flaquearon y cayó de rodillas frente a la estatua de Peter Pan. Recordó las advertencias de Christian y, sobre todo, el correo de Erik de no regresar al hospital.

Alguien lo levantó del suelo y lo sentó.

Todo se volvió oscuro. Sintió la brisa en su cara y un ligero tambaleo, como si lo estuvieran empujando en una silla de ruedas. Intentó gritar, pero no pudo. Estaba paralizado como si el veneno de una araña recorriera su cuerpo. Y justo en ese momento, en ese mismo instante, entendió algo, algo muy importante. Lo que entendió fue que, a menudo, adoptamos la figura de Peter Pan, no solo para negarnos a crecer, sino también para evadir la realidad. Y así, en medio de tanta oscuridad, vislumbró una luz al final del túnel.

LA INTENSIDAD de las luces fluorescentes del techo hizo que Jerónimo recuperara parcialmente la consciencia. Se encontraba en una camilla, inmovilizado. Aunque el ambiente parecía tener la temperatura ideal, Jerónimo no podía sentir ni un músculo. Estaba atrapado en su propio cuerpo. En la periferia de su visión, percibió el reflejo de las luces indicadoras que señalaban las salidas de emergencia. A pesar de sus intentos, sus párpados se volvían a cerrar.

El eco de pasos apresurados llenó el ambiente. Entre las luces, pudo distinguir pequeñas placas rectangulares de ventilación por donde se colaba el sonido del sistema de climatización.

La camilla se detuvo por segunda vez antes de llegar al final del pasillo para entrar en el ascensor.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó una voz de mujer.

—Accidente de tráfico —respondió una voz que le resultaba familiar—. Lo hemos sedado con midazolam y fentanilo. Está estable, pero queremos hacerle una tomografía computarizada para evaluar posibles lesiones craneales.

Reconoció aquella voz y tuvo miedo. Era la voz del doctor Jakob Schmitt.

—No veo heridas externas —continuó la voz de mujer que no reconocía— ¿Qué indica su evaluación preliminar?

—Aún no lo sabemos con certeza. La radiografía inicial no mostró ninguna fractura evidente. No obstante, los síntomas que presenta el paciente son preocupantes —respondió el doctor Schmitt—. Podría tratarse de una conmoción o algo más grave. Por eso, lo enviaremos a Neurología para un TAC de urgencia.

—Entiendo. Háganme saber si necesitan alguna consulta o asistencia adicional.

Segundos más tarde escuchó una tercera voz más grave.

—Hablas muy bien —dijo esa voz con tono burlón.

—Cállate, imbécil, y sigue empujando —respondió el doctor Schmitt.

Aunque Jerónimo quería gritar, sus labios no se movían, sus ojos no parpadeaban. Se retorció en su interior incapaz de conseguir que su cuerpo le hiciera caso y una lágrima rodó por su mejilla.

La consciencia de Jerónimo flaqueó y se sumió nuevamente en la oscuridad.

Al despertar, el ambiente había cambiado. Solo pudo entreabrir un ojo y el techo que veía no era el mismo.

Las bombillas, suspendidas por gruesos cables, parpadeaban intermitentemente, creando una atmósfera inquietante con sus sombras fluctuantes. A los lados, tuberías expuestas serpenteaban

a lo largo del techo. Estaba claro: se encontraba en un sótano.

Perdió la noción del tiempo, y su mente se desplazaba entre la consciencia y la inconsciencia, como el movimiento de las olas del mar en una playa en Valencia.

Una luz cegadora atravesó los párpados y le insufló algo de consciencia. Sintió el calor de unos focos sobre él y supo que estaba en una mesa de operaciones, en ese siniestro sótano. Y tuvo la respuesta que tanto ansiaba saber: lo que le había pasado a Erik hacía una semana.

De pronto, una máscara liberó gases anestésicos sobre su rostro y una inyección fría penetró su brazo. Sus sentidos se agudizaron momentáneamente. Podía oír el rozar de las batas, máquinas en la distancia y conversaciones susurradas. Intentó moverse, resistir, pero su cuerpo no respondía. Con cada latido, el sedante avanzaba, sumiéndolo en una neblina mental. En su lucha desesperada por mantenerse consciente, trató de centrarse en las luces, en los sonidos, en cualquier estímulo.

Las imágenes en su mente se tornaron borrosas, mezclándose con sueños y miedos. Su resistencia menguaba y el sedante ganaba terreno. Con un esfuerzo sobrehumano intentó pronunciar «ayuda», pero sus labios permanecieron inmóviles.

Entendió que iban a extraerle los órganos. Pero, en medio de ese terror, encontró un consuelo: pronto se reuniría con Erik.

ELISA VOGEL REPOSABA en una camilla, cubierta con una manta blanca de hospital. Sus cabellos rubios estaban esparcidos sobre la almohada y sus ojos azules, aunque acuosos y cansados, brillaban con una mezcla de esperanza y miedo.

Para el personal médico, este procedimiento era rutinario; sin embargo, para Elisa, significaba una operación que tenía el potencial de salvar su vida.

Las luces blancas brillaban intensamente y el olor característico a desinfectante llenaba el aire.

Levantó ligeramente la cabeza, dirigiendo la mirada hacia la puerta cerrada, con la esperanza de que su marido entrara y estuviera a su lado.

—Disculpe, ¿ha visto al doctor Jakob Schmitt? —le preguntó a una enfermera que estaba preparando el instrumental al otro lado de la habitación.

—Él no forma parte del equipo de trasplante —respondió ella sin desviar su atención de su tarea.

—Lo sé —dijo Elisa con voz suave—. Pero me prometió pasar a desearme suerte antes de la operación. Ambos somos austriacos y... Eso es todo.

Nadie podía saber que el doctor Jakob Schmitt era en realidad su marido. Elisa sabía bien que Jakob sería incapaz de poder tomar decisiones objetivas durante el largo proceso quirúrgico y pondría en riesgo el éxito de la operación.

Antes de que Elisa insistiera, la puerta de la sala se abrió y un equipo de enfermeras y cirujanos entró. Uno de los cirujanos, una mujer con rostro sereno y cabello oscuro recogido en un gorro quirúrgico, se acercó a la camilla.

—Ms Vogel, soy la doctora Olivia Harrington y estaré a cargo de su operación —se presentó con voz calmada.

—¿Sabe si está por aquí el doctor Jakob Schmitt?

La sorpresa cruzó brevemente el rostro de la doctora Olivia. Luego, esbozó una sonrisa tranquila.

—No se preocupe. Está en buenas manos. Haremos lo posible para que todo salga bien.

Elisa asintió, tragando saliva.

—Gracias, doctora.

Un hombre de bata blanca y expresión amigable se acercó también.

—Ms Vogel, soy James Thornton, el anestesista encargado de la operación. ¿Está preparada?

Elisa abrió la boca para preguntar otra vez por Jakob, pero no le salieron las palabras.

Simplemente, miró al anestesista y asintió.
Elisa estaba preparada.

EN LAS PROFUNDIDADES del antiguo Hospital St Mary, una vieja habitación olvidada se había convertido en una sala de operaciones clandestina.

Jerónimo yacía en una mesa de metal y el frío se filtraba a través de la delgada lámina, y sentía la rigidez de la camilla en su espalda. A pesar de la oscuridad que envolvía su mente, una chispa de consciencia persistía, similar a una tenue vela luchando contra un vendaval.

Luces y sombras danzaban ante sus ojos, dificultando el reconocimiento de las figuras que se movían a su alrededor.

Quedó atrapado en un estado semiinconsciente, en el que la realidad se mezclaba con el sueño. Aunque su cuerpo estaba paralizado, su mente luchaba desesperadamente por aferrarse a la consciencia, permitiéndole percibir el peligro inminente.

Los primeros sonidos llegaban amortiguados a sus oídos.

—Eres un imbécil —dijo la voz del doctor Schmitt—. Le has dado una dosis insuficiente. Átalo, tengo que preparar el instrumental primero.

—Te he dicho que no me des órdenes —respondió la otra voz—. Tú eres el médico, no yo. Yo solo me encargo del sistema informático.

Con un esfuerzo titánico, Jerónimo logró levantar ligeramente la cabeza, tratando de comprender lo que sucedía a su alrededor, pero estaba atado a la mesa de operaciones. A un lado, Jerónimo pudo ver, aunque de forma borrosa, una estación con todos los instrumentos quirúrgicos meticulosamente ordenados en bandejas estériles: bisturís, pinzas, tijeras y retractores. En otro rincón de la sala, identificó una máquina de anestesia. Junto a ella, había un carrito con medicamentos de emergencia y otro con suturas y vendajes. La pesadez volvía a invadir las extremidades de Jerónimo y una bruma nublaba su mente.

Lo que sucedió a continuación fue cuestión de segundos.

Distinguió figuras moviéndose como sombras. De repente, vio un forcejeo entre esas siluetas borrosas, escuchó jadeos y el sonido de algo metálico cayendo al suelo.

Sus párpados se volvieron pesados y cerró los ojos. Al abrirlos, notó que las baldosas del suelo, algunas rotas, estaban manchadas con charcos de sangre fresca, pero no vio ningún cuerpo.

Una de las figuras se acercó y le puso la máscara de anestesia otra vez.

Pensó que no saldría de esa situación. Sin embargo, algo cambió. La opresiva sensación de estar sumergido en agua comenzó a ceder. Notó la ausencia de presión en su antebrazo y dejó de sentir el aire frío en sus pulmones. Se le formó un nudo en el estómago y supo que su cuerpo

empezaba a reaccionar. Un hormigueo, parecido a una efervescencia, comenzó a recorrer sus extremidades y, poco a poco, sintió movimiento en ellas. Aunque su mente estaba aún nublada, comenzó a despejarse lentamente. Pero la oscuridad lo envolvió de nuevo, llevándolo a un sueño profundo e inalterable.

La siguiente vez que despertó, se encontró en una cama de hospital, con Christian sosteniéndole la mano firmemente.

—Jovencito, la policía te sacó de ese sótano y ahora quiere hablar contigo. —Se inclinó y besó su frente—. Esta vez pensé que te perdía de verdad.

Jerónimo intentó responder, pero su garganta estaba reseca y su voz no era más que un susurro.

UNOS DÍAS más tarde

Jerónimo estaba sentado delante del escritorio victoriano con una taza de café en la mano, contemplando las vistas desde la ventana de su oficina en su nueva casa en Essex.

Era una mañana de otoño que se presentaba como una pintura en movimiento, un lienzo viviente de tonos cálidos y matices dorados. Las aves, en pleno éxodo otoñal, cruzaban el cielo en formaciones caprichosas, dejando tras de sí un concierto de trinos y cantos. La alborada había cubierto el paisaje con una fina capa de rocío que relucía con el primer rayo de sol, convirtiendo cada brizna de hierba en una joya centelleante. Los majestuosos robles y castaños que salpicaban el terreno mostraban sus hojas en variadas gamas de ocre, amarillos y rojizos. Algunas ya habían cedido a la llamada del cambio de estación y yacían en el suelo formando una mullida alfombra.

Jerónimo dio un trago al café y continuó leyendo el periódico, buscando un artículo en particular:

Mafia internacional explota el sistema sanitario del Reino Unido en escándalo de tráfico de órganos

Por Erik Vinterberg, periodista de investigación

Londres, Reino Unido.

En una revelación que ha dejado a la nación en shock, se ha descubierto una operación de tráfico de órganos en la capital del país.

El artículo hacía referencia a predecesores que investigaron el tráfico de órganos humanos en el mundo, como Ethan Gutmann en su libro *The Slaughter*, que estimaba que, por ejemplo, en China se habían realizado decenas de miles de trasplantes de órganos de prisioneros sin su consentimiento. También mencionaba a la BBC, que presentó a Nancy Scheper-Hughes, una antropóloga que había investigado y denunciado el comercio ilegal de órganos. El artículo igualmente hacía referencia a otros artículos publicados por el diario *The Guardian*, con un enfoque particular en países en desarrollo donde la pobreza y la corrupción fomentaban estos crímenes.

Jerónimo continuó leyendo con interés:

El esquema, meticulosamente orquestado, comenzaba con la intervención de un hacker altamente capacitado que se infiltraba en los sistemas de los hospitales para alterar informes médicos, declarando a pacientes perfectamente sanos como candidatos para cirugías innecesarias. Una vez en el quirófano, bajo el manto de la confianza médica, un doctor corrupto inducía a los pacientes en un coma, facilitando la extracción de sus órganos sin consentimiento. Estos órganos, según nuestras fuentes, eran vendidos en un mercado negro internacional, alcanzando precios exorbitantes, especialmente en regiones donde la lista de espera para trasplantes es extensa y los medios para obtener órganos de manera legal son limitados. En un giro aún más oscuro, cuando la mafia se sintió acorralada por la investigación policial, tomaron medidas drásticas para asegurarse de que su operación permaneciera en secreto. Los miembros del grupo involucrados directamente en el escándalo, incluido el hacker y el doctor corrupto, fueron asesinados en un intento de silenciar cualquier confesión que pudieran proporcionar a la policía.

La comunidad médica del Reino Unido y el público en general están horrorizados y piden respuestas. Se ha instado a los hospitales a revisar y fortalecer sus sistemas de seguridad informática y a establecer protocolos más rigurosos para garantizar la transparencia y el consentimiento informado en todos los procedimientos médicos. Mientras la nación lucha por procesar la magnitud de esta traición, las autoridades continúan su búsqueda para llevar a todos los involucrados ante la justicia.

Para más detalles sobre esta historia en desarrollo, siga nuestras actualizaciones diarias.

Al principio, la policía trató el caso de Erik como un simple accidente de tráfico y, posteriormente, como un fallo administrativo del hospital que se resolvería internamente.

Sin embargo, una vez iniciada la investigación, la policía intervino y rescató a Jerónimo de las garras de la mafia. Al llegar a esa antigua habitación, transformada en una sala de operaciones clandestina en el sótano del hospital, hallaron los cuerpos del doctor Jakob Schmitt y de Jamal Al-karim, el *hacker*, degollados y tirados en el suelo como muñecos de trapo. La policía confirmó que la propia mafia, en un acto desesperado, optó por no dejar testigos de sus acciones. Pero Jerónimo no comprendía por qué, tras eliminar a algunos de sus miembros, la mafia no lo asesinó a él también al descubrir que la policía estaba al acecho. Solo recordaba sombras y ruidos, sintiéndose perdido en un mundo de neblinas.

En ese momento recordó a Elisa Vogel. La única noticia que tuvo de ella fue que su trasplante de riñón había sido un éxito y estaba en proceso de recuperación, cumpliendo así el último deseo de su difunto marido. El doctor Schmitt había preparado todo en el hospital antes de capturar a Jerónimo. No obstante, para Elisa, ese triunfo quirúrgico representaba también su mayor derrota: la imposibilidad de estar junto al hombre que amaba.

En cambio, la historia de Ljudmila fue todo lo contrario. Tras 786 días mendigando en las calles, ya no estaría sola. Finalmente, se reencontró con su marido, pero a costa de su propia vida.

El día anterior, Jerónimo había dejado un ramo con veintiséis rosas blancas junto al café Costa en memoria de Ljudmila. Una por cada mes de espera, como la flor que llevaba ella en el

pelo cuando se encontraron por primera vez, buscando desesperados a sus respectivas parejas.

De repente, alguien tocó a la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó Erik, con una sonrisa apenas visible detrás de la puerta entreabierta. Entró despacio, apoyándose en un bastón, y se acercó a Jerónimo.

—¿Necesitas permiso? —dijo, levantando la cabeza para darle un beso—. ¿Cómo te sientes?

—Cansado, pero mejor —respondió él.

Cuando la mafia descubrió que Erik estaba investigando sus actividades, decidió provocarle un accidente de tráfico. Aunque el daño real al vehículo fue mínimo, con la complicidad del doctor Schmitt y el *hacker*, simularon lesiones graves para inducir a Erik en un coma. Con el fin de mantenerlo inconsciente durante un período prolongado, el doctor le suministró medicamentos que inhibían su actividad cerebral, complicando su despertar.

Erik le explicó a Jerónimo que un celador del hospital, quien era su informante, estaba al tanto de la situación. Sin embargo, este colaborador desconocía la identidad de otros implicados en el hospital, lo que le impedía confiar en nadie. Tampoco podía acudir a la policía, ya que vivía en el país con una identidad falsa y corría el riesgo de ser deportado. Por ello, optó por cuidar de Erik hasta que este despertara y pudiera alertar a las autoridades, pero eso nunca sucedió.

—¿No vas a decirme quién es ese ángel de la guarda? —preguntó Jerónimo.

—No puedo. Es un secreto profesional, por el bien de todos —respondió Erik.

Jerónimo puso los ojos en blanco.

—Cuéntame algo que no sepamos.

—Mi informante me cuidó hasta que intervino la policía.

—¿Y yo no se lo puedo agradecer?

—La mejor manera de hacerlo es manteniendo su nombre en el anonimato —dijo con tono cansado.

El misterioso celador, que antes había ejercido como enfermero especializado en su país natal, trasladó a Erik a un ala antigua y deshabilitada del hospital. Allí, utilizando los recursos disponibles, mantuvo a Erik hidratado con la esperanza de que despertara en las próximas horas, pero eso no sucedió. Pasados varios días, Erik no mostraba signos de recuperación. El celador sabía que cada paciente reaccionaba de forma distinta al salir de un coma, pero era evidente que la potente dosis administrada por el doctor Jakob Schmitt complicó el proceso.

Los doctores le explicaron a Erik que si no hubiera recibido el tratamiento adecuado a tiempo, hubiera fallecido.

Algo provocó un cambio radical en la decisión del celador de mantenerse anónimo, impulsándolo a llamar a la policía. Aquella acción salvó la vida de Erik.

El celador compartió con él, entre susurros, su epifanía. Le dijo que perdió el miedo después de años viviendo con una identidad falsa, desconfiando de todos y el temor constante a ser descubierto, procesado y deportado a su país natal, devastado por la guerra y sin futuro. Sus últimas palabras, antes de despedirse de Erik cuando este recuperó la consciencia en la habitación del hospital, fueron que revelar la verdad de una historia para sacarla a la luz era tarea de titanes, y solo los cabezones firmaban la victoria.

Esas palabras resonaron con una extrañeza desconcertante en Erik. Debilitado y confundido, intentó encontrar en su memoria alguna conversación con el celador sobre aquel profesor excéntrico de universidad que solía inventar citas para inspirar a sus estudiantes. Pero Erik, que nunca mezclaba su vida privada con el trabajo, no recordaba haber tenido ninguna conversación de ese tipo con su informante.

Lo único que comprendió con claridad fue que esas palabras, ese mensaje, esa nueva perspectiva de ver la vida, fueron lo que motivó al celador a actuar como lo hizo. Su llamada a la policía desató una cadena de eventos que nadie pudo prever: los médicos pudieron despertar a Erik de un coma que le hubiera causado la muerte, y la policía pudo acelerar la investigación y encontrar a Jerónimo en aquel sótano olvidado, lleno de instrumental de operaciones y charcos de sangre.

Ahora, el celador había desaparecido y la policía había perdido su rastro.

—¿Crees que es inteligente poner tu nombre real en el artículo? —le preguntó Jerónimo.

—¿Y a quién pongo, si no? ¿Un seudónimo? —Erik se encogió de hombros y cogió el periódico—. Creo que ya es un poco tarde para eso. Christian y...

—Philip —completó Jerónimo la frase—. Parece que aún tienes algunos lapsos de memoria.

Erik asintió, regalándole una sonrisa a Jerónimo.

—El doctor me aseguró que es normal durante las primeras semanas después de despertar.

—Está bien —dijo Jerónimo, aunque aún seguía preocupado—. Pensaba bajar al pueblo a comprar algo para cenar.

—No hace falta. Christian y Philip vienen esta tarde, traen *sushi* para la cena y una sorpresa para nosotros.

—¿Qué es?

—No seas bobo. No me lo quisieron decir. Supongo que quieren que sea una sorpresa para los dos.

—¿Estás completamente seguro de eso? —preguntó Jerónimo, con un tono burlón en su voz.

La última cena

DURANTE LA CENA, Jerónimo y Erik tuvieron la oportunidad de conocer mejor a Philip. Sin embargo, Jerónimo no terminaba de entender el humor de este, quien mostraba una actitud entre presumida y de sabelotodo. Parecía que quería caer bien a los amigos de Christian de manera forzada, pero también era evidente el profundo cariño que sentía por su viejo amigo.

—Es un viaje sorpresa —dijo Philip colocando su mano sobre la de Christian—. No puedo decir más.

—Y tú sabes cuánto me gustan las sorpresas —respondió él, guiñándole un ojo.

—Sí —añadió Jerónimo con ironía—, creo que esta noche estará llena de sorpresas.

Christian sacó un sobre de color oro del tamaño de un folio y lo puso encima de la mesa.

—Mira, es para vosotros. Así podréis añadir un toque personal a vuestro nuevo hogar.

Jerónimo abrió el sobre mientras Erik lo observaba con curiosidad.

Dentro encontró una tarjeta de la famosa tienda Fortum & Mason, situada cerca de la estación de metro de Piccadilly Circus en Londres. La tarjeta, bellamente ilustrada a mano, mostraba un invernadero lleno de flores exóticas en acuarela. Además, contenía un vale de regalo por valor de cinco mil libras para esa tienda.

Erik abrió la boca, pero no emitió sonido alguno.

Jerónimo sostuvo la tarjeta y leyó el mensaje escrito en danés. La primera frase era una cita del célebre escritor danés H. C. Andersen:

«Livet er den dejligste eventyr».

«La vida es la aventura más hermosa».

Y debajo, una nota personal escrita por Christian:

«Må vores livs eventyr være fyldt med kærlighed og lykke».

«Que la aventura de vuestra vida esté llena de amor y felicidad».

La tarjeta estaba firmada por Christian y Philip.

Jerónimo deslizó la mirada por las palabras y, de repente, las letras parecieron cobrar vida y danzar ante sus ojos, provocándole un ligero vértigo que le robó la sonrisa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Erik.

—Oh, parece que no está acostumbrado a ver cantidades así de dinero —bromeó Philip.

Jerónimo tardó unos segundos en despegar su vista de la tarjeta.

—Creo que he tomado demasiado vino. Voy un momento al baño —fingió.

—Pues date prisa que nos vamos —respondió Philip lanzando una sonrisa cómplice a Christian.

Con la tarjeta en la mano, Jerónimo se desvió no hacia el baño, sino hacia la habitación de huéspedes.

Allí, solo, releyó la tarjeta y su corazón palpitó con movimientos arrítmicos. Una sensación de amenaza lo envolvió como una niebla densa y fría. Una idea le cruzó la mente, algo tan descabellado que le costaba creerlo.

Absurdo.

Imposible.

Abrió uno de los cajones del escritorio victoriano y escarbó en su pasado. Entre los papeles, halló una carpeta de plástico. La abrió y extrajo una pequeña cartulina, amarillenta con el paso de

los años, del tamaño de una tarjeta de visita.

Su corazón se detuvo durante un segundo que pareció una eternidad y las imágenes del pasado se proyectaron en su mente como el tráiler de una película de asesinos. Un torrente de memorias lo sumergió en una Valencia de hacía veinte años, en esa última noche que huyó con las manos manchadas de sangre.

Aquella madrugada, un hombre con un gorro de lana y una bufanda que ocultaba su rostro abordó a su amigo Marcos en el bar donde trabajaba. Solo pudo ver sus ojos azules.

El misterioso hombre no pronunció palabra alguna, se comunicaba a través de gestos. Apuntó a Marcos con un arma, entregándole una suma de dinero y una tarjeta con el nombre de Jerónimo inscrito en ella. Las instrucciones eran claras: entregar el dinero a Jerónimo, quien minutos después aparecería corriendo desesperado por las callejuelas del Barrio del Carmen, en Valencia, bajo la fría madrugada de un domingo, trece de diciembre de 1998.

La pesadilla se desvaneció como el humo y volvió al presente. Colocó la vieja cartulina sobre el escritorio, al lado de la tarjeta de felicitaciones, y las aproximó como si uniera dos piezas de un puzzle. Con cierta cautela, pasó el dedo índice por la tarjeta.

«JERONIMO».

Faltaba la tilde en la primera «O», detalle que su amigo Marcos había señalado meses atrás cuando le entregó la tarjeta. En ese momento, no comprendió su relevancia, pero ahora sí. La tarjeta fue escrita por alguien que no sabía que su nombre llevaba acento. Alguien que no hablaba español.

Comparando la caligrafía, el parecido era innegable. Cada trazo, cada curva, le decía que era la misma persona quien había escrito en ambas tarjetas.

La voz de Erik rompió su trance y un sobresalto lo sacudió.

—¿Vienes a despedirte? —le preguntó, pero Jerónimo no pudo moverse—. ¿Te pasa algo? —insistió Erik.

Negando con la cabeza, logró articular una respuesta mientras se levantaba con lentitud.

—Ya voy —musitó.

—Has bebido demasiado —comentó Erik mientras se daba la vuelta y caminaba apoyado en su bastón.

La urgencia golpeó a Jerónimo y con pasos apresurados salió de la habitación en busca de Christian. Al llegar a la puerta de entrada, su amigo arrancaba el motor de su Porsche y Philip se despedía a través de la ventanilla. Intentó acercarse, pero Erik lo detuvo con un abrazo cálido por detrás.

—Creo que quizás no hará falta pasar por IKEA —bromeó.

Jerónimo alzó la mano haciendo señas a Christian, quien respondió con una sonrisa y tocó el claxon en señal de despedida.

—Y también creo que ya no necesito el bastón para moverme con agilidad —continuó Erik hablando con tono pícaro.

—Ya lo noto —respondió Jerónimo, distraído, con la mirada fija en su amigo Christian, que sacaba el Porsche de la entrada para incorporarse a la carretera.

Solo habían pasado unos días y las imágenes borrosas de aquel sótano en el Hospital St Mary, convertido en sala de operaciones clandestina, volvieron a su mente: jadeos y charcos de sangre en el suelo.

Alguien dentro de la mafia había eliminado a sus miembros para acallar cualquier confesión que pudieran hacer a la policía. Sin embargo, con una certeza gélida, Jerónimo estaba

convencido de que no había sido un acto de la mafia.

No lo hubieran dejado con vida a él tampoco.

El Porsche azul metalizado se perdió en el horizonte. Su azul se hacía más intenso al atardecer. Cuando Christian regresara, tendría muchas explicaciones que dar. Porque aunque revelar la verdad de una historia para sacarla a la luz era tarea de titanes, Jerónimo sabía que era lo suficientemente cabezón para firmar la victoria.

QUERIDO LECTOR

Gracias por leer *Un crimen contratado*.

Tu opinión cuenta.

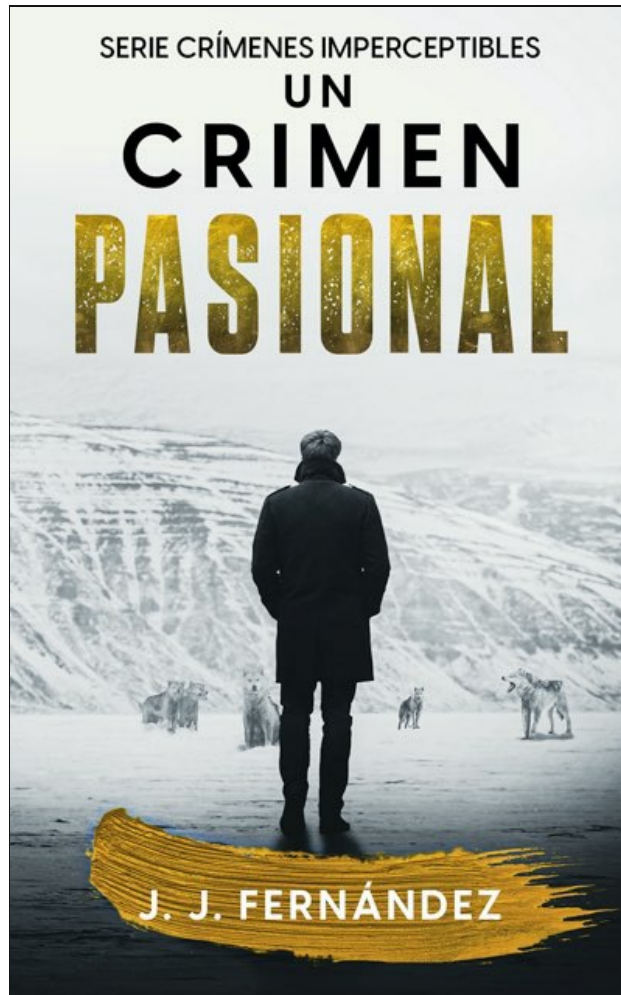
Si has disfrutado con esta novela, la mejor manera de ayudarme es recomendarla.

Deja tu comentario [AQUÍ](#) o al final de este libro.

Tu opinión me ayuda a mejorar como escritor y a que otros lectores conozcan mi trabajo.

¿TE HA GUSTADO UN CRIMEN CONTRATADO?

Si has disfrutado con esta historia, te animo a que leas *Un crimen pasional*, la cuarta entrega de la serie *Crímenes imperceptibles*.



Un viaje que acaba en tragedia.

Una muerte inesperada.

Un pasado que nunca descansa.

Jerónimo se verá arrastrado a un peligroso juego de engaños y secretos donde cada verdad esconde una mentira. “Un crimen pasional” teje una historia de redención, amor y búsqueda incansable de la verdad, que te mantendrá pegado a sus páginas hasta un final imprevisto, pero inevitable.

HAZTE CON UN CRIMEN PASIONAL

También puedes acceder escaneando este código con la cámara del móvil:



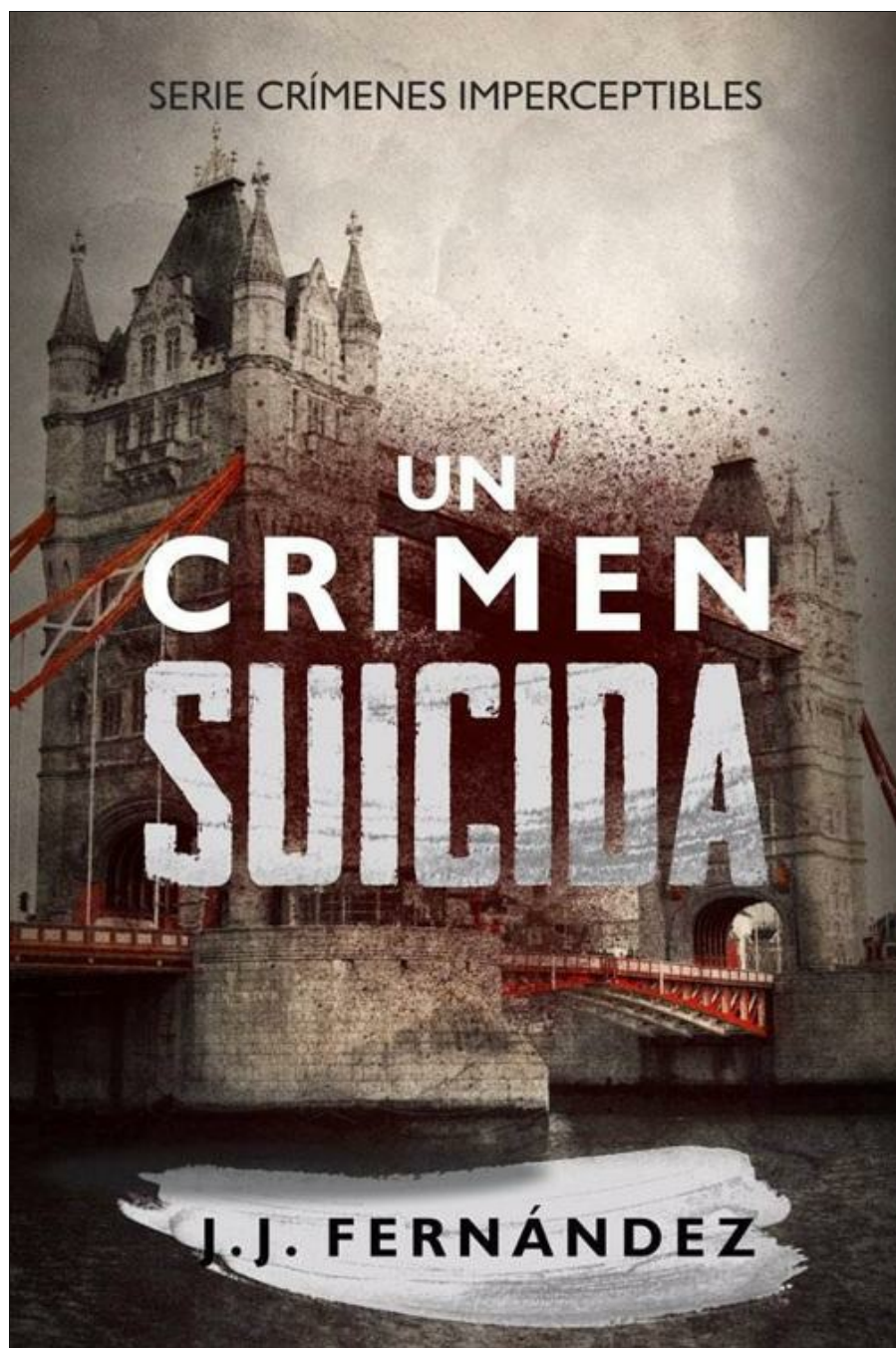
SUSCRÍBETE A MI LISTA

Suscríbete a mi lista de correo y recibe GRATIS la precuela ***Un crimen suicida*** de la serie *Crímenes imperceptibles*.

[DESCARGA UN CRIMEN SUICIDA](#)

También puedes acceder escaneando este código con la cámara del móvil:





«Hay un día en la vida en el que descubres que hacer algo bueno, algo noble, como el acto de salvar a un desconocido, puede tener trágicas consecuencias».

[DESCARGA UN CRIMEN SUICIDA](#)

ACERCA DEL AUTOR

Te invito a que pases por mi página web para que conozca otras novelas y poco más de mí.

www.jjfernandez.com

Si deseas enviarme alguna sugerencia, pregunta o comentario, puedes hacerlo a la siguiente dirección de correo electrónico: info@jjfernandez.com

Únete a mi grupo de lectores, comparte tus impresiones y mantente al tanto de promociones y futuros proyectos.

[GRUPO DE LECTORES DE J. J. FERNÁNDEZ](#)

O puedes seguirme a través de mis redes sociales:



OBRAS DE J. J. FERNÁNDEZ

SERIE CRÍMENES IMPERCEPTIBLES

[Un crimen suicida](#) (precuela, relato corto)

[Un crimen invisible](#)

[Un crimen imaginado](#)

[Un crimen contratado](#)

[Un crimen pasional](#)

NOVELAS INDEPENDIENTES

[Una muerte imperfecta](#)

[An imperfect death](#)

